

V ASPECTOS DE UNA MISIÓN (2): EL CONOCIMIENTO ESPIRITUAL

47. El conocimiento espiritual (1): no excluye, incluye y aclara

(27 de julio)¹ Habiendo precisado así la naturaleza de la creación, me siento más capaz de examinar ahora la relación entre los tres planos de creación: carnal, mental, espiritual. Si es cierto, como he afirmado hace poco, que en su aspecto “interior”, que es el esencial, la creación no es otra cosa que un acto o un proceso por el que se forma o se transforma un conocimiento, preveo que la cuestión anterior es más o menos equivalente a la de las relaciones entre esos tres planos de conocimiento. Esto según el principio: la creación “vale” lo que “vale” el conocimiento que origina o que profundiza o renueva.

El conocimiento espiritual es el conocimiento de esencia más elevada. Sin embargo no está suspendido en alturas inaccesibles al común de los mortales, totalmente separado de todo conocimiento que sea un poco tangible, digamos que proporcionado por nuestros sentidos o nuestro entendimiento. Si así fuera, sería una equivocación calificarlo de “superior” al conocimiento carnal o mental. ¿podría establecerse razonablemente una relación de “superioridad” y de “inferioridad” entre dos cosas, si no estuvieran ligadas ya entre ellas de algún modo orgánico y esencial, como lo están las raíces y el tronco de un árbol, o su tronco y sus ramas? Una “espiritualidad” o un “conocimiento espiritual” que se desgajase del conocimiento carnal o mental (según anima² una tradición religiosa milenaria), con un desprecio tácito o claramente expresado de esos planos de realidad inferiores, como mínimo me parece muy enfermo y privado de una buena parte de su razón de ser y de su virtud creadora, tanto para sí mismo como para la sociedad ambiente³. El hombre espiritualmente con buena salud no es el que maltrata y desprecia su cuerpo, que violenta su inteligencia, y que pone cara triste u ofendida cuando por casualidad se encuentra una brizna de chica. El hombre espiritualmente elevado no es aquél en que los sentidos y la inteligencia están embotados, y al que ofende el pensamiento mismo de un placer. Muy al contrario, a medida que su vida y su ser se despojan de pesos superfluos y que toma contacto más profundo con las cosas simples y esenciales, sus sentidos y su inteligencia se afinan y captan con más delicadeza la belleza y la vida oculta de las cosas⁴.

En verdad, un conocimiento espiritual pleno abraza e incluye, trascendiéndolos con su iluminación propia, al conocimiento carnal igual que al conocimiento mental. Está alimentado por uno y por otro, igual que el conocimiento mental está alimentado por el conocimiento carnal y no podría nacer ni desarrollarse y mantenerse sin él⁵.

Puedo añadir que según mi experiencia, renovada sin cesar y jamás desmentida aún, conocimientos

¹La presente sección continúa la reflexión de la sección precedente “Libertad creadora y obra interior” (nº 46) del mismo día.

²Tal tendencia “separatista” me parece propia sobre todo de las “grandes religiones”, y a menudo interiorizada en sus formas más extremas en numerosos místicos surgidos de ellas. Véanse comentarios más detallados al respecto en la sección “Eros – o la potencia” (nº 39) y en las notas “Experiencia mística y conocimiento de sí – o la ganga y el oro” (nº 9) y “Eros y Espíritu (2) – o la carne y la Santa” (nº 33).

³Pienso principalmente en la influencia relativamente limitada de los místicos cristianos en el pensamiento, los puntos de vista y las formas de practicar la religión, las actitudes etc. en el mudo occidental. Parecería que, dejando a parte los doctos trabajos de erudición que permanecen en vasijas cerradas y los santos del calendario (cada vez menos solicitados, en los tiempos que corren), esa influencia fuera insignificante por no decir nula.

⁴No hay duda de que la vía ascética es una de las múltiples vías posibles de una progresión espiritual. Pero reducir las necesidades y disminuir su satisfacción, afinando los sentidos, no elimina el placer sino que también lo afina y lo vivifica. Para el que tiene hambre y sed, un pedazo de pan duro (si es verdadero pan...) y un vaso de agua pura (si no huele a cloro...) es una delicia. Querer quitarle al cuerpo y a la psique esa delicia, y constreñirse a tomar con repulsión las cosas buenas que Dios ha creado para ser comidas con placer, me parece una degradación mórbida de la vida ascética. Tal vez lleve a quien se complace en ella a récords de ascetismo donde encontrará un secreto salario por su violencia contra sí mismo, pero seguramente no hacia una progresión espiritual.

⁵Esos tres planos de realidad y conocimiento podrían compararse a los respectivos papeles del aparato digestivo, el corazón y el cerebro en el cuerpo humano. Sin la actividad digestiva que nutre al cuerpo y sus órganos y les proporciona la energía necesaria para su funcionamiento, el corazón no podría hacer su trabajo de bomba circulatoria. Sin ese trabajo que anima la circulación sanguínea y riega y con eso nutre a los órganos, el cerebro no podría funcionar ni siquiera sobrevivir. Así, hay una estrecha interdependencia entre las funciones digestiva, circulatoria, cerebral. Con derecho se considera la última como de naturaleza “superior” a las otras dos. Pero sería delirante pensar en aislar el cerebro del resto y en darle una existencia autónoma.

en el pleno sentido del término⁶ que provengan de fuentes por más alejadas y diferentes que sean (y aunque pertenezcan a planos de existencia diferentes), jamás son incompatibles entre sí. Muy al contrario, cuando se refieren a una misma situación comprendida por diferentes vías, siempre nos proporcionan enfoques que, al completarse mutuamente, nos dan una visión más diversificada y por eso mismo más profunda, que ninguno de ellos tomado aisladamente nos podría dar. No obstante, cuando parece que surge una contradicción entre conocimientos más o menos parciales de una misma realidad, ésta es para mí la señal, no de un susto o una desbandada, sino de un repentino relanzamiento del interés, de un inesperado suspense ante una situación que, por esa misma contradicción aparente, es percibida como intensamente creadora. Sé por instinto que cuando me tome la molestia de hacer un trabajo de revisión (quizás desgarrador...) y de ajuste (quizás largo y laborioso...) para llegar a una visión coherente que integre con soltura y sin “rozamiento” cada uno de mis conocimientos parciales, rectificándolos si es preciso o matizándolos y profundizándolos, no sólo cada uno de ellos no podrá dejar de beneficiarse, sino que además la nueva visión llamada por ellos me aportará un conocimiento que englobará, superándolos, a cada uno de esos conocimientos así renovados. En adelante, en vez de contradecirse, se iluminarán mutuamente⁷.

Tal trabajo se ahogaría en el cascarón en aquél que, presa de pánico ante la apariencia de una contradicción, violentara a su inteligencia (quizás durante toda su vida cuando no durante varias vidas seguidas...) haciendo como que lo ignora a pesar de todo, mientras que ella pondría todo su empeño en recordárselo de mil y una maneras; o el que, acorralado por la evidencia, no encuentra nada mejor (siguiendo el ejemplo de tantos predecesores ilustres) que intentar “salvar los muebles” renegando en bloque (como obra del Maligno tal vez...) de los conocimientos que provienen de ciertas fuentes declaradas “dudosas” o “inferiores” o “pecaminosas”, a beneficio (cree él, pero se equivoca...) de las declaradas “seguras” o “superiores” o “autorizadas”⁸.

Por el contrario, esa seguridad total de la que acabo de hablar, que no reniega de ningún medio de conocimiento y que se hace cargo de todos, puede expresarse diciendo que *el Universo conocible es coherente*. Me atrevo a decir que esa seguridad es ella misma expresión de un *conocimiento* en mí, que creo innato. También es expresión de una *fe* elemental, presente y activa desde que puedo recordar y sin que jamás haya pensado en formulármela antes de ahora mismo⁹.

El conocimiento intelectual (forma particular del que proporciona el entendimiento y que es parte del plano “mental” del conocimiento) tendría una clara tendencia a largar amarras y desgajarse del conocimiento carnal del que ha surgido y que originalmente lo alimentaba. Por el contrario, al menos en mi experiencia, el conocimiento espiritual jamás ha tenido tal tendencia separatista y por eso mismo aislante. Constantemente ha permanecido arraigado en el conocimiento carnal, y ha sido alimentado por éste igual que por el conocimiento intelectual¹⁰. Creo poder decir que engloba a la totalidad de mi ser, al menos en la medida en que conozco a éste.

Dicho de otro modo: el conocimiento espiritual no se distingue del conocimiento carnal o (digamos) intelectual por su *objeto*, sino que su campo es *más vasto*. Todo lo que aprehende “la carne” o la inteligencia, es aprehendido igualmente en el plano espiritual – lo que cambia sólo es la naturaleza de la comprensión o (como he dicho hace poco) “la iluminación”. Para dar un ejemplo preciso: el cuerpo o el sexo de la amada (o el amado), o incluso la experiencia amorosa, pueden ser aprehendidos (y de una infinidad de maneras) tanto

⁶En cuanto al sentido que el término “conocimiento” tiene para mí, véase la nota al pie de la página ?? en la sección precedente. Véase igualmente la nota “Verdad y conocimiento” (nº 13).

⁷Compárense estas reflexiones, y las del párrafo siguiente, con la sección “Error y descubrimiento” (CyS I, nº 2) en Cosechas y Siembras.

⁸Tal ha sido la situación, como poco incómoda, en que se ha encontrado el pensamiento cristiano durante dos milenios, condenado por eso a una esterilidad casi completa (cuando se piensa en los recursos realmente prodigiosos de los que ha dispuesto durante todo ese tiempo). Ha sido necesario que Marcel Légaut diera al fin el primer gran paso fuera de esa encerrona – paso que, espero, no sea el único...

⁹Para la relación entre los dos aspectos “conocimiento” y “fe”, véase la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7). A decir verdad, esa “fe” particular que aquí constato por primera vez no puede distinguirse de la “fe en sí” o de la “fe en Dios”, de la que es uno de sus innumerables rostros. Ya me he expresado al respecto en varias ocasiones en este libro, por ejemplo al final de la citada sección (página ??), y también en la nota “Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe” (principalmente las páginas N 59–61).

¹⁰Sobre el papel del intelecto en lo que llamo trabajo de meditación, véase principalmente la sección “Emoción y pensamiento – o la ola y el hacha” (nº 16).

al nivel carnal como al nivel mental o intelectual, o al nivel espiritual. Esos tres tipos de comprensión son de naturaleza muy diferente, y nos comunican conocimientos igualmente diferentes. La comprensión mental tiene en cuenta a la comprensión carnal y la sobrentiende, pero dándole una luz que es propia del plano mental y trasciende al plano carnal. Igualmente, la comprensión espiritual tiene en cuenta a las otras dos y las sobrentiende, iluminándolas con una luz distinta que trasciende a una y a otra.

48. El conocimiento espiritual (2): la belleza de las cosas

(28 de julio) Siento la necesidad de explicitarme el ejemplo en el que me detuve ayer.

La percepción y el conocimiento íntimo que tenemos del cuerpo de la amada o del amado, en los que participan intensamente todos nuestros sentidos, son, en su plano carnal propio, de una riqueza que desafía toda expresión y toda traducción al nivel mental. Las palabras todo lo más pueden evocarla, jamás expresarla verdaderamente en su singularidad y en su riqueza particular, propias en este caso del plano carnal. El conocimiento propiamente intelectual que tenemos de ese mismo cuerpo parece, en comparación, de una indigencia irrisoria, y además extrañamente desfasada, hasta el punto de parecer casi sin relación con la vivencia carnal: unas pocas nociones anatómicas o incluso ginecológicas, tales problemas de salud quizás y tales tratamientos, grande o pequeña, esbelta o fuerte, color de los ojos y del pelo... – ¡algo a medio camino entre una ficha de estado civil y una ficha médica! Esta desoladora indigencia se debe sin duda al hecho de que por su propia forma de avanzar, el intelecto tiende a *abstraer* lo general de lo particular, y a ignorar a todo el resto – ¡y es ese “resto” justamente el que lo es *todo*, en el conocimiento carnal! De gran finura para los aspectos de la realidad que corresponden a su iluminación particular, la inteligencia es sin embargo totalmente incapaz de darnos una comprensión a poco delicada que sea de la realidad y de la vivencia carnal.

Por eso, cuando se hace tabla rasa del intelecto, la realidad carnal puede “decirse” de muchos modos, que la “carne” misma (o el amor que obra a través de ella...) parece susurrarnos por lo bajo cuando, en momentos de recogimiento y de silencio, estamos dispuestos a escucharla. Podemos decirlo con el lenguaje hablado, escrito o cantado – palabras de amor, cartas de amor, canciones de amor... – lenguaje en que el tono y la sonoridad de las palabras y los ritmos según los que se juntan y se suceden tienen tanta parte como su sentido léxico y de alguna manera misteriosa participan, desafiando todo análisis razonado, en la evocación de la riqueza de la experiencia carnal. A veces también un dibujo o un apresurado boceto con tiza, con sanguina, al carboncillo, a pluma, o una acuarela, hasta un óleo, o una figura de arcilla o de barro cocido, evocan aún mejor la realidad de la carne, con el sesgo de la forma, del color y del contorno, de lo que podrían decir las palabras.

Aquí se trata pues de *la expresión artística*, privilegiado medio para la aprehensión de lo carnal a nivel mental. Esa expresión o trasposición se realiza, no por un proceso de abstracción que decididamente pierde el tren, sino captando *lo universal* en la experiencia particular¹¹, a través de una sensibilidad muy personal. Si, con tal trasposición a otro plano, el conocimiento carnal se encuentra despojado de su singularidad y su riqueza propias, esta vez no es sin una contrapartida sustancial, adquiriendo una riqueza de otra naturaleza pero en íntima correspondencia con la suya. Por esta cualidad de esencia distinta a la simplemente carnal, la obra de arte¹² tiene el poder de hacer entrar en resonancia, en todo ser que se encuentre en un estado

¹¹Tomo de Légaut la distinción muy clara que establece entre “lo general” y “lo universal”. El sentido del término “universal”, como “lo que es común a todos los hombres”, va a surgir por sí mismo a lo largo de los tres párrafos siguientes. También podemos decir que “lo general” es una realidad de naturaleza intelectual, que participa del plano mental, mientras que “lo universal” es una cualidad de naturaleza espiritual, que sólo nuestras facultades espirituales pueden aprehender.

¹²Como se verá más claro aún en el párrafo siguiente, tomo el término “obra de arte” en una acepción que no tiene nada de académica. Todo con lo que el hombre se expresa involucrándose por completo puede ser visto como obra de arte. En este sentido muy vasto y muy exigente a la vez, la noción de “obra de arte” no puede ser separada de la de “creación”: la obra de arte no es otra que “la obra externa” que aparece en la creación, en estrecha simbiosis con “la obra interna” que hemos considerado anteriormente. Esa obra no está necesariamente encarnada en un *objeto* tangible, como un texto escrito, un dibujo o una pintura, una escultura etc. Pensemos por ejemplo en una canción vocal, una ejecución musical improvisada o no, una danza... Sin embargo quizás convenga, para forzar el término “obra de arte”, limitarse a la creación en la que está presente una *intención* consciente de expresar algo con la obra que se crea, y en la que por eso mismo interviene la voluntad consciente de crear la obra. Por ejemplo, “hacer el amor” es un acto primordial que implica al hombre por completo y que, en los pocos casos en que es vivido en su fuerza original, es sentido como una “creación” – incluso es el Acto arquetípico entre los actos creadores que el hombre puede cumplir. Sin embargo dudáramos en darle el nombre de “obra de arte” y con eso, asimilarlo de alguna manera a una “representación” (como una danza, digamos). Lo que caracteriza a este acto, por el contrario, es la

de receptividad que le corresponda, su propia vivencia carnal, elevándola a una nueva dimensión, *común* a todos los hombres esta vez.

Podríamos hablar aquí de “conocimiento artístico”¹³, muy diferente del conocimiento intelectual aunque ambos se encuentren en el mismo plano “mental”. Es el conocimiento de las cosas (carnales, psíquicas o mentales) que se profundiza en nosotros cuando nos esforzamos en expresarlas de manera no “abstracta” ni “fotográfica”, sino que intenta captar ciertos trazos que nuestra sensibilidad nos hace sentir como esenciales y que, de manera oscura y por tanto imperiosa, a través de nosotros y por los medios de que disponemos y que nos inspiran, piden expresión. Son esos “trazos esenciales”, incluso aunque tuvieran para nosotros que los expresamos un carácter íntimamente personal, los que tienen la cualidad de lo “universal”, de lo que afecta a algo común a todos los hombres y es apto, por eso mismo, para despertar un eco en todo hombre. Tal trasposición de lo que es directamente e intensamente percibido puede llamarse con razón “*obra de arte*”, por desmañada que sea y poco conforme a las normas académicas. Tal conocimiento “artístico” se profundiza igualmente, pero (me parece) con un grado incomparablemente menor¹⁴, por el contacto con una obra de arte acogida en un momento de disponibilidad propicio.

Sentimos que ese tipo de conocimiento, sólidamente fijado en la realidad carnal, es por su naturaleza mucho más cercano a la realidad espiritual que el conocimiento intelectual, que tiene demasiada tendencia a perder el contacto con uno y con otra. Mientras que en el camino puramente intelectual podemos acceder a lo “general” permaneciendo totalmente desgarrados de la realidad espiritual, parece que para alcanzar verdaderamente lo “universal”, es decir la expresión de una realidad específicamente humana en lo que la hace común a todos los hombres, eso no sea posible más que cuando el hombre se encuentra en una disposición en que no hay tal corte, sino en que esas facultades de aprehensión espiritual (las cuales son lo propio del alma y no provienen del yo ni de Eros) contribuyan de manera más o menos fuerte.

Acabo de intentar visualizar por poco que fuera cuál podría ser la aprehensión en el plano mental de la realidad carnal, más allá de la aprehensión “primaria” con nuestros sentidos. ¿Cuál sería ahora la aprehensión en el plano espiritual? Para hablar de eso con autenticidad, estoy obligado a remitirme a lo que me enseñan mis propias facultades de aprehensión espiritual, en el estado en que se encuentran actualmente, ¡a pesar de que mi “ojo espiritual” a penas se ha entreabierto y aún esté medio dormido! Así lo que pueda decir será sin duda, si no carente de valor (desde el momento en que testifico con verdad una experiencia de las cosas que es verdadera), al menos muy particularmente parcelaria y sin duda provisional.

Al principio estuve algo perplejo al responder a la cuestión anterior, digamos que en el ejemplo particular de la experiencia amorosa. Mi primer pensamiento: la relación de la experiencia amorosa con la trasmisión de la vida, o con la pareja, su estabilidad y su ruptura, y toda la red compleja y generalmente muy confusa de temores, de prohibiciones más o menos fuertemente interiorizadas (tal vez bajo la forma de “leyes espirituales” inmutables y eternas...), a veces también (aunque eso sea más bien excepcional) el reconocimiento claro de su responsabilidad personal por las posibles consecuencias, incluso seguras, de la relación amorosa o marital con la Bella. Si se exceptúa ese último conocimiento que acabo de evocar, que es de naturaleza espiritual, el resto me parece mucho más de la naturaleza de los mecanismos inscritos en la estructura del yo, conforme a tales o tales condicionamientos recibidos, que de la de un conocimiento. Si hay algún conocimiento (tipo “si no tenemos cuidado esta semana, nos arriesgamos a cargar con un embarazo”), es de naturaleza intelectual y nada “espiritual”. De todos modos, todo esto no concierne al conocimiento de la experiencia amorosa misma, que es de la que se trata, sino a ciertas prolongaciones suyas o posibles repercusiones, importantes ciertamente e incluso redhibitorias (¡ésta no es la cuestión!), pero que no deben confundirse con ella so pena de meter todo en el mismo saco.

Por tanto toda esa nube de asociaciones, por interesante e importante que sea, me parece “fuera de lugar”.

total desaparición de la voluntad consciente y de las fuerzas del yo.

¹³Utilizo este término para salir del paso, a falta de haber encontrado otro más sugestivo y menos cargado de connotaciones “académicas”.

¹⁴Hacer un dibujo por “malo” que sea pero involucrándose por completo para intentar “dar cuenta” de lo que se quiere expresar, aporta más (salvo raras excepciones) que contemplar diez pinturas maestras. Igualmente, para conocer verdaderamente una música y penetrarse de ella, es cien veces mejor tocarla y volverla a tocar uno mismo que escuchar pasivamente al mayor de los virtuosos.

Sin embargo, al ponerse a la escucha de la experiencia carnal misma, se percibe en ella un “*perfume*” que no se reduce ni a la “sensación” y al goce o placer que ésta procura, ni a las representaciones mentales de todo tipo que la acompañan – justamente un “perfume” que la obra de arte intenta captar con mayor o menor éxito. Cuando la experiencia carnal está privada de él, es como una flor privada de su perfume, o mejor dicho, como una *imitación* “perfecta, de papel o de plástico, de una verdadera flor viva – le falta el delicado temblor de la vida, su fragilidad infinita y exquisita que es también fecundidad y que es potencia, ese *soplo* que nada reemplaza y que viene de Dios. Es en la experiencia amorosa, seguramente la más fuerte de las experiencias carnales junto con la del parto y la del nacimiento¹⁵, donde ese “algo”, ese perfume tiende con más fuerza a tomar posesión de nosotros y a arrebatarnos, a veces hasta las cimas de la adoración. Una forma de evocarlo con el lenguaje, de darle un nombre, es hablar de una percepción muy viva e indecible de *belleza*. Tal percepción, nos llegue por la carne o por la inteligencia, no es (me parece) ni del orden de los sentidos ni del orden de lo mental, sino de esencia espiritual. En tal percepción hay como una *comuni6n* con el creador de lo que es percibido – comuni6n con Dios cuando la obra es de Dios (e incluso cuando permaneciera ignorado...), con el hombre creador de la obra cuando ésta es humana¹⁶.

Una percepci6n viva de la belleza de algo, sea cual sea su plano de realidad (carnal, mental o espiritual), no puede ser separado del *amor*. *Es una de las manifestaciones del amor*. Aqu3, tomo este t3rmino en el sentido espiritual: el “amor” de que se trata es de naturaleza totalmente distinta de la atracci6n o el cari6n, aunque a menudo se encuentre en compa6a de uno o del otro. Es de la misma esencia que el amor del ser que crea por lo que toma forma entre sus manos, labrado y nutrido a lo largo del tiempo por la fuerza y por la sabia que suben desde lo m3s profundo de s3 mismo; de la misma esencia que el amor de Dios por la Creaci6n amasada con Sus Manos, y por los seres vivos que la pueblan y que (a menudo sin saberlo) participan en ella libremente, cada uno a su manera (aunque sea con reticencia), por Sus designios...

Seg3n el plano de realidad en que se sit3e la experiencia y la percepci6n generadoras de conocimiento, pero sobre todo seg3n las disposiciones interiores en que nos encontremos, el amor que lo acompa6a, de esencia espiritual, est3 m3s o menos mezclado con la “ganga” carnal o mental de la que es como una sutil exhalaci6n y como la fina quintaesencia. Sin duda esa ganga representa un “peso”, una “inercia”, es de una esencia que con raz6n podemos sentir como “grosera” en comparaci6n con el esp3ritu que de ella emana. Sin embargo no tiene nada de “vil”, no m3s de lo que es “vil” el hollejo de las uvas cuyos vapores se destilan en alcohol de vino. Por “grosera” que sea, esa ganga o esa arcilla sale de las manos del mismo Creador y, nos guste o no, nuestro ser est3 amasado con ella! Mejor que despreciarla o vilipendiarla, sin hacernos tampoco sus esclavos, estemos agradecidos por la riqueza que hay en ella y por la v3a que nos ofrece para acceder a las cosas m3s delicadas y de mayor precio.

49. El conocimiento espiritual (3): belleza y contemplaci6n

Acabo de extenderme un poco sobre la realidad carnal y sobre el conocimiento de ella que tenemos no s3lo en el plano carnal que le es propio, sino tambi3n en el plano mental y, a3n m3s all3, espiritual. Tomemos ahora la realidad en el plano mental, por ejemplo bajo la forma t3pica y extrema de la realidad matem3tica, y el conocimiento que de ella tenemos: el conocimiento de un concepto, de un enunciado, de una demostraci6n, o de toda una teor3a matem3tica o incluso de todo un vasto sector de la matem3tica. Tal conocimiento escapa totalmente al conocimiento carnal proporcionado por los sentidos, aunque hist3ricamente haya surgido de 3l y con su lenguaje a veces siga engancharlo mal que bien sus intuiciones con el mundo de los objetos sensibles. Salvo esos vestigios, ese conocimiento es pues espec3ficamente y radicalmente *intelectual*. Es del orden de la *comprensi6n* de cierto aspecto (llamado “matem3tico”) de las cosas, mucho m3s que del de una “experiencia” de las cosas, realizada en “el mundo en que vivimos”, (o creemos vivir...), el “mundo f3sico” de la realidad percibida por nuestros sentidos. El mundo que explora el matem3tico, aunque ligado de m3ltiples maneras (a3n hoy muy mal comprendidas) al mundo f3sico, es un mundo puramente “mental”, al que las

¹⁵Tambi3n puede pensarse en en la experiencia de la muerte, que puede parecer m3s lejana a3n que la del nacimiento. Puede decirse que vivimos la muerte y el nacimiento en el desenlace org3smico del juego amoroso y en los instantes siguientes. Pero esos no son la muerte y el nacimiento “carnales”, sino trasposiciones al nivel de la vivencia er6tica. Por el contrario, podemos vivir o revivir la muerte o el nacimiento con los sue6os.

¹⁶No hay que excluir el caso en que nosotros mismos somos el creador de la obra, acabada o a medio hacer, cuya belleza percibimos vivamente. Hay realmente, en esa percepci6n, una 3ntima comuni6n, un profundo acuerdo del ser consigo mismo.

solas facultades sensitivas no pueden darnos acceso y en el que nos son de bien poca ayuda.

Por el contrario, seguramente la realidad matemática es susceptible de ser conocida no sólo en el plano “mental” o “intelectual” que le es propio, sino igualmente con una percepción espiritual, de orden más elevado. Así (ya he tenido ocasión de hacer alusión a ello) no dudo ni un instante de que Dios conoce toda cosa matemática que haya sido “creada” o “descubierta” por el hombre, y que Él la conoce, además, de manera totalmente distinta que el hombre, justamente con una visión que no es “intelectual” (al menos no en el sentido restrictivo en que nosotros lo entendemos), sino “espiritual”¹⁷. Y el conocimiento “espiritual” que nosotros mismos podemos tener de ella, o la “iluminación espiritual” de esa realidad que nuestro espíritu (si está suficientemente afinado) debería poder percibir, sería como un reflejo de ese conocimiento que Dios Mismo, presente en nosotros como el Huésped invisible, tiene. ¿Cuál sería pues esa iluminación?

Ya he hecho algunas exhortaciones en ese sentido en la nota “Matemática e imponderables” (nº 14). Al escribirla, he sido muy consciente de que el tipo de cosas que es comúnmente despreciado e ignorado por mis congéneres matemáticos como “imponderables” es algo patente e irrecusable¹⁸ no sólo para Dios (que por otra parte no me ha hecho saber nada al respecto...), sino también y sobre todo para mí mismo y también, sin duda, para cada uno de los pocos matemáticos en los que me reconozco¹⁹. Igualmente he pensado en el conocimiento que tenemos, y que podemos afinar y profundizar, de la experiencia psíquica de la creación matemática, y del lugar y el sentido de ésta en nuestra vida. Ése es, como todo conocimiento auténtico de uno mismo, un conocimiento de naturaleza propiamente espiritual y no intelectual. Pero es cierto que tal conocimiento no concierne a la realidad matemática por sí misma y menos aún a tal “cosa matemática” particular que podamos aprehender y conocer (tal concepto, tal enunciado etc.), sino más bien a la relación que nosotros mismos, en nuestra singularidad psíquica de ser pensante, sede de emociones, de deseos etc., mantenemos con ese mundo de cosas matemáticas. Una observación del mismo tipo puede repetirse para el conocimiento o la presciencia que podamos tener de las posibles aplicaciones (eventualmente nefastas) de nuestro trabajo matemático en la sociedad donde vivimos, o de su impacto sobre el ambiente y el espíritu del medio matemático del que formamos parte, o de las posibles consecuencias para éstos de nuestra propia actitud de atención o de indiferencia frente a tales cuestiones. Tal conocimiento, que implica igualmente el de ciertas responsabilidades personales a menudo eludidas, no concierne tanto a la realidad matemática cuanto a la psique en su relación a ésta y a la sociedad.

Hecha esta reflexión, lo que finalmente creo percibir como la “dimensión espiritual” en el conocimiento de las cosas matemáticas mismas me parece consistir en la “misma” especie de “conocimiento” (o de “iluminación”) que antes, cuando se trataba de la realidad carnal. Es la percepción aguda de la belleza que impregna a toda cosa matemática, aunque sea la más humilde, y que suscita en el que la descubre o la redescubre, o que sólo se la encuentra en su camino como a una vieja amiga, las disposiciones de muda ternura y de admiración del amante. Es en esa ternura y en esa admiración incesantemente renovados donde se encuentra lo mejor y el verdadero salario por los trabajos que se toma el obrero, sin contar ni sentir pasar las horas ni los días. Ahí está el alma misma de la creación plena, de la que nos lleva sin forzarnos y como de puntillas al corazón virginal de las cosas.

Esa belleza percibida en toda cosa incluso “pequeña” por sí misma, se reencuentra en la viva perfección de las innumerables relaciones en el seno de una multiplicidad infinita de cosas que concurren todas, cada una con su forma y su rostro propios, a la lograda armonía de un mismo Todo. Así es como a veces, al final quizás de una larga e intensa caminata, esa belleza que canta con la voz de toda cosa un canto que sólo es suyo, se inserta como por una predestinación secreta y se une en un vasto contrapunto a las de todas las otras, regatos que se desgranán y se juntan en arroyos y los arroyos en cantarines riachuelo que confluyen en vastos ríos de armonía hacia un mismo Mar infinito – esa belleza y ese orden que penetran y elevan toda

¹⁷Inspirándome en la intuición de que la matemática forma parte de la naturaleza misma de Dios (no siendo “creada” igual que Dios Mismo no es creado...), me viene a la cabeza la siguiente comparación: la diferencia entre el conocimiento que Dios tiene de las cosas matemáticas, y el que tenemos nosotros, es del mismo orden que la que hay entre el conocimiento que podemos tener de nuestra propia psique y el conocimiento que otro tenga de ella.

¹⁸Sin embargo ahora sería menos tajante que al escribir la citada nota, al afirmar que la aprehensión de esos “imponderables” de los que hablo es un acto de conocimiento en el plano espiritual. Sin embargo me parece que es del mismo orden que la aprehensión de la belleza de las cosas (matemáticas en este caso). Lo que es seguro, si este tipo de conocimiento se sitúa por debajo del plano espiritual, es que al menos planea muy por encima del conocimiento intelectual habitual y más a ras de suelo al que hacía alusión en esa nota.

¹⁹Al escribir estas palabras pensaba en hombres como Johannes Kepler, Isaac Newton, Evariste Galois, Bernard Riemann, Emmy Noether, Claude Chevalley...

cosa y unen y ligan en un mismo Canto lo ínfimo y lo inmenso, elevan el alma a la serena alegría de la contemplación. En esa visión que se despliega y abraza todo, en esa contemplación que acoge a la vez que ordena, hay como una presciencia de la verdadera esencia de lo que es contemplado, a lo que hemos accedido pacientemente y laboriosamente por caminos áridos y pedregosos, como atraídos irresistiblemente por esa presciencia que se desarrolla en nosotros. Esa contemplación que nos esperaba al final de un largo y trabajoso viaje, igual que la alegría y la admiración por cada una de las flores sin nombre que bordean el camino, no son simplemente del orden de lo “intelectual” ni siquiera de lo “mental”. Son de esencia espiritual.

50. El conocimiento espiritual (4): el dolor – o la vertiente sombría

En resumen, creo haber desentrañado finalmente (en las dos secciones precedentes) un carácter común a la “iluminación espiritual” en el conocimiento de las cosas que pertenecen a los dos planos (mental y carnal) inferiores al plano espiritual. Lo encuentro en la percepción intensa y delicada de la *belleza* de lo que es conocido, y en la presencia creadora del *amor*, una de cuyas múltiples manifestaciones es esa percepción.

Me ha venido el pensamiento de que se me objetará que la facultad (que afirmo ser de esencia espiritual) que hace acoger la belleza, seguramente también debe hacer reconocer “la fealdad”, y que quien sabe percibir la armonía también sabe percibir su ausencia. ¡Ciertamente! Pero también sé que toda disonancia está llamada a resolverse en el seno de un devenir que es armonía, y que toda “fealdad” (suponiendo que sea real y no una simple etiqueta–cliché pegada a tal cosa o a tal otra) es ella misma una tal disonancia, como uno de los innumerables torbellinos en la superficie de la gran Corriente que los abraza, los peina y los arrastra en el vasto movimiento de sus aguas – que de alguna manera misteriosa ella participa en su fuerza y concurre en su Canto. Pues la fealdad es sólo del hombre y no de la naturaleza, y nuestra fealdad y la de los demás está ahí como una tarea y como una *lección* para ser aprendida y conocida, comprendida y asumida, y como una *prueba* para ser superada...

Por eso también un sedicente “arte” que cultive “lo bello” huyendo de “lo feo” como de la peste, no tiene de “arte” más que el nombre. No sólo es estéril, sino que además (y ambos van de la mano) produce un aburrimiento mortal – ¡el aburrimiento de las cosas *falsas*, de las cosas insípidas que sólo el hombre sabe producir! El amor no es menos real ni menos grande porque haya un orinal bajo la cama de los amantes, ni la muerte un paso menos crucial para el alma y un proceso menos esencial y menos creador en el poderoso flujo de la vida, porque las carnes de lo que fue un cuerpo en vida se pudran y su olor tal vez nos incomode, ni el parto y el nacimiento de un nuevo ser un suceso menos notable y una experiencia menos profunda para la madre y para el niño, porque las sábanas de la parturienta estén tal vez manchadas de orina y de sangre...

Más seria me parece la objeción de que en la experiencia carnal, he dado la impresión de limitarme a la que es sentida como un placer o como un gozo, y de ignorar que el conocimiento que nos viene por los sentidos incluye también el sufrimiento y el dolor. Y ciertamente, sin estos, sea en nuestra alma o en nuestro cuerpo, nuestra experiencia del Mundo y de nosotros mismos estaría castrada de una vertiente esencial que nada sabría reemplazar. Además esa “*vertiente sombría*” de las cosas es la que está ausente de una actividad puramente intelectual, y quizás sea ésta, espiritualmente, su carencia más grave²⁰.

¿Cuál es pues, en el plano espiritual, el conocimiento que nos viene por la mordedura del frío o la quemadura del fuego, por las largas privaciones, por las agudas decepciones y por la amargura de los fracasos y por la humillación sufrida a manos de la soberbia engreída, de la violencia y del desprecio?

Es cierto que el conocimiento pleno, el que forma cuerpo con lo más profundo del ser, no aparece más que cuando la experiencia pasajera, quizás cien veces o mil veces repetida, es asumida totalmente – cuando la comida no sólo se ha comido, sino digerido y asimilado. A menudo una existencia está lejos de ser suficiente (aunque sólo sea para “comer”...), y aún harán falta cien o mil nacimientos sucesivos – ¡qué importa! Mi propósito es analizar el conocimiento–fruto, su aparición y su maduración por los procesos creadores, y no los remolinos en la superficie de las sensaciones y emociones, de las ambiciones y de los reveses. Una vez transformados el sufrimiento y el dolor en conocimiento, ¿qué nos enseñan?

²⁰Hablo de ese desequilibrio “superyang” en “Las Puertas sobre el Universo” (apéndice a “La Llave del yin y del yang”, CyS III), en la sección “La lengua–madre – o el camino de vuelta” (nº 24).

(29 de julio) Por supuesto, como toda sensación, el dolor carnal tiene en primer lugar una función de “información” o de “advertencia”: atención, hace frío, ¡abrigate! Atención, te quemo, ¡retira la mano! Me duelen los dientes – ¡es hora de que vaya al dentista! Y en cierta medida, lo mismo es cierto para el dolor psíquico: portándome de tal manera, sufro tal derrota – ¡haría bien en rectificar el tiro!

En estos ejemplos, la sensación o la emoción (dolorosa en este caso) nos transmiten una *información* bruta a la que reaccionamos casi siempre con un acto reflejo, conforme a *mecanismos psíquicos* innatos o adquiridos. Tal información, aunque permaneciera gravada en la psique de modo perdurable, no merece el nombre de “conocimiento” en el sentido en que yo lo entiendo. En el fondo permanece extraña a nuestro ser profundo, como un alimento simplemente ingerido y aún no digerido, como una comida que aún “está en el estómago”. Los “procesos creadores” que me propongo examinar son los que “digieren y que asimilan”. Son los que transforman información y “conocimiento bruto” en conocimiento pleno, en la carne de nuestro ser, y nos hacen crecer mentalmente y espiritualmente.

La sensación dolorosa, al igual que la que es agradable, también puede hacernos conocer algo íntimamente, y con eso llegar a sernos querida²¹. Así mi padre, habituado ya desde pequeño a los grandes fríos secos y cortantes de Rusia, jamás supo reconciliarse con los inviernos “blandos” de nuestros climas más clementes. Yo mismo tengo una relación fuerte y profunda con el fuego, y a veces no temo meter en él rápidamente la mano para empujar un pedazo de leña, desplazar un tizón encendido, o amontonar brasa dormida en su lecho de ceniza. No es raro que me quemé un poco. Esas quemaduras ocasionales forman parte de mi familiaridad con el fuego y del conocimiento carnal que tengo de él, como pequeñas mordeduras a fin de cuentas afectuosas y pruebas de amistad. Al igual que el sabor y la textura íntima de los alimentos más familiares, o la experiencia amorosa carnal, éste es un verdadero conocimiento carnal, adquirido mucho tiempo atrás. La cualidad dolorosa de la quemadura es aquí totalmente accesorio, sin duda porque la quemadura es ligera. La resonancia “espiritual” en mi conocimiento del fuego es por otra parte fuerte e irrecusable (y para mí no hay duda de que lo mismo pasaba con el conocimiento que mi padre tenía de los ásperos inviernos de Rusia). Hay un sentido muy vivo de la belleza y de cierta cualidad *viviente* del fuego. Sufro cuando veo un fuego maltratado y desdichado, lo que no es tan raro desgraciadamente²². La manera en que alguien se ocupa de un fuego dice mucho sobre él, incluido el nivel espiritual seguramente. Todo está ligado, y nuestro ser se inscribe en cada uno de nuestros actos y gestos (y en algunos de manera aún más reveladora que en otros...).

Un ejemplo menos anodino es el de los dolores del parto. En su forma más corriente, esos dolores no son más que la expresión en la carne de las angustias y bloqueos psíquicos que rodean al sexo y a todas las realidades fuertes de la vida humana. Son un producto del condicionamiento, de actitudes y formas de proceder dirigidas por nuestra cultura. Los progresos de la medicina y sobre todo el espíritu que los ha acompañado ha llevado hasta el límite del delirio la barbarie que rodea en nuestros países llamados “civilizados” ese acto fundamental entre todos, y el choque psíquico que el nacimiento en un hospital representa para el niño. Afortunadamente al fin ha habido una reacción saludable contra esa locura tecnocrática, con la llegada de métodos llamados de “parto sin dolor”, desarrollados con una actitud de respeto amoroso por la vida y por los grandes ritmos que la regulan. Ése es uno de los signos de renovación y de esperanza en este “fin de los Tiempos”, marcado por la desespiritualización del hombre y por su alienación casi total de lo que constituye la substancia misma de su vida. Gracias a ese movimiento renovador, en nuestros países destrozados por el “progreso” numerosas mujeres han tenido la posibilidad de vivir sin crispación ni angustia, a veces en su plenitud, esa experiencia y ese acto únicos en la existencia humana.

Una vez desaparecido el temor, y la resistencia interior ante lo que nos llega y nos atraviesa y nos lleva, la pena cambia totalmente de naturaleza y de rostro. La enemiga aborrecida y esquivada se revela

²¹Aquí se piensa también en el mordisco que a veces acompaña y marca el final orgásmico del juego amoroso. Pero en ese momento no es sentido como doloroso, o mejor dicho, confluye en una vivencia de tan extrema tensión que en ella disfrute y tormento, goce y dolor se confunden y se funden...

²²El hombre moderno, entre otros innumerables rasgos que le son propios, se distingue por estar alienado del fuego, la primera de todas las conquistas del hombre, que ya no conoce por así decir. En mí, la evolución de mi relación con el fuego se ha realizado en sentido inverso, se ha vuelto más íntima y más dulce con los años, desde que los rasgos femeninos en mí, mucho tiempo reprimidos, han comenzado a salir a la superficie (el mismo año de los “reencuentros” que se han tratado al principio de este libro...). Al instalarme en el Lodévois, en 1973, todavía le tiraba agua al fuego en la chimenea, para apagarlo. Cada vez que lo hacía tenía que violentarme, pues en el fondo (sin permitir que algo tan “irracional” llegase a ser consciente...) sentía que era una brutalidad, que destrozaba algo bello que se desplegabá ante mí y que creaba una armonía a su alrededor, de la que yo también me beneficiaba. Tres o cuatro años más tarde ya, tales conocimientos inhibidos llegaron a ser plenos, inseparables en adelante de mi estilo de vida. Y tenía cuidado siempre de guardar suficiente ceniza de reserva para poder cubrir el fuego y recuperar al día siguiente los tizones apagados.

como *la amiga* – como la que viene a nosotros, mensajera de vida con rasgos graves y con manos suaves y poderosas que nos tocan allí donde ninguna otra mano sabría tocar – mano fuerte, mano bienhechora, mano bendita ¡cómo te conozco, yo que sin embargo no soy mujer! Más de una vez me has atravesado y me has hecho renacer en el agua abundante de las lágrimas de una pena desconocida y bendita... Vienes a tu hora para enseñar en silencio lo que ningún placer ni ningún goce podrían enseñar...

Sí, una vez despojado de la ridícula máscara que nosotros mismos le hemos puesto, el dolor es un mensajero poderoso. Y cuando viene nunca es en vano. A poco que sea acogido, te deja *otro* – reventado, despojado, lavado, aligerado del peso de tu soberbia, y más cerca de ti mismo por el silencioso conocimiento que te ha aportado.

Y ese conocimiento, seguramente, es otra vez el de una *belleza*. Una belleza esta vez más escondida quizás y más grave, vivida no en los delicados resplandores de la aurora o bajo los brillantes fuegos del mediodía, sino en la vertiente sombría, en el recogido silencio de la noche.

51. El conocimiento espiritual (5): del alma de las cosas y del hombre sin alma

No quiero ir más lejos ahora en esta reflexión sobre el *dolor*, iniciada y planteada hace a penas un momento (yo mismo no sabría decir por qué secretas vías) por una súbita ola de emoción... Más aún que el placer, o la alegría o el goce de los sentidos, cuando escuchamos el mudo mensaje del dolor e incluso aunque esté elaborado en nuestra carne, es ante todo al *alma* a quien le habla. Pero como esto también va de los sueños, incluso cuando vuelve a menudo con una paciencia inagotable, es raro que se le escuche...

Pero quisiera volver a los planos de conocimiento carnal y mental, y a ese “algo” en el conocimiento que sobrepasa a la carne y a la inteligencia y que viene de otra parte – ese perfume de belleza, tan pronto luminoso y suave como grave y doloroso, esa exhalación del Amor que impregna toda cosa y se da a conocer a todo ser que la acoja con sus sentidos igual que con su inteligencia. Ese perfume no es privilegio de una madurez, no es la recompensa de una larga ascesis o de pesados sacrificios. El ser más zafio participa de él igual que el más evolucionado, cuando no se cierran a él, igual que el ignorante y el sabio participan de forma parecida en el benéfico calor del sol. El sabor del pan y del agua (cuando todavía se tiene la suerte de encontrarlos buenos...), el olor de la tierra húmeda o de la hierba pisoteada (cuando no se es prisionero a perpetuidad de la ciudad...), la sonrisa de un rayo de sol o de la amada o el repentino frescor de una ráfaga, el olor de un fuego de leña o de la brasa adormecida, el llanto de un recién nacido... he ahí cosas muy simples que cada uno puede escuchar en su totalidad, sin el filtro de lo “útil”. Escuchar esas cosas y oler su perfume es también alimentarse de ellos, en el cuerpo ciertamente y en la comprensión de las cosas, pero también en el alma. Si el escuchar y oler así no es todavía “creación” por sí mismo, si nos hace mantener un *contactoesencial* más que transformarnos, sin embargo tal contacto y las disposiciones interiores que lo permiten son como el silencio en el que puede prorrumpir el canto de la creación, igual que la tela virgen que llama al pincel del pintor a trabajar. Y seguramente es raro que la obra espiritual nazca con el ruido de fondo que acompaña al sordo en espíritu – aquel que ya no sabe escuchar ni oler la voz innombrable y el perfume de las cosas.

Y he aquí que he vuelto al punto de partida de ayer²³ – hasta qué punto nuestra experiencia y nuestro conocimiento de las cosas están embotados para lo mejor, cuando tenemos en nada ese perfume que es su alma, ese soplo de vida que anima a las cosas. No digo sólo que la experiencia esté *empobrecida*, en dudoso beneficio de una “eficacia” acrecentada (quizás se diga) o que sé yo²⁴. En verdad, está *desnaturalizada*. Es como un buen alimento que un veneno insidioso ha echado a perder. Secretamente degrada los actos de los hombres igual que a los hombres mismos. Con tales disposiciones, hacer el amor en buen francés se llama “tirer un coup” o “baiser”²⁵ – cuando los compañeros de fortuna, en ambigua connivencia y usando cada uno sus propias armas, se esfuerzan “en tener” al otro. Hacer matemáticas, eso es “poner” mal que

²³En la sección “La belleza de las cosas” (nº 48).

²⁴No obstante, en mi trabajo de matemático, es ese sentido agudo y omnipresente de la belleza, inseparable del de una perfecta coherencia, de un orden soberano que liga y rige todas las cosas, el que siempre ha sido el hilo invisible y seguro que infaliblemente me guiaba hacia las tareas más candentes y más fértiles, y el que en cada momento me mostraba por qué rodeos evidentes y secretos entrar en la comprensión íntima de las cosas que me llamaban...

²⁵(N. del T.: Expresiones coloquiales francesas para indicar el coito.

bien “artículos alimenticios” para mantener una apariencia de reputación, o (para los más fuertes o mejor situados) “cascar” problemas con fama de difíciles para epatar a la galería y hacer subir su , o incluso (en los tiempos que corren) plagiar sin vergüenza a los ausentes o a los que no estén en una posición de fuerza para devolver golpe por golpe...

Tal desespiritualización de las cosas y de los actos ha existido en todos los tiempos entre nosotros – en todos los tiempos el hombre ha sido un animal enfermo, en pregonada ruptura con lo humano que hay en él, que en vano le llama. Pero jamás, me parece, ha sido tan total y tan profunda como en este fin de los Tiempos, en nuestros países, los más policiales, los más mimados, los más asegurados y los más profundamente inquietos tal vez que el mundo haya conocido. Si nuestra civilización no estuviera condenada ya físicamente, por su irremediable efecto devastador sobre la biosfera (como un ciego imbécil que sierra la rama en que se sienta), lo estaría por esa emasculación de lo humano, por esa robotización generalizada de la psique humana, por esa aridez medio débil medio demencial del hombre–en–serie vivido por los objetos–en–serie que lo poseen – del hombre que ha olvidado y que ha renunciado a su alma.

52. La mentalidad del rebaño – o la raíz del mal

(30 de julio) Sí, ese sentido de la belleza que subsistía contra todos y que comunicaba como un hálito de belleza (por tenue que fuera) a la vida de los hombres, a pesar de los egoísmos, de las violencias, de las dimisiones – ese sentido y ese hálito me parece que han desaparecido casi sin dejar rastro, en estas dos o tres últimas generaciones. Dejando a parte raras excepciones, no se los encuentra ni en las labores del campo, ni en los talleres y los tenderetes de los artesanos, ni en las canteras, ni en los despachos o los laboratorios de los hombres de ciencia, ni en las clases o los anfiteatros repletos, ni en los hospitales o en la consulta del médico, ni en los humanistas, los artistas, los escritores²⁶. En cuanto a las familias, no hablemos de ello – hace muchísimo tiempo que los programas de televisión y los correspondientes anuncios han reemplazado a la conversación entre mujer y marido, entre hermanos y hermanas, entre padres e hijos. Eso parece bien soso, ciertamente, cuando se tiene la posibilidad de escuchar a cualquier hora las confidencias de una estrella del espectáculo que ha venido ex profeso a vuestro salón, o un importante discurso de un no menos importante político o de uno de nuestros grandes sabios...

Es algo extraño, verdaderamente, que la Mutación de nuestra especie haya de venir en un momento en que ésta parece haber alcanzado el punto más bajo de toda su historia. Es cierto que en la existencia humana, cuando nosotros mismos pasamos uno de esos umbrales cruciales que con el tiempo aparecen como verdaderas mutaciones del ser, no es raro que eso sea al salir de una crisis en que creemos tocar el fondo de la miseria. Pero en esos fondos de la angustia, hay la *consciencia* de esa angustia y de esa miseria, de la que puede surgir, a favor de un coletazo saludable, un movimiento creador, que no sabemos de dónde viene... Por el contrario, lo que caracteriza al estado actual de las mentalidades, es una inconsciencia total, fenomenal, empachada y relajada. También es verdad que un Choque como el que nos espera la transformará en seguida en un desconcierto igualmente total, cuando de repente el suelo que creíamos inmutable se hunda bajo los pies...

De todas formas, reencontrar sólo ese contacto perdido con la belleza de las cosas y con la dimensión espiritual de la existencia, tal y como estaba vivo antes, *no es suficiente*. No es una imposible vuelta atrás lo que está ante nosotros, sino un salto adelante – ¡en lo Desconocido por completo! Sin transición, de un profundo letargo, arrancados por el Choque – tendremos que saltar (o perecer...)!

Después de todo, ese sentido de la belleza no me ha abandonado en toda mi vida, él era el alma de mi trabajo matemático, mi brújula y mi guía en todo momento. Sin embargo eso no ha impedido que fuera de las horas de trabajo, con actitudes posesivas y reflejos vanidosos, no contribuyera por mi parte

²⁶En cada uno de esos ejemplos, veo el signo elocuente de la desaparición del “sentido de la belleza” y del amor por el trabajo en la erosión de la simple conciencia profesional, en la indiferencia más o menos total hacia la calidad del trabajo y del producto del trabajo (desde el momento en que “cuela” y la pasta que entra es parecida) y la desaparición creciente de la simple honestidad y del respeto al usuario. Esos son otros tantos signos de la desaparición del simple respeto de uno mismo, bajo sus formas más elementales. Además la situación es la misma en los medios “marginales” que he conocido desde 1970, que se han formado en reacción contra la “ideología dominante”, permaneciendo atrapados en la mentalidad ambiente de muchas maneras.

a la extraordinaria degradación de la ética del trabajo científico que ahora constato, y hasta en el grupo ultra-selecto de los que fueron mis alumnos²⁷. Y cuando pienso en los que fueron mis amigos en ese mundo de matemáticos: no había en él ni uno que no tuviera el sentido de la belleza de las cosas matemáticas, y el amor a su trabajo. Eso no impedía que compartieran la indiferencia y el dejar hacer que es la regla en medios científicos (y que no es de ayer), por no decir el cinismo inconsciente y el amoralismo despreocupado, respecto de la investigación militar y la influencia creciente de las instancias militares en la investigación y su financiación. Desde el momento en que alguien paga (copiosamente, por supuesto...) los encuentros, publicaciones, invitaciones de sabios distinguidos para hacer avanzar las matemáticas que aman y (eso es seguro) con toda su belleza, el resto les trae sin cuidado. El mundo puede descuajeringarse y saltar y además por sus obras en los super-Hiroshima de mañana, eso no es asunto suyo – los políticos y los militares tienen que arreglárselas entre ellos, ¡para eso se les paga! Nosotros somos sabios distinguidos, y respetados y mimados – ¡de nada! es por el Honor del Espíritu Humano – sostenemos la antorcha y hacemos matemáticas con gusto y muy bien pagados por encima del mercado, eso bastará por nuestros esfuerzos...

Ese tipo de mentalidad no es específica del medio científico ni de nuestro tiempo. Es de todos los medios y todos los tiempos. Una especie de sumo pasotismo frente a todo el resto, desde el momento en que estamos situados y sobre todo si además afluyen honores y dinero, con qué sentirse personas importantes. Esa mentalidad siempre ha hecho buenas migas con “la religión”, hace estragos en medios eclesiásticos igual que por doquier. Incluso muchos espirituales auténticos y místicos no han estado exentos de ella a su manera – salvo que en ellos, no son la pasta y las medallas los que los tienen cautivos, o las matemáticas o “la Ciencia”, sino quizás los “progresos en la fe”, el destino de la Orden religiosa o del monasterio que han fundado o al que se identifican, o los favores que Dios les prodiga sin cuenta. (Y confío en que Él sabe lo que hace...) Pero esas guerras en que todos esos buenos creyentes (creyentes y practicantes gracias a dichos progresos en la fe...) se destripan alegremente (sin contar las pérdidas de mujeres y niños – el buen Dios se ocupa de eso, es Su trabajo...), o las hogueras en que los creyentes de un color quemaban a los de otro – eso y mil otras cosas por el estilo, eso les da igual claramente – desde el momento en que es así como eso ocurre, es que Dios lo quiere así, eso no va con ellos. Salvo todo lo más si es para echar una mano a esa famosa “voluntad de Dios” (que tiene buenas espaldas), para predicar tal vez una santa Cruzada u organizar con mano de hierro una no menos santa Inquisición.

En todo esto, no se trata de la ausencia de toda espiritualidad ni de amor al trabajo (como el que yo mismo tenía), en una actividad a la que se dedican en cuerpo y alma. Se trata de otra cosa. De una cierta inconsciencia, de una irresponsabilidad, tan generalizadas que llegan a ser normales y las únicas normales, y que todo lo que va en su contra es tachado de insensato, de extravagante, cuando no de herético o de criminal. Forma parte del sempiterno mecanismo o “instinto” del rebaño. Así el hombre está tan condicionado que es casi totalmente incapaz de ver las cosas más evidentes, cuando al hacerlo va en contra de las ideas y las maneras de ver (la mayoría inexpressadas, de tan evidentes que parecen) que son comunes a todos en el medio del que forma parte. Desde el momento en que todo el mundo hace su servicio militar y se va a hacer la guerra sin pensárselo dos veces en cuanto se le avisa de que debe hacerla, a nadie se le viene la idea de que tal vez pudiera hacerse de otro modo. Sin embargo aquellos a los que les venga una idea tan descabellada o tan criminal son buenos para la prisión o para el calabozo en tiempos de paz, y para el pelotón en tiempos de guerra. Todo el mundo lo encuentra normal, por supuesto, papas y espirituales a la cabeza: son unos asociales y unos cobardes, que rehúsan cumplir como todo el mundo con su deber de ciudadano... Así es como se perpetúa en la sociedad lo bestial y lo subhumano como lo más natural del mundo, con la aquiescencia y ante la indiferencia total de todos, y con la bendición de todo el que posa como “autoridad espiritual”.

“La solución a todo eso”, o el camino de salida de un engranaje que nos ha llevado al borde de la destrucción física y psíquica de nuestra especie, seguramente no es el de una “mejora” progresiva de las ideas comúnmente recibidas, y de las leyes, los usos y las costumbres entre particulares y entre naciones – incluso suponiendo que quedase tiempo, antes del hermoso desastre que hemos preparado. Tales progresos siempre son superficiales y precarios. Aunque parezcan adquiridos para toda la eternidad, se derrumban de un día para otro, en tiempos de excepción e incluso sin ellos, por el mero dejar pasar general²⁸, a favor de

²⁷Eso es lo que progresivamente descubro durante la escritura de Cosechas y Siembras. (Véase al respecto la “Carta” en la parte introductoria de CyS.)

²⁸Pensemos por ejemplo en la extensión generalizada de la tortura en tiempos de guerra (la guerra de Argelia por ejemplo, de triste memoria) o en los regímenes un poco autoritarios. O en los malos tratos que desde siempre han sido moneda corriente

esa misma “*mentalidad del rebaño*”: desde el momento en que algo “se hace”, o que se dice “en sitios altos” que se puede o se debe hacer (tal vez, para guardar las formas, con apariencia razonable), no hay que buscar más lejos...

La raíz del mal está justamente en esa mentalidad del rebaño, es decir en *la inmadurez espiritual* de los hombres, bajo la forma de una *ausencia más o menos total de autonomía* de comprensión y de juicio. Y es el plano espiritual en el que esta ausencia, verdadera *muerte espiritual*, es con mucho la más nefasta.

53. La argolla de acero...

Madurez y autonomía espiritual se adquieren con un trabajo interior, y sólo con tal trabajo interior. Tal trabajo no puede en modo alguno ser impulsado y aún menos programado desde el exterior, ser objeto de una *enseñanza* de una persona a otra, y aún menos de una enseñanza colectiva. Es un proceso creador íntimamente personal, para el que los medios se encuentran en cada ser humano y sólo en él, dispuestos a obrar según los ritmos de su propia vida, en simbiosis total con lo que él es en cada momento, y en estrecha interrelación con las circunstancias, las experiencias y las interpelaciones de todo tipo que forman día a día la trama de su vida. *Es justamente esa potencialidad creadora la que está bloqueada*, de modo que puede parecer universal e irremediable de tan general y eficaz que es, bloqueada desde la infancia por el condicionamiento que formaba parte del mismo aire que se respiraba, marcando a cada ser con *la marca del rebaño*. Pues para el Grupo, para *todo* Grupo, todo signo de autonomía espiritual y aunque sólo sea el inicio de tal autonomía por el desarrollo de un trabajo interior (el cual por su naturaleza no puede más que escapar totalmente al control del Grupo) es visto con la mayor desconfianza. Más aún, esa desconfianza (por no decir esa hostilidad irreductible, o ese soberano desprecio...), fuertemente percibida e interiorizada en los primeros años de la vida, cuando el ser es más sensible y más maleable, le vuelven todo acto de autonomía por su parte no sólo inaceptable, sino propiamente impensable. Incluso cuando se sintiera secretamente llamado por un tal acto, la irremediable soledad a la que ese acto le convida tiene con qué asustarlo, y es más que raro que no se defienda de ella ataviándose aún más con ese sentimiento de lo “impensable”. El hecho es, en todo caso, que la idea misma de tal evolución interior, la idea de confrontarse verdaderamente a los “problemas” de su existencia o aunque fuera a uno sólo, bien tangible y bien jugoso, confrontándose también en esa ocasión a aquél que se *es* y conociéndole al fin – tal idea no se le vendrá a nadie²⁹.

Ése es el sempiterno *círculo vicioso del hombre y de la sociedad*: el hombre no puede transformarse creativamente, sus recursos ignorados (y en verdad ilimitados en su devenir) no pueden ponerse en acción y con eso mismo desplegar y madurar en él una autonomía espiritual, y un sentido de responsabilidad personal que es uno de sus principales signos, más que si sus estructuras psíquicas de salida, indeleblemente marcadas con el sello del Grupo, no oponen un veto absoluto (veto no menos absoluto ni sobre todo menos eficaz por permanecer inexpresado). Pero por otra parte ese sello del Grupo sobre el ser en formación, al ser transmitido por los seres adultos de su entorno marcados ya por ese mismo sello y que se limitan a perpetuar ciegamente las mutilaciones recibidas por ellos mismos, no cambiará su naturaleza, visceralmente y fundamentalmente ignorante de los procesos creadores y enemiga de todo signo de autonomía interior del niño pequeño, y el ambiente que rodea a éste no cambiará radicalmente de naturaleza, más que si los hombres que constituyen el Grupo han cambiado ya.

Desde sus orígenes, la humanidad ha permanecido bloqueada espiritualmente en ese círculo vicioso,

en muchas de nuestras bravas comisarías de policía, se trate de “sacudirle el polvo” a un borrachín o a algún extranjero indeseable trincado en la vía pública y embarcado sin más proceso, o de sacar la confesión de un sospechoso presumiblemente culpable. Son cosas que en nuestros civilizados países no molestan a nadie, salvo al que por ventura y sin habérselo buscado se encuentra con que paga los gastos...

²⁹Esa “idea” no me vino hasta los 48 años de edad, y si no fue antes, es que nada de lo que había visto y oído hasta entonces habría podido sugerírmela. Además no fue verdaderamente una idea que me viniera así como así y que al punto hubiera puesto en práctica, y dudo que jamás ocurra así. El acto creador que hace franquear un umbral se cumple sin tener la menor idea del umbral que está delante y sin ningún proyecto preconcebido – o si hay un proyecto, es totalmente desproporcionado con lo que verdaderamente se cumple. Hablo de un momento tal en mi vida, suscitado por el primer sueño mensajero de mi vida que sondeé, en la sección “La llave del gran sueño – o la voz de la “razón” y la *otra*” (nº 6). Hubo otro de tales momentos creadores unos días antes, con el “descubrimiento de la meditación”, que preparó los “reencuentros conmigo mismo” de los que hablo en la citada sección. Comento este otro momento fuerte en Cosechas y Siembras, en la sección “Deseo y meditación” (CyS I, nº 36).

argolla de acero que me parece tan resistente hoy como lo ha sido siempre – me parece que el reflejo del rebaño está marcado en la psique humana tan profundamente y de manera tan generalizada como siempre. Si hay “progreso”, en ningún caso lo es en el de algún debilitamiento de ese reflejo, y de las actitudes de irresponsabilidad personal que lo acompañan. Bien al contrario, esa irresponsabilidad me parece hoy quizás mayor que nunca, alentada por la intromisión más y más invasora del Estado y de sus instituciones en la vida personal de cada uno³⁰.

54. ... y su ruptura – o la usura de los Tiempos

No obstante veo dos circunstancias de naturaleza positiva, que sin duda tendrán que jugar su papel en el “Salto” que está ante nosotros. Una es el desmoronamiento generalizado de todos los valores tradicionales, sin que por ello los nuevos valores, transmitidos con las nociones de “progreso”, de “ciencia”, de “técnica”, de “competencia”, de “especialización” etc., hayan arraigado con una fuerza y a una profundidad comparables a las de los antiguos valores y las tradiciones religiosas que iban con ellos. Se diría que la civilización tecnocrática, al conquistar el planeta y erradicar de él todas las otras formas de civilización junto con los valores y las creencias que las fundamentaban, haya tenido como efecto secundario una gigantesca *nivelación cultural*, una *uniformización* a ultranza de las mentalidades y de los valores, acompañadas de una *erosión generalizada de dichos valores*, de un reblandecimiento generalizado, a menudo cercano a la simple podredumbre. Seamos conscientes o no, actualmente asistimos a la *descomposición de la civilización tecnocrática*. Este proceso de rápida descomposición me parece inseparable del carácter ferozmente desespiritualizado que distingue esa civilización de todas las que la han precedido. Claramente, sean cuales sean la fuerza de su impulso inicial y su potencia material, una civilización privada de alma está condenada a desaparecer al cabo de algunos siglos. A la larga el hombre no puede vivir ignorando sus necesidades religiosas y su naturaleza espiritual.

La otra “circunstancia positiva” consiste en una *relajación considerable, durante los últimos siglos, del carácter coercitivo del dominio del Grupo sobre la persona*. Si el instinto del rebaño no se ha movido ni un pelo después de diez milenios (ésta es al menos mi impresión), por el contrario las penalidades para el que se sale de la fila de un modo u otro son ahora mucho menos prohibitivas. Según la ley de Moisés, la menor desviación por el lado del sexo estaba sancionada con la lapidación³¹. Sócrates, por un inconformismo que en nuestros días parecería anodino, hubo de beber la cicuta. Jesús fue crucificado – hace dos siglos que incluso en país cristiano ya no correría esa clase de riesgo extremo, si tuviera la imprudencia de volver y aún intentase propagar ideas y actitudes escandalosamente subversivas³². Las hogueras de la Inquisición terminaron por apagarse bajo el empuje de “las luces” (antes de que éstas se tornasen a su vez en el “nuevo oscurantismo”...). Un Marcel Légaut no sólo no es quemado como hereje como se merecería por cada página de sus incalificables escritos, sino que el papa ni siquiera se ha molestado en excomulgarlo. (Es verdad que los fieles se vuelven escasos y que ya no se excomulga como en los buenos viejos tiempos.) En los países llamados del “mundo libre”, la situación es confortable a fe mía, al menos para aquél que esté más o menos situado o que cobre el paro, y que no tenga la desgracia de ser un dudoso residente extranjero. En Francia, desde el momento en que uno se expresa evitando los sacrosantos delitos de atentado a la integridad territorial, de incitación a la desobediencia de los militares o de desmoralización del ejército, de injuria a un magistrado o al Presidente de la República y me quedo corto, se puede prácticamente decir y escribir lo que se quiera sin ser inquietado. Todo eso tal vez sea porque los príncipes que nos gobiernan se han dado cuenta de que dejar decir y escribir casi lo que se quiera no cambia gran cosa – eso aumenta el barullo general sin poner

³⁰Es algo bien conocido que cuanto más aumenta el nivel de vida en un país y las seguridades de todo tipo (aseguradoras, seguridad social, pensiones, subsidios de paro y otros etc.), más se degrada la solidaridad humana entre las gentes, incluyendo dentro de familias o entre gentes de un mismo medio. Son raras las familias que cargan con un anciano, cuando los asilos perdón las residencias de jubilados están ahí para eso, y aún más raras las que no se quitan de encima volando a uno de los suyos, viejo o no, a punto de morir – los hospitales están ahí para eso. El Estado paga el hospital, la familia paga las pompas fúnebres (cuando no es el seguro de vida el que paga), y se desplaza al completo para el entierro una vez que el moribundo y los de la funeraria han hecho su trabajo...

³¹Es de esperar que la Ley no siempre se aplicaba al pie de la letra (es la impresión que se tiene al leer el Antiguo Testamento), sin contar que allí donde no hay demandante no hay juez. Según los términos de dicha Ley, debería haber sido lapidado miles de veces...

³²A condición de que no tuviera la idea de aterrizar en país socialista o en alguna de las dictaduras militares que hacen las delicias del “mundo libre”, en cuyo caso darían buena cuenta de él. En nuestra dulce Francia, se contentarían (como ya he recordado en otra parte) con ponerlo a la sombra en chirona o en el calabozo, como objeto de conciencia.

finalmente en peligro al Estado ni a sus instituciones. Incluso se puede ser profeta sin hacerse lapidar ni decapitar ni meter en chirona...

Ese aspecto del mundo moderno es uno de los pocos aspectos reconfortantes de ese “reblandecimiento” generalizado del que hablaba, y de esa “descomposición” que anuncia la podredumbre final. Ciertamente es difícil no estar indispuerto por éstos, incluso espantado, de tan aflictivo que es a menudo el espectáculo y desconcertantes sus manifestaciones. No obstante, en el plano de la materia viva, la descomposición que acompaña a la enfermedad y la muerte es un proceso fundamental al servicio de la vida, un proceso creador a su propio nivel, que del cuerpo de los moribundos de hoy hace el mantillo de los vivos del mañana. Dentro de algunas generaciones y quizás incluso antes, la podrida civilización de ahora, por aflictiva y desconcertante que actualmente parezca al hombre que no sea simplemente su prisionero ciego y consentidor, sin duda aparecerá como la útil materia bruta que una intensa obra creadora, a la que todos los hombres están llamados, debe transformar y ya transforma en la tierra viva del hombre plenamente humano y de una humanidad al fin humana.

Por asociación, se me viene el pensamiento de una tercera circunstancia, claramente ligada a la anterior. Se trata de la difusión más o menos generalizada que conocen ciertas ideas generales que podríamos calificar de “humanistas”: sobre la dignidad del ser humano, sobre sus numerosas “libertades” de esto y aquello (y también, aunque eso sea ya más raro, sobre la libertad espiritual o “interior”), sobre los derechos a esto y aquello, la igualdad etc. etc. También ciertas ideas (menos frecuentes también) que valoran la escucha, el recogimiento, el silencio interior, la vaciedad del espíritu “y todo eso” – aquellas, en una palabra, que ponen el acento sobre las cualidades y los valores “femeninos” o “yin”, o incluso (pero eso es raro) sobre el necesario equilibrio entre éstos y sus correspondientes “masculinos” o “yang”; ideas pues, que van en contra de los valores “superyang” o “falocráticos” de nuestra cultura “macho” a ultranza. En todo ese conjunto heteróclito de ideas de toda clase transmitidas por medios de todo tipo, algunas son del tipo del lugar común incansablemente repetido en las ocasiones oficiales o solemnes, otras son patrimonio de una minoría relativamente poco numerosa que tiende a aumentar. Minoría que incluye principalmente a gentes interesadas en tal corriente o tal otra de espiritualidad (preferentemente orientales, cuando uno es de Occidente...), a menudo discípulos de tal Gurú espectacular o asiduos a conferencias de espiritualidad; o a los que “se interesan en los sueños” o en el psicoanálisis o en el esoterismo y que frecuentan algunos de los innumerables cursillos y seminarios de moda – en resumen, a todos aquellos que sienten más o menos oscuramente un “malestar de civilización” y que se vuelven, a menudo ciegamente y a la buena de Dios, hacia religiones, sectas, Gurús, ideologías, técnicas, a menudo adornadas con el prestigio de tradiciones milenarias renovadas con algún aliciente “último grito”,... con la esperanza de llenar un vacío espiritual y de encontrar el medio para un “crecimiento espiritual” cuya falta sienten más o menos claramente y más o menos cruelmente.

Hasta hace algunos meses tenía tendencia a no conceder importancia a esos “buenos sentimientos ideológicos” de la mayoría, ni a la efervescencia ideológica de una minoría de personas que “se buscan” (de las que unas pocas corren el riesgo de no encontrarse jamás, de tan lejos de sí mismos que buscan...). Ahí veía ante todo, y no sin razón, un “barniz cultural” sin mayores consecuencias. En el primer caso, no tiene la menor incidencia sobre la vida y sobre el comportamiento. Ese barniz totalmente verbal se va a poco que sea puesto a prueba por situaciones concretas, sin hablar de lo que ocurre en tiempos excepcionales como las guerras o los golpes de Estado de todo tipo, o en los “lugares excepcionales” como los hospitales, los asilos y las prisiones, o sólo las comisarías de policía. Pero incluso la gente “en la onda” que consagra tiempo, energía e incluso dinero en adquirir un “bagaje espiritual”, me parece que éste permanece casi siempre en el nivel egótico e intelectual, como ingrediente de una nueva imagen de marca “espiritual”, sin ningún contacto con su ser profundo que lo aprovecharía como un verdadero alimento, para asimilarlo y transformarlo en una nueva sustancia viva. Más bien tendría la naturaleza de un nuevo “consenso cultural” esta vez con acento “espiritual”, que reemplaza al consenso “tecnicista” que ha fallado (al que sin embargo se parece extrañamente en el espíritu si no en la jerga), consenso que se lleva en cierto micro-medio (una de cuyas razones de ser es ser sentido por sus miembros como patrimonio de una “elite”). Aunque a menudo pretendan ser una reacción renovadora frente a la civilización ambiente, esas corrientes me parecen formar parte más bien de los síntomas de descomposición de una civilización agonizante. Además ésta se acomoda muy bien a ellos y quizás aún tenga tiempo de “asimilarlos” y recuperarlos fácilmente (cuando ya no es cosa hecha...), antes de morir de muerte natural.

Hechas estas reservas, mis sueños proféticos, y la íntima convicción que me dan de una Mutación muy

cercana, actualmente me hacen ver esos síntomas de “liberalismo” y “efervescencia” ideológicos con una luz diferente. Ciertamente, no es de una palabrería más o menos espiritual de donde podrá brotar el Acto que desencadenará un verdadero proceso creador, llamado a abarcar a la humanidad entera. Ese Acto no vendrá no de los hombres ni de ciertos hombres o de un hombre, sino de Dios. Pero una vez en marcha ese proceso, lo que hoy no es más que bagaje, peso muerto, adorno y palabrería podría muy bien formar parte de ese “material en bruto” que evoqué hace poco, destinado a transformarse en mantillo. Esta vez sería material no a nivel tecnológico, sino ideológico. Si bien es cierto que por sí mismas las ideas acumuladas en la psique no tienen virtud creadora³³, sin embargo bien sé que cuando las circunstancias son propicias, pueden llegar a ser un punto de partida o discreto auxiliar de un verdadero *trabajo* que transforme el ser y que es el único que puede darles un verdadero *sentido* – el que ellas deben tener para ese ser, en ese momento de su itinerario...

Para concluir, me parece que ese “círculo vicioso–tenaza” del que hablé hace poco³⁴, y del que creí poder constatar que era “hoy tan resistente como siempre”, ¡de todos modos en estos últimos siglos ha terminado por aflojarse y por darse de sí un poco! o por oxidarse, tal vez roído, a lo largo de siglos y de milenios, no tanto por el desgaste del tiempo, como (según vio Légaut) por la invisible acción de las innumerables y a menudo humildes existencias de seres “fieles” a ellos mismos y a su misión (seguramente Dios conoce a cada uno por su nombre, aunque los hombres no hayan conservado su memoria). Aflojado y oxidado justo lo suficiente, quizás, para romperse bajo el empuje de Dios cuando llegue la Hora – ¡y para dar la salida de una nueva Aventura!

55. Creación y voz interior – o el conocimiento espiritual (6)

1) No somos nosotros los que creamos

(7 y 8 de agosto) Las tres secciones precedentes están fechadas el 30 de julio, hace más de una semana. Entre el 27 y el 30 de julio escribí casi “de corrido” las nueve secciones precedentes (desde “Libertad creadora y obra interior”, n° 46), sin siquiera darme tiempo para respirar y reescribir en limpio, hasta tal punto esta reflexión–relámpago en la que me había liado (sobre las relaciones entre los tres planos de creación y de conocimiento) me parecía de una sola pieza. En principio pensé que sería la décima y última sección del capítulo–digresión que me disponía a terminar, “Aspectos de una misión”. Finalmente, como el tema engordaba se hacía más profundo a medida que avanzaba y que se alineaban sección tras sección, tuve que dividir ese capítulo en dos para mantener un agrupamiento más ligero de las secciones, y más riguroso. Después de esa maratoniada redacción, la mayor parte de la pasada semana he estado poniendo en limpio las nueve secciones en cuestión, rellenándolas un poco y puliéndolas de paso; más (a pesar de todo) la escritura de tres nuevas notas del 1 y 4 de agosto: “El niño creador (2) – o el campo de fuerzas”, “La mistificación – o la creación y la vergüenza”, y “El “estilo investigación” – o una nueva forma al servicio de un espíritu” (n°s 45–47). Y heme aquí al fin a pie de obra para terminar la escritura de este segundo “capítulo–digresión”, al que preveo poner el nombre “Aspectos de una misión (2): el conocimiento espiritual”.

Éste será pues el quinto capítulo de la Llave de los Sueños, entre los diez que actualmente preveo. En estos cinco capítulos ya hechos y dejando a parte el primero, por así decir no se han tratado esos famosos “sueños” (salvo todavía un poco en el capítulo II, “Dios es el Soñador”). Y nunca tanto como en estos últimos días, he estado bajo esa impresión extraña y desconcertante de que el “control” de la escritura de este libro se me escapa de alguna misteriosa manera. Sin embargo me esfuerzo y me peleo, y muy a menudo también me paro para sondearme sobre las cosas que estoy mirando y sobre la manera de expresar esto y aquello, o sobre el nombre que poner a tal sección o a tal nota o a tal capítulo, y sobre la manera de hacer el desglose en capítulos... Doy la impresión en suma de tomar decisiones y de ser “el capitán a bordo” – ¡pero, ay! Tanto por su contenido como por su espíritu, este libro no se parece en absoluto a lo que tenía en mente al principio. Pensaba exponer y hacer el relato de mi experiencia y mi enfoque de los sueños, ni más ni menos. Una experiencia y un enfoque no como los demás (eso ya estaba muy claro para mí), y se

³³Una idea “tiene virtud creadora” cuando ella misma es producto de un proceso creador. Pero esa virtud creadora no actúa más que cuando esa idea no está aislada, en el que la recibe, del contexto en que ella nació y que la llama. A menos de ser nuevamente recreada por él, en respuesta al nuevo contexto al que se ve confrontado.

³⁴Al final de la sección precedente, del mismo día.

sobrentendía que tocaría muchos temas, pero con todo: un “libro sobre los sueños”. ¡Pero no va por ese camino! Y sin embargo todas esas *otras* cosas que me he visto escribir, no sabría decir por qué movimiento íntimo, bien me doy cuenta a posteriori de que *debían* ser dichas. Y aunque me limito a sondearlas y a decirlas en el orden en que ellas se proponen y se me imponen (con riesgo de revolver sin cesar el “programa” que, por antigua costumbre, no puedo dejar de guardar en un rincón de la mollera y que ha de adaptarse mal que bien a esa incesante irrupción de lo imprevisible...) – sin embargo, con la perspectiva de las semanas y los meses, descubro en ellas una unidad orgánica que habría sido incapaz de inventar ni siquiera imaginar de antemano, y una estructura que no debe nada a una voluntad preconcebida o a las chispas o a los caprichos de la imaginación.

Ciertamente, al sentarme ante mi máquina de escribir para iniciar una nueva sección, o al insertar alguna nota a pie de página que se alarga en una reflexión “al margen” y finalmente constituye una “nota” autónoma con su mensaje y su nombre propios, tengo siempre cierta idea sobre lo que me dispongo a examinar y a decir; pero en cada ocasión lo que “sale” de la misteriosa alquimia de la escritura aparece, después de hacerlo, como enteramente distinto de lo que preveía o hubiera podido imaginarme. ¡Es la sorpresa total! Así ese carácter de “imprevisto” del que he hablado en alguna otra parte³⁵ está presente aquí a todos los niveles: desde el más localizado, en lo que me dispongo a realizar en este mismo instante y en las próximas horas, hasta el nivel más global, en que se sitúan el contenido, la iluminación, el acento que darán a la obra en su conjunto su carácter particular y único.

De manera más o menos fuerte según los casos, encontramos esa misma impresión en todo trabajo de creación. Y no podemos dejar de sentir que *no somos nosotros los que creamos*, sino que algún *Otro* crea con nuestras manos, un Creador cuyos medios sobrepasan infinitamente a los nuestros. Ayer, al releer las secciones ya escritas del presente capítulo, fui embargado por ese sentimiento con una fuerza irresistible, turbadora. *No era yo quién había escrito esas páginas* que estaba leyendo como si las viese por primera vez y como si fueran de algún otro, con una intensidad de atención sin embargo que no aparece más que en presencia de una obra íntimamente cercana, a la que nos sentimos profundamente ligados. Íntimamente cercana, sí, pero a la vez sabía perfectamente que habría sido bien incapaz de escribir esas páginas. De sentirlo con esa intensidad, con esa agudeza perfecta, con tal carácter de evidencia que barre y reduce a la insignificancia esa otra “evidencia” superficial (que era yo el que acababa de pelearme con ellas durante días y semanas...) – ese conocimiento que de repente me ha invadido ha hecho surgir con él una ola de emocionada alegría – un júbilo tal que por todas partes desbordaba a mi pequeña persona. Era la alegría, siempre imprevista, siempre nueva del repentino encuentro con Aquél que tanto ama esconderse – y que a veces da la impresión de esconderse tan bien y con tal persistencia que llegaríamos a preguntarnos si Él existe realmente, ¡y si no nos Lo hemos soñado...!

2) Parte de Dios, parte del hombre...

Ahí parece haber una extraña paradoja. De momento, al trabajar, muy a menudo se tiene la impresión de estar solo – nos “peleamos” como podemos, mal que bien, abandonados a nuestros propios y modestos medios. A duras penas avanzamos sin saber bien a dónde vamos, después volvemos sobre nuestros pasos y retomamos y perfilamos incansablemente lo que en el primer esbozo parece demasiado deshilachado, luego pulimos aún y damos el último toque para despejar el sitio antes de partir de nuevo hacia lo oscuro o la penumbra, para la próxima etapa hacia un destino siempre desconocido. No se trata de negar todo eso. Y sin embargo, cuando miramos con un poco de perspectiva la parte de la obra ya realizada en forma más o menos acabada, entonces se tiene ese sentimiento, que con frecuencia apenas aflora en la consciencia pero a la vez tan claro que no se puede recusar: que *no somos nosotros* los que hemos creado esa obra que está ahí ante nosotros, en su tierna virginidad y con esa presencia y esa cualidad que no parecen tener la menor relación con el laborioso trabajo por el que recordamos haber pasado³⁶.

A veces ocurre que también se presenta tal sentimiento sobre el trabajo mismo – cuando tenemos la impresión de “volar” más que de verdaderamente “trabajar”; cuando en cada momento, sin dudas, sin tiempo muerto ni parada ni reflexión, sabemos exactamente lo que hay que hacer y la mano lo hace, rápida

³⁵En la sección “Libertad creadora y obra interior”, n° 46.

³⁶Ese sentimiento es tanto más marcado cuanto más atentos hayamos estado durante el trabajo a las sugerencias de la “voz interior”, es decir: cuanto más se hayan borrado la voluntad consciente y las intenciones conscientes e inconscientes a las que sirve.

y segura, sin tachones ni fallos, como si ella viese claro en la noche en que sin embargo nuestros ojos no ven ni jota. Cuando hacía matemáticas, a menudo era así (y en estos últimos años más que nunca), sobre todo cuando se trata de desentrañar, a partir de algunas intuiciones aún elusivas y sin embargo fuertes y tenaces, las grandes líneas maestras de alguna teoría en gestación. También fue así en la mayor parte de Cosechas y Siembras³⁷. Pero en La Llave de los Sueños ya no ha sido así³⁸, salvo en muy raras ocasiones. Yo que me imaginaba que casi iba a escribir al dictado de Dios³⁹, ¡naranjas de la China! Hace mucho tiempo que un trabajo, y sobre todo un trabajo de gran envergadura, no ha sido tan laborioso. Casi ha sido vejatorio. Sin embargo ahora me digo que no tengo por qué extrañarme y aún menos quejarme. Bien me doy cuenta de que con todo eso que he tocado (¡y no sólo “tocado”!) en los tres meses que han pasado, he asimilado cosas, y de lo más sustanciosas, en las que hasta el momento jamás me había parado verdaderamente.

Esa clase de trabajo, señalé, jamás lo regala Dios. Incluso cuando nos favorece con revelaciones que nos aportan un conocimiento que ningún trabajo (aunque fuera el de toda una vida) podría aportarnos, el papel de éstas en modo alguno es el de prepararnos un lecho de rosas, bien al contrario. Solamente con un trabajo personal es como llegamos a asimilar el sentido de las cosas que vienen a nosotros y a alimentarnos verdaderamente, incluyendo las revelaciones que Dios nos envía por medio de los sueños o de cualquier otra manera. A nosotros nos toca cargar, so pena de malgastar tontamente (como ocurre tan a menudo) lo que nos ha sido destinado. Y una vez que nos ponemos a ello con todo nuestro corazón, sin duda Dios echará una mano discretamente, de manera visible o invisible...

* *
 *
 *

Pero quisiera volver a la “paradoja” de antes – que aún dedicándome por entero a mi trabajo y sudando agua y sangre para hacerlo tan bien como pueda, sin embargo es patente que yo no soy el creador de esa obra que día tras día sale de entre mis manos; o al menos que si realmente contribuyo en algo (cosa que de hecho no puedo ni soñar en negar), es en una medida muy modesta, irrisoria por así decir. Un poco como un aprendiz patán al que el Maestro discreto y benevolente deja meter la mano en la obra haciendo como si estuviera ausente, vigilando sin embargo con el rabillo del ojo que sea una obra de arte y lleve, a pesar de meteduras de pata, errores y torpezas de la cosecha del aprendiz, la marca indudable del Maestro. ¿Cómo ocurre pues esa extraña colaboración entre el Maestro y su aprendiz ansioso de hacerlo bien – entre el Huésped tan invisible y mi modesta persona? ¿Cuál es justamente mi contribución? ¡¿Y cómo se las arregla el Huésped y Maestro para hacer lo más delicado de la obra y lo más esencial, cuando se juraría que Él no está ahí y que brego sólo?!

Están las *ideas* que sin cesar suscitan y alimentan el trabajo: habría que mirar esto, habría que decir, expresar eso... (Y “mirar” y “expresar” son en verdad inseparables, verdaderamente no se llega a mirar en profundidad más que expresando, y a expresar sin verborrea más que mirando.) Al esforzarse en decir lo que se percibe, están las *imágenes* que surgen poco a poco, imágenes silenciosas que hay que traducir en *palabras*. Esas ideas, y esas imágenes (o simplemente el “giro” que se le va a dar a la expresión), nunca son “mías”, no son el producto de una reflexión: ¿Qué habría que examinar o decir ahora? O: ¿Qué giro dar a la expresión de tal idea? Esas cosas siempre me las encuentro ya dispuestas, venidas de no sé dónde (y además sin que me preocupe en interrogarme sobre su procedencia...). Claramente mi papel, antes que nada, es el de *acogerlas*, de confiar en ellas respondiendo a su muda exigencia de darles expresión; y esto sin dejarme impresionar por el ruido de fondo ni sobre todo por esa sempiterna “voz de la razón”⁴⁰ que siempre desean distraerme de ellas...

Además no es raro que varias ideas se presenten a la vez y sin decirme en qué orden tomarlas. Entonces hay un momento de perplejidad, y entonces soy *yo* (tengo ahora esa impresión) el que sopesa y el que dispone y el que elige: comienzo por éste, el resto a esperar... Y la *traducción* en palabras, a duras penas, de las

³⁷Solamente en la parte cuarta de Cosechas y Siembras, “Las cuatro Operaciones”, la escritura fue bastante laboriosa en ocasiones, y lo peor de todo, en la historia de chantajes y gángsteres que es objeto de “La Apoteosis”.

³⁸Para más precisiones, véase la nota al pie de la página ?? en la sección “El alma del mensaje – o las labores a pleno día” (nº 43).

³⁹Me explico acerca de esas disposiciones de “escriba de Dios” (y de las de Dios Mismo...) en la página ?? de la citada sección (véase la anterior nota a pie de página).

⁴⁰Hablo por primera vez de esa “voz de la razón” en la sección “La llave del gran sueño – o la voz de la razón y la otra” (nº 6).

ideas e imágenes a medida que surgen, tengo la impresión de que ése soy yo también. Pero en cuanto a la *percepción* de algo que hay que captar y expresar, no viene por una reflexión (aunque ésta pueda estimular su aparición) sino por una *escucha*: como a la escucha de de un conocimiento que ya existiera en mí en alguna parte de las profundidades, y que, solicitado por esa intensa atención, respondiera sin palabras, con ese movimiento hacia la superficie que debe hacerlo presente a la consciencia. Una vez acogida la respuesta informulada, sólo tengo que traducirla a su vez como puedo. Pero a decir verdad, casi siempre la escucha se realiza *al escribir* – no hay ninguna separación temporal entre la *escucha*, la *percepción* de lo que me es soplado sin palabras (como si fuera la misma cosa sondeada la que me soplase por lo bajo cómo está hecha y por qué lado tomarla...), y la *traducción* al fin al lenguaje de las palabras.

La primera escritura es bastante torpe, casi todas la veces⁴¹, hasta el punto incluso de inquietarme: sintaxis desmañada, repeticiones indebidas, palabras que sólo “pegan” aproximadamente con lo que se trata de expresar y que de hecho, en ese primer intento, aún no siento más que de manera muy aproximada... Pero por el mero hecho de la escritura (incluso descuidada y mal pulida) de lo que aún sólo se entrevé, la comprensión ya se afina. Al releerme, el mismo día si es posible y si no al día siguiente, ya se ha instaurado una distancia con el texto que acabo de escribir, a la vez que estoy más cerca de lo que en él examino o describo. No sólo estoy en condiciones de redondear el estilo suavizando y aligerando la frase y el encadenamiento de los párrafos, sino también de rectificar o afinar la expresión allí donde se muestre insuficiente o incluso francamente “fuera de la foto ” (cuando me he dejado llevar por la pendiente fácil de alguna expresión comodín que decididamente pierde la diligencia). En cuanto a las correcciones de estilo, ése es un trabajo casi enteramente de rutina, y de mi cosecha. Por el contrario la detección y la corrección de expresiones o formulaciones que no se ajustan (incluso aunque quizás tengan buen aspecto) son de naturaleza muy distinta. Ése es un verdadero trabajo de profundización, un trabajo creador por la misma razón que la primera escritura.

Ahí también tengo la impresión de que *no soy yo* el que “decide” cuándo una formulación plantea problema, ni el que encuentra por sus propios medios cómo matizarla o incluso cambiarla. De nuevo es una cuestión de estar en un estado de escucha frente a Eso o a Ése en mí que sabe, y que se manifiesta por esa *voz interior* tan baja que no se puede oír más que en un estado de intensa escucha. Dejando aparte “la intendencia”, sin duda *mi* contribución al trabajo que se realiza está ante todo *en esa escucha*, una escucha que implica a todo mi ser. Pero a nivel consciente, por supuesto, ésta se vive no como la escucha de una voz interior que todos nuestros condicionamientos nos empujan a ignorar como tal, sino como una atención extrema a lo que se trata de aprehender y expresar con delicadeza. Sin embargo no es en la hoja de papel que estoy rellenando delante de mí o que releo al corregir, ni en ninguna otra parte fuera de mí donde se encuentra el conocimiento de lo que se trata de captar. Y éste, tal y como me es dado, no tiene la naturaleza de un conocimiento bien preparado, formulado ya con palabras claras, bien visto en el campo de la mirada consciente. Se ha formado, nadie sabe cómo, en el silencio y el secreto de las capas profundas del Inconsciente, aquellas sustraídas para siempre a la mirada. Es ahí donde se deja oír cuando uno se molesta en pararse y escuchar, con todo su corazón, y con el bolígrafo en la mano o delante de su máquina de escribir...

Es esa misma “voz interior”, tan discreta que tendemos a no notar su presencia incluso cuando estamos escuchando intensamente – es también ella la que me advierte cuando algo, que en la primera escritura de las notas sólo había indicado de pasada con tres palabras precipitadas (como algo que ya fuera sabido y que no pide más explicaciones), debe ser desarrollado mucho o poco, aún a riesgo de reemplazar una frase lapidaria y algo oscura por todo un párrafo nuevo. Pero lo más frecuente es que sólo al pasar a limpio el texto corregido (tercera etapa del trabajo de profundización y no menos importante que la segunda⁴²) sienta

⁴¹Se trata aquí de la escritura de La Llave de los Sueños, tal y como prosigue incluso ahora. Como señalé hace poco, la escritura de Cosechas y Siembras fue mucho menos laboriosa.

⁴²Desde diversos lados me alaban los méritos de las máquinas de componer o “procesadores de textos”, que permiten realizar todas las correcciones que se quieran en el texto, sin tener que reescribirlo en limpio: la “impresora” proporciona un texto “níquel” en cualquier momento del trabajo. Para alguien como yo que escribe mucho, ése sería el instrumento de trabajo ideal. He estado perplejo cierto tiempo. Finalmente ha quedado claro que ese tipo de escritura ultraelectrónica no conviene más a mi tipo trabajo de lo que un fusil ametrallador podría reemplazar (a pesar de sus innegables ventajas técnicas) al tiro con arco en la tradición Zen. Para mí es importante guardar un contacto directo e íntimo con el soporte material del trabajo – en este caso, la hoja de papel llena de escritura. Necesito ver los borrones que hago en ella. Cuando hay unos cuantos, es un signo claro de que tengo que reescribir toda la página. Ahora bien “reescribir” no es reproducir el texto teniendo en cuenta los borrones que hay que incorporar (el trabajo pues que la máquina haría mejor que yo). La página emborronada me sirve de punto de partida para retomar todo el texto, a menudo con notables modificaciones. Esto forma parte del “trabajo de profundización” por la escritura, y es un trabajo creador por la misma razón que la primera escritura, que ni soñaríamos

suficiente distancia y libertad frente a la primera escritura (ya revisada y corregida a bolígrafo) para practicar en ella tales modificaciones, de mayor envergadura que correcciones de estilo o afinamiento de expresiones⁴³.

En resumen, es como si hubiera una especie de “división del trabajo” bastante clara entre el Creador invisible, Aquél que se deja oír por la “voz interior”, y yo mismo. Todas las ideas, y todas las imágenes y “giros verbales” para expresarlas me son “soplados” a medida que el trabajo avanza. Igualmente, en la relectura y la corrección, y también al escribir a máquina en limpio⁴⁴, todos los ajustes que no son sólo de estilo⁴⁵, sino que atañen a una mayor precisión de la expresión, me son sopladados por esa misma voz. En todo esto, mi papel consiste ante todo en una escucha atenta, prácticamente en todo instante, y particularmente intensa en los momentos más sensibles – aquellos en que apunta una comprensión nueva, o cuando se manifiesta una ignorancia insospechada, o cuando una emoción que nada parece llamar viene a transfigurar repentinamente una comprensión reticente que se buscaba a tientas...

3) La creación y la escucha

Creo poder decir que el trabajo, y la obra que es su fruto, valen lo que vale esa escucha, mi parte más esencial en ese trabajo a medias. Y la cualidad principal de la escucha, la única que la vuelve eficaz, es *la fe* en esa voz que escucho; la fe en el conocimiento que ésta me sopla y en las mociones que ella suscita, a menudo tan discretas que se duda de haberlas percibido realmente. Sólo por esa fe es como esas imperceptibles mociones que pasan como una brisa llegan a ser *orden* y exigencia y se transforman en *acción*⁴⁶.

A decir verdad, muy a menudo cuando la voz me sugiere (digamos) alguna imagen que a primera vista parece abracadabrante o incluso totalmente imposible, y que además va a lanzarme tal vez en una frase que se prevee sin fin, cuyo principio ya se ofrece pero de la que aún no tengo la menor idea de cómo la podría desenmarañar hasta el final... – tengo entonces como un poco de vértigo, ganas de pirarme – ¡y sin embargo no! También tengo, para animarme, esa idea tranquilizadora de que después de todo siempre puedo tacharlo todo, si lo que sale es tan tonto como parece. Pero todavía nunca he tenido que mandarlo a paseo, que lamentar, avergonzando, el haberme lanzado. El contacto con mis sueños, seguramente, es el que me ha dado esa apertura audaz (o esa caradura...) que antes me faltaba a menudo, esa fe en lo que a primera vista parece majareta, demasiado “genial” para mi modesta persona⁴⁷.

Así ¡vaya! en mi vejez he terminado por aprender a no dejarme desviar por la sedicente “razón”, esa puñetera que no deja de machacarme que ya he hecho bastante el jilipollas y que ya es hora de volver a filas y de no hacerme notar demasiado. Esa voz, afortunadamente comienzo a conocer su canción y a saber dónde me lleva: al camino razonable del borrego que vuelve a su establo...

Y la otra voz también, cada vez consigo distinguirla mejor (creo), es decir: distinguir cuando “*eso no*

en confiar a una máquina (no yo, al menos...).

⁴³Aparte de tales inserciones, que no interrumpe la línea general de la primera reflexión sino que más bien desarrollan y precisan lo que al principio sólo había sido esbozado, puedo decir que la forma definitiva del texto da en lo esencial una imagen fiel y precisa de la reflexión tal y como se ha desarrollado realmente, sin añadir ni quitar nada. Cuando mi forma de ver las cosas cambia, sea el mismo día o más tarde, me guardo mucho de modificar ese texto, testigo fiel de una reflexión que no me siento con derecho de modificar a mi gusto. Sin contar con que esa nueva versión, que quizás me parece más pertinente o más profunda, no es más “definitiva” o más “absoluta” que aquella de la que ha surgido. A su vez será absorbida y superada (incluso considerada totalmente errónea y rechazada) bien sea por mí mismo (si Dios me da vida...), o por aquellos que me lean con una disposición que responda al espíritu de búsqueda que anima mis escritos.

⁴⁴Por supuesto, también releo la escritura “en limpio”, para hacer unas últimas correcciones, antes de confiarla a una secretaria ducha en su oficio, que hará una “escritura níquel”. Excepcionalmente puede ocurrir que mi escritura “en limpio” termine por estar hasta tal punto llena de tachones que tenga que escribirla a máquina de nuevo.

⁴⁵A decir verdad, cuando estoy en la “segunda versión” de la escritura, pasando a limpio la primera, a menudo tengo la impresión de que incluso “el estilo” no es mío – el movimiento de la frase y la alquimia sonora de las palabras se forma entre mis manos sin que mi voluntad consciente o mi “saber hacer” tengan algo que ver. Cuando me releo, con frecuencia tengo ese sentimiento del que ya he hablado y que concierne tanto a la expresión como al “fondo”: yo soy incapaz de escribir así...

⁴⁶Compárese con la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7), principalmente las páginas 14 y 16.

⁴⁷A veces también soy reticente (o mejor dicho, pusilánime), hago lo que nadie entiende. Pero al hacerlo como me da la gana no tardo en darme cuenta de que lo que sale sería más bien enrevesado, que “no es eso”. Y al mismo tiempo “la voz”, discreta sí, pero también tenaz a su manera, no se desarma y sigue haciéndose oír. Lo quiera o no, termino por escucharla y lanzarme – ¡a la aventura!

viene de mí". Y sin embargo sé que cuando me tomo la molestia de escuchar, cuando tengo fe en ella y mi voluntad se pone al servicio de esa fe y todo mi ser se deja llevar por ella – solamente entonces es cuando soy plenamente *fiel a mí mismo*.

Desde siempre, creo, he tenido en mí esa fe en la voz interior⁴⁸. Sin haberme preguntado jamás al respecto, bien sabía que ella era lo mejor que hay en mí. Serle fiel, no es ni más ni menos que ser fiel a mí mismo. Tener fe en ella, es tener fe en mí mismo, en lo mejor que hay en mí.

Ciertamente, según la época de mi vida, he estado más o menos atento a esa voz. Más de una vez, e incluso durante ciertas etapas largas y áridas de mi vida, he hecho oídos sordos, igual que en otras he escuchado y he sido infiel a su llamada⁴⁹. Si estos últimos años me han aportado algo de más valor aún que todo lo que ya he recibido en un vida colmada, es que esa voz se ha vuelto más cercana y más clara, y que estoy más atento. Esa creciente atención tal vez sea fruto de una gracia, pero seguramente también de un conocimiento sobre esa voz; un conocimiento que había permanecido mucho tiempo difuso, inexpressado, latente, y que con la escritura de *La Llave de los Sueños* madura y se precisa y (tal es al menos mi deseo) se vuelve más activo y toma posesión de mi ser de modo más completo.

4) ¿Quién habla por esa voz?

En cuanto a saber quién habla por esa voz, ¡ése es el gran misterio! Seguramente es el Huésped invisible, es *Dios* en mí; y si pudiera haber la menor duda de que realmente es Él, esos repentinos momentos de luz como el que ayer me iluminó con tal alegría repentina, ya la habrían disipado. Si hay alguna duda y misterio, es éste: *a la vez que Dios*, ¿no habría también alguien o algo distinto que habla por esa voz, y que, siendo quizás muy cercano y casi indistinguible de Él, también sería “yo”⁵⁰ – mi “*yo profundo*”, o también lo que hace poco he llamado “lo mejor en mí”, pero pensando también “lo mejor *de* mí”? No lo sé, y quizás no lo sepa jamás⁵¹.

Esa voz no me dice más que lo que en cada momento soy capaz de recibir, como poniéndose “a mi nivel” – al de mis capacidades de aprehensión y comprensión conscientes. Pero sin embargo eso no significa que venga “de mí”. Más convincente es ese sentimiento tan fuerte, a menudo, cuando se descubre ¡que lo que se pone en claro “ya se sabía” de alguna forma! No que algún *otro*, cierto “Huésped” distinguido quizás, lo sabía (incluso quizás desde toda la eternidad...) sino más bien que en el fondo *yo* lo sabía, que simplemente estaba oculto en alguna parte profunda, en el fondo de alguna mazmorra perdida, y que sólo me hacía falta respearla de ahí, ¡con un sedal y un anzuelo!

Otra cosa que da qué pensar es que incluso escuchando con todo el corazón esa voz interior que se presume infalible (?), sin embargo no nos volvemos infalibles. Incluso Jesús, que seguramente sabía escuchar la voz que llamaba del “Padre”, llegó a cometer errores⁵². Sin embargo no creo que realmente sean errores que vienen del Inconsciente profundo, que se deban a esa voz – la cual (en tanto que emanación de mi ser profundo) estaría sujeta a error como lo está toda voz humana. Por el contrario, estoy convencido de que el error⁵³ no proviene de las profundidades ni de la voz que es su mensajero, sino de la interpretación que el espíritu da, a nivel consciente, al mensaje recibido. Sobre todo están las distorsiones de la interpretación que provienen de los condicionamientos ideológicos, con frecuencia tácitos e incluso totalmente inconscientes, de los que cada uno está impregnado hasta tal punto, por más instruido y avanzado que esté espiritualmente, que es raro que sospeche su existencia y aún menos que los descubra, y descubra la manera en que pesan sobre su escucha de las cosas y de sí mismo.

⁴⁸Compárese con la citada sección n° 7, página 19.

⁴⁹Al respecto véanse principalmente las secciones “La llamada y el rechazo” (n° 32) y “Fe y misión – o la infidelidad(1)”, “La muerte interpela – o la infidelidad (2)” (n°s 34, 35).

⁵⁰El contexto dejará bien claro, me parece, que aquí no tomo la palabra “yo” (o “yo profundo”) en el sentido en que la tomo a menudo, como “el yo” o “el patrón” o “el intendente”, sinónimo del “ego”.

⁵¹Para esa especie de “amalgama” entre “el Huésped” y el “yo profundo”, véase sobre todo la nota “Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano” (n° 41).

⁵²Véanse al respecto las notas “Cuando hayáis aprendido la lección – o la Gran Farsa de Dios” y “El infierno cristiano – o el gran miedo a morir” (n°s 27, 28).

⁵³Cuando hay verdadero error “objetivo”, y no sólo diferentes grados de profundización de una comprensión en devenir.

Vuelvo a la distribución de los papeles en la creación, en el caso especial de la escritura de La Llave de los Sueños. Finalmente, dejando aparte esa escucha y mi fidelidad a esa voz en mí que sabe, parecería que mi parte en la creación casi se reduce a las tareas de intendencia sin más. Yo sería pues realmente (según la atrevida imagen de hace poco) el aprendiz concienzudo y aplicado y “ansioso de hacerlo bien” que, con la herramienta en la mano y con aire de estar sólo en la tarea, cumple su trabajo siguiendo al dedillo las discretas consignas que sin embargo el Maestro pretendidamente ausente le comunica según las necesidades, no se sabe bien cómo. Hasta el punto de que estaría tentado de afirmar que todo lo que realmente es creador en el trabajo viene de Dios, y que aparte de mi fe y mi amor, yo no habría puesto en él más que mi sudor de aprendiz a destajo volcado sobre su obra. (¡Sin contar, ciertamente, errores y torpezas e incluso puerilidades de todo tipo que no puedo dejar de esparcir!) Y esa alegría (¡que tan bien conozco!) que acompaña el avance de la obra, y esa obra interior que se realiza a la vez, esa profundización de una comprensión del Mundo y de mí mismo – esas son cosas que me llegan por añadidura...

Esa manera “humilde” de ver las cosas no me disgusta nada – demasiado feliz ya de tener tal Maestro para enseñarme, y con una paciencia tan discreta e incansable, ¡cómo crear! Sin embargo hay un sueño del pasado mes de febrero que (entre otras cosas más importantes) me hace saber (como de pasada pero, me pareció, con mucha claridad) que habría en mí una parte de iniciativa creadora (relativamente modesta, es cierto) y que realmente sería de mi cosecha. Y si además me fío de la palabra del aprendiz, mi parte de creatividad estaría llamada a ser más importante y a ensancharse a medida que prosiga mi colaboración con Dios, en los próximos años y durante los nacimientos que aún tengo ante mí⁵⁴.

56. El Árbol del bien y del mal – o el conocimiento espiritual (7)

1) El “bien y el mal” por Ley – o la espiritualidad arcaica

(14 y 15 de agosto) Va a hacer tres semanas que sigo con este capítulo que se llama “El conocimiento espiritual”, surgido de una imprudente tentativa de delimitar los lazos entre los tres niveles de creación: carnal, mental, espiritual. Con todo, nunca me he tomado la molestia de pararme para examinar e intentar describir lo que se ha de entender, o al menos lo que yo entiendo exactamente (o debería entender) por realidad y conocimiento *espirituales*, por creación *espiritual*. A través de todas las secciones y notas ya escritas, a menudo se han tratado cosas llamadas “espirituales”, o del aspecto espiritual de las cosas, sin que todavía me haya sentido empujado a precisar qué sentido doy (y creo que hay que dar) a ese término⁵⁵. No es que la cosa me haya parecido inútil, aunque sólo fuera para mí mismo que todavía nunca había hecho el esfuerzo de poner negro sobre blanco las intuiciones dispersas al respecto que se formaron en mí durante los últimos años. Sino que no había sido llamada de manera urgente por el propósito que perseguía: dar cuenta de mi experiencia de los sueños. Finalmente, al escribir ese propósito inicial ha crecido considerablemente, a la vez que mi comprensión de la realidad espiritual se afina (y tal vez sea también así para el lector que me haya seguido hasta aquí...). El momento me parece propicio para intentar, como cierre de este capítulo “espiritual”, reunir al menos aquí los fragmentos de intuiciones aparecidas al escribir La Llave de los Sueños, sobre la cuestión: *¿Qué es pues la realidad espiritual?*

Si bien es cierto que *todo* conocimiento, sea cual sea el nivel o el “plano” en que se sitúe, es susceptible de ser englobado y aclarado por un conocimiento espiritual que sería como su alma, o como el soplo que le da su sentido y que es su vida secreta⁵⁶, sin duda eso es el reflejo, en la psique que aprehende y conoce una realidad, de una relación similar “objetiva” entre la realidad espiritual y los planos inferiores de realidad mental (que concierne al mundo de las ideas, conceptos, formas, estructuras, etc.) o carnal y material (que concierne al mundo de la materia viva o inanimada). Esas realidades o mundos, me parece, están atravesados de parte a parte e impregnados, como por un éter sutil y omnipresente, por una realidad espiritual de la que serían como “encarnaciones” o “manifestaciones”, “tangibles” (en lo que concierne al plano carnal o material)

⁵⁴Compárese con la nota “Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro”, en que aparece también por primera vez la imagen, aquí retomada, del aprendiz y el Maestro.

⁵⁵Señalo de pasada esta cuestión en una nota al pie de la página 30.

⁵⁶Véase la sección “El conocimiento espiritual (1): no excluye, pero incluye y aclara” (nº 47) y la siguiente.

y “pensables” (en lo que concierne al plano mental, y más particularmente al plano intelectual). La realidad primera, primordial, de la que toda otra realidad deriva, sería la realidad espiritual, la que está “detrás” de toda otra realidad. (Igual que la realidad extrasensorial de las moléculas, los átomos y los electrones se encuentra “detrás” de la realidad material accesible a nuestros sentidos⁵⁷.) Y esa realidad última, a su vez, se confundiría con la Naturaleza o el Pensamiento o el Acto de Dios, sea “Dios” o “el Ser” o “Brahman”...

Heme aquí embarcado imprudentemente en un terreno más que movedizo, en el que ya no tengo como apoyo ni mi experiencia, ni revelaciones por los sueños o por otras vías⁵⁸, y donde corro el riesgo de hacerme eco, inconscientemente, de tales o cuales alusiones encontradas aquí o allá al azar de mis pocas lecturas “espirituales” o “filosóficas”, que habrían hecho “tilt” sin que lo notara y que ahora haría mías. Por eso prefiero volver al terreno, “subjetivo” y por eso mismo más firme, del *conocimiento* espiritual. Al menos eso es algo de lo que tengo una experiencia directa, por limitada que sea, lo que me permitirá hablar con conocimiento de causa aunque sólo sea de lo que me enseña mi propia experiencia al respecto.

La concepción tradicional sobre la esencia del conocimiento espiritual, común (me parece) a todas las religiones, es que éste concierne ante todo a la distinción entre el “mal” y el “bien”. Esa distinción se establecía de una manera a la vez categórica y simplista por una doctrina explícita, revestida de una autoridad absoluta (casi siempre la autoridad divina), incluyendo como pieza maestra una *Ley*⁵⁹ detallada. El “bien” consistía en la observación de esa Ley, el “mal” en su transgresión. Los innumerables casos de la vida humana (y con mucho los más frecuentes) en que la Ley no da ningún criterio convincente de acción “justa” siempre eran (por lo que sé) ignorados por el pensamiento religioso. Esos casos, tenemos que pensar, se situaban fuera de la noción del bien y del mal. Sin contar con que la Ley está sujeta a interpretación y que a menudo se puede (“estirándola”) hacerle englobar y hacerle decir lo que se quiera⁶⁰. La delicada cuestión de la buena fe o la mala fe en la interpretación de la Ley, cuestión que corría el riesgo de levantar dudas

⁵⁷No tengo ninguna duda de que los átomos, electrones y otras partículas son realmente manifestaciones de una realidad espiritual. Por su misma naturaleza ésta escapará siempre a todo intento de “modelización” matemática – aunque sólo fuera porque *intención* y *finalidad* son realidades que escapan a la aprehensión matemática y al orden (“Gesetzmässigkeiten”) matemático, que son unos de sus principales instrumentos. Esa imposibilidad de una modelización “última” de la realidad física no significa en modo alguno que la concepción de modelos matemáticos que casen con tales sectores de la realidad física se haya vuelto estéril, bien al contrario. Sino más bien que para realizar una obra fértil ya no se podrá seguir ignorando la acción bien evidente, en el mundo físico, de causas y finalidades de naturaleza psíquica y espiritual. Éstas, es cierto, escapan a toda descripción matemática, pero habrá que tener muy en cuenta de diversas maneras, aunque sólo sea reservando en los modelos más realistas y más fieles que los modelos tradicionales unos “márgenes de libertad” para tener en cuenta esos factores “extrafísicos”. (Compárese con los comentarios en CyS 0, Paseo por una obra, “Vistazo a los vecinos de enfrente” (sección n° 20), y sobre todo en las dos largas notas a pie de página sobre la modelización en física.

Para mí está igualmente claro que esa “impregnación” de la realidad física por la realidad espiritual no se limita sólo al nivel corpuscular en lo “infinitamente pequeño”, sino que tiene lugar en todos los niveles sucesivos de integración de la realidad física, desde lo infinitamente pequeño hasta el Universo físico en su globalidad cuatridimensional. Esa intuición me convence igualmente de que la doctrina tan tentadora (y “oficial” desde hace un siglo o dos) según la cual la realidad física, o al menos las leyes que la regulan, se reducen a lo que pasa en lo infinitamente pequeño, es falsa y ya no se podrá “sostener” durante mucho tiempo. Estoy convencido de que en cada “nivel de integración” de la realidad física aparecen leyes propias de ese nivel, y que no son consecuencia matemática de las leyes que rigen los niveles inferiores. (He oído expresarse a René Thom en ese sentido en 1969, como algo que cae por su propio peso, en un momento en que me disponía a lanzarme a la biología molecular. Eso me sorprendió entonces, pero no estaba preparado para separarme de los puntos de vista consagrados, ¡y tan satisfactorios para el espíritu!

⁵⁸(16 de agosto) Aquí la afirmación es apresurada y denigro al Soñador – después de escribir esas líneas me he acordado de dos sueños que tuve el año pasado, en que esa impregnación de la realidad sensible por una realidad espiritual era percibida con fuerza. Para mí está claro que es de ellos y no de “alusiones encontradas al azar de mis lecturas” (como dejo entender en el texto principal) de donde esa intuición que intento expresar saca su fuerza y su vida, que la convierten en algo más que una especulación, más o menos verbal, tomada de lecturas más o menos olvidadas...

⁵⁹Utilizo el término “Ley” con L mayúscula cuando quiero subrayar una relación del individuo con ella en que ésta aparece no como una *ley* (entre otras igualmente posibles), sino como *la* ley, la que le impone con una fuerza tal que borra y anula el pensamiento o la idea de cualquier otra ley.

Al lado de la Ley, que es sin duda su verdadera razón de ser social, una doctrina religiosa incluye también una cosmogonía, que da cuenta de la creación del mundo y del hombre, y del lugar del hombre en la creación. La Ley me parece responder a una necesidad de naturaleza social, en tanto que fundamento de la organización social, mientras que la cosmogonía responde a una necesidad espiritual de la persona humana misma – la necesidad de comprender al mundo y a uno mismo, o al menos la necesidad de tener una imagen suya coherente y por eso mismo satisfactoria. Una y otra, la Ley y la cosmogonía, instauran un *orden* inteligible en la vida humana y en el aparente caos de los fenómenos naturales, y con eso responden (entre otras) a una necesidad de seguridad que parece inherente a la psique humana.

⁶⁰Seguramente las interpretaciones tendenciosas de los textos sagrados, que falsean profundamente su espíritu o que incluso le hacen decir lo contrario de lo que dicen, son la regla más que la excepción. Una de las más enormes concierne a la recomendación de Jesús “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios” (cf. Mateo 22, 15–22). La mayoría de os cristianos lo toman como una justificación, por la autoridad del Cristo, de una sumisión incondicional y total a la autoridad

sobre su eficacia para distinguir “*verdaderamente*” entre el “bien” y el “mal” (de un “bien” y de un “mal” pues que serían un “absoluto”, situado aún más allá de una Ley que sólo se esforzaría en dar una idea de ellos y en transmitir un *espíritu* por medio de algunos “mandamientos” explícitos y ejemplares) – esa cuestión tampoco parece haber sido considerada por el pensamiento religioso tradicional. Cuando la interpretación de la Ley la hacía una autoridad judicial, la buena fe de ésta no podía más que ser considerada de oficio como fuera de toda sospecha...

Una tercera dificultad que se presenta también al espíritu es que otros pueblos, a menudo pueblos vecinos, tenían una ley diferente, y por consiguiente una manera distinta de concebir el “bien” y el “mal”. La actitud tradicional consiste en evacuar esa dificultad afirmando la superioridad de su propia religión y de la Ley que es su clave de bóveda, y aún más a menudo, afirmando *su* propia religión como la única válida, y las otras como falsas, mentirosas, ilusorias, heréticas etc. (según el contexto)⁶¹. Aún hoy es la actitud que me parece la más extendida con mucho entre los creyentes de las diversas religiones, sin embargo con el matiz de que en nuestro tiempo entre los creyentes instruidos se constata a menudo como una reticencia, como una falta de convicción en esa afirmación, hecha de boquilla como por un deber de lealtad frente a su propia religión más que por verdadera convicción⁶². Parece como si en nuestros días, de manera más o menos clara o más o menos confusa, los hombres han alcanzado cierto nivel de educación se dan cuenta de que ninguna religión tiene el monopolio de la verdad, con exclusión de todas las demás; y también de que la noción de “bien” y de “mal” es más delicada, y expresa una realidad de naturaleza más universal en el espacio y en el tiempo, que una simple “Ley”, es decir una lista de mandamientos, de preceptos, de recomendaciones, no podría fijar con validez para todo tiempo y todo lugar.

Pero volvamos al propósito de intentar captar la “realidad espiritual” y el conocimiento (“espiritual”) que de ella tenemos. Diría que *el conocimiento de una ley nunca es un conocimiento espiritual*, no más que el conocimiento de una doctrina (sea religiosa o no) puede calificarse de “espiritual”. Es un conocimiento de naturaleza *intelectual* que, en sentido estricto, sólo nos da a “conocer” una realidad que podría llamarse “sociológica”: en tal pueblo o tal país (del que soy miembro o residente) tal ley (sea de tipo religioso o profano) está en vigor y es (más o menos) generalmente aceptada y constriñe.

Sin embargo es cierto que en la medida en que esta ley se nos impone de un modo más o menos categórico, ese conocimiento de la ley reviste un carácter muy particular, el carácter de *obligación* más o menos interiorizada que le acompaña. Por este motivo, más que un “conocimiento” sociológico o pragmático (“si meto la pata en esto, me puede ocurrir aquello”), *la ley escrita u oral es sobre todo la ley tácita que ha impregnado nuestra infancia, está inscrita de forma indeleble en la estructura del yo*. Ella es el molde en que el Grupo nos ha fundido.

establecida, sea cual sea (animados en ello por otra parte por el mismo San Pablo). Dicho en claro: “demos al César todo lo que pida – y el resto (si algo queda...) será para Dios” (que Él nunca rechista). Como los tiempos de los mártires cristianos ya han pasado, Dios no se quejará: tendrá derecho generosamente a las misas, a las oraciones, y a las limosnas del domingo, sin contar los cirios y las imágenes de Épinal... (N. del T.: A principios del s. XIX se fundó en la pequeña ciudad de Épinal, cercana a París, un taller de grabado xilográfico, dedicado a la producción de láminas y estampas, que había de inundar Francia y el resto de Europa después.)

⁶¹Esas disposiciones, hay que recordarlo, hacen buenas migas con las inclinaciones a menudo algo conquistadoras de los príncipes que nos gobiernan. En los buenos viejos tiempos, a menudo es la convicción religiosa la que servía de piadosa bandera para apoderarse de otros países o para devastarlos y arramblar con todo lo que era bueno para llevarse. Hoy es en el nombre de la democracia, del “mundo libre” o del “socialismo”. ¡Nada muy nuevo bajo el Sol!

⁶²Es la impresión que también he tenido leyendo a Marcel Légaut. Krishnamurti tampoco es una excepción, salvo que deja entender con insistencia que las religiones están superadas y que realmente es una pérdida de tiempo leer otra cosa, para instruirse espiritualmente, que no sean las “Enseñanzas” de su pluma...

Conviene notar la extraordinaria figura de Râmakrishna (1836–1886), místico hindú que ha ejercido una influencia excepcional, y que tal vez ha sido el primer espiritual y sobre todo el primer (y tal vez único) místico en enseñar y en practicar un universalismo (o “ecumenismo”) religioso. Hinduista de la casta brahmán, tuvo la autonomía espiritual, casi impensable en su medio y en su época, de considerar que ninguna religión era superior ni inferior a las otras, y que para el creyente animado de una sed espiritual, cada una era una vía hacia Dios. Esa no era una visión teórica, sino una intuición profunda (seguramente inspirada por Dios...), que sometió a la prueba de la experiencia toda su vida, practicando la disciplina religiosa recomendada por las religiones y grandes corrientes religiosas que conocía, y llegando a la experiencia de la unión mística con Dios por cada una...

Sólo le faltó, en suma, darse cuenta de que también se puede llegar a Dios fuera de toda ideología religiosa, e incluso fuera de toda “disciplina” particular. En mi modesto caso, el encuentro con Dios ha sido primero, y una cierta “disciplina de vida” se ha instaurado después, como uno de los frutos tangibles de ese encuentro.

2) ¿Verdad u obediencia? – o el hombre frente a la ley

Por eso *la relación de un ser con la ley* (que se le ha puesto externamente antes de ser interiorizada por él bajo tal forma o bajo tal otra⁶³), igual que su relación con sus padres⁶⁴ que han sido los instrumentos designados para marcarlo con el sello de la ley (lo sepan y lo quieran o no), *forma parte de manera crucial de su aventura espiritual*. Cambia, de manera más o menos profunda según las etapas de su caminar, a medida que prosigue su maduración. La cualidad de verdad de esa relación en un periodo dado de nuestro itinerario juzga nuestra cualidad de verdad en ese momento. La “misma” actitud de aceptación incondicional de la Ley, según la etapa y las circunstancias, puede atestiguar en tal caso una cualidad de verdad, de fidelidad del ser, y en tal otro de inautenticidad, de huída ante una responsabilidad personal más alta, amparándose detrás de la seguridad fácil que ofrece la autoridad de la Ley. Igual ocurre con el rechazo (parcial y condicional, o total) de la Ley, tanto si es afirmado públicamente como si se guarda para sí, e incluso si permanece inconsciente y juega en dos tableros a la vez (lo que en nuestros días es con mucho el caso más extendido): adhesión de fachada de la que uno mismo es el primo complaciente, y trampas en la medida en que las circunstancias son tentadoras y el riesgo mínimo o nulo...⁶⁵ En otros casos (rarísimos, es cierto), ese rechazo puede ser la expresión necesaria de una fidelidad a uno mismo, tanto más difícil y exigente (y por eso mismo tanto más fértil espiritualmente) cuanto la Ley rechazada haya sido más interiorizada y la fidelidad a la Ley haya llegado a ser a sus ojos una parte esencial de la fidelidad a sí mismo; tanto más exigente, sobre todo, cuanto más ponga al ser frente a su radical soledad espiritual, arrancándole de modo irrecusable del Grupo de donde ha surgido y al que sigue sintiéndose profundamente ligado, situándole *sólo ante el Grupo* y ante la hostilidad y las represalias de los “suyos”. En otros casos, el rechazo de la Ley equivale a una desertión y a una negación de uno mismo, bajo la presión de acontecimientos que ponen en juego la identidad cultural y nacional del pueblo del que formamos parte⁶⁶, o bajo la presión de ciertos deseos y apetitos surgidos de

⁶³Casi siempre, por no decir siempre, la Ley así interiorizada es hasta tal punto amalgamada con la estructura del yo, que se tiene la íntima convicción de que las principales obligaciones que nos prescribe son reflejo de un “conocimiento ético” más o menos innato, arraigado en nuestro ser profundo, y que tendría un valor absoluto y universal. Ése ha sido en particular mi caso. Hasta 1974 (a la edad de 46 años) en mi fuero interno consideraba “conocimiento” como mi bien máspreciado. Cuando el tiempo estuvo maduro, bastó una reflexión de algunos días para comprobar hasta qué punto la noción misma de “obligación” que hasta entonces había constituido la base tácita de mi relación con los demás, era insuficiente para mantener ese papel. Pienso volver en el próximo capítulo sobre ese importante episodio de mi itinerario espiritual. Ese paso me fue facilitado por una situación de “marginalidad” ideológica y espiritual (que, a decir verdad, me era habitual y casi congénita), de suerte que no me ponía en una situación de conflicto con un “Grupo” del que me hubiera sentido parte. Véanse también los comentarios en la sección “La llamada y el rechazo” (nº 32), y sobre todo las páginas ??-??.

⁶⁴Examino bajo diversos ángulos esa relación crucial con los padres aquí y allá en La Llave del yin y del yang (CyS III), y más particularmente en las secciones “Los padres – o el corazón del conflicto”, “El Padre enemigo (3) – o yang entierra a yang”, “Padrazo” (nºs 128, 129, 147).

⁶⁵También ocurre que haya una transgresión de la Ley que permanezca totalmente inconsciente y se consume en capas relativamente profundas de la psique (suficientemente profundas para estar al abrigo del Censor interior), sin que pueda calificarse de “trampa”. Pienso aquí sobre todo en la vivencia erótica, principalmente en el juego amoroso, cuando se satisfacen, a menudo de manera puramente simbólica, impulsos sentidos como “prohibidos”, por ejemplo impulsos que expresan arquetipos incestuosos, o el impulso homosexual. (Esos impulsos inconscientes se tratan en La Llave del yin y del yang, en las notas “La aceptación (el despertar de yin (2))” y “El Acto” CyS III nºs 110, 113). Tales transgresiones son tanto más necesarias para preservar la autenticidad y el vigor de la vivencia amorosa, al menos en las capas profundas de la psique, cuanto que la sociedad ambiente es más puritana y la represión cultural más fuerte. Una actividad demasiado vigilante del Censor interior, sobre todo si la emprende también con la vivencia inconsciente, conlleva una verdadera desertización del ser, en las fuentes mismas de su vitalidad creadora. Incluso cuando el antagonismo irreductible del Censor (encarnando la Ley) frente a Eros se juega también a nivel inconsciente, y aunque a nivel consciente los valores de la Ley están muy interiorizados, una verdadera fidelidad a sí mismo (que aquí se manifiesta sobre todo si no exclusivamente en el Inconsciente) consistirá en “dar a Eros lo que es de Eros”, y en preservarle de las intrusiones protocolarias del policía-Censor, de modo que fracase una mutilación radical de su ser.

⁶⁶No quisiera dejarme llevar demasiado por una actitud moralizante y por juicios a priori sobre los “deberes de fidelidad” que tendríamos frente a las leyes y costumbres en los casos en que éstas se encuentran de la noche a la mañana abolidas por el poder de turno, a consecuencia por ejemplo de la conquista del país o simplemente de un cambio de régimen. La relativa facilidad y la rapidez con que tales cambios, en apariencia draconianos, logran imponerse y entrar en las costumbres, en el espacio de una o dos generaciones, muestran hasta qué punto las Leyes (y las doctrinas o ideologías que las fundamentan) son intercambiables – ¡con tal de que haya una! Un poco como un rebaño de borregos que se preocupa poco de quién es el pastor y cuál es la majada, desde el momento en que hay pastor y majada. El caso de la “diáspora” judía parece al respecto una excepción única en la historia de los pueblos, y cuyo significado aún se me escapa totalmente. Esa extraordinaria fidelidad del pueblo judío a su identidad cultural, después de su dispersión, es tanto más notable cuanto que la historia del pueblo judío en Palestina, según lo que nos narra el Antiguo Testamento sin ninguna veleidad de complacencia, ha sido sobre todo la historia de sus infidelidades a Yahvé y a la Ley (dura de llevar, hay que reconocerlo, ante las seducciones de la “dulce vida” de los pueblos vecinos...).

Eros o del yo⁶⁷.

A medida que un ser madura espiritualmente, se da cuenta con más claridad que la cuestión del “bien” y del “mal” no puede reducirse a una “Ley” ni a ningún “criterio” general⁶⁸, que pretenda aplicarse indistintamente a todos los hombres (o a los de cierto grupo), y a todos los casos particulares (de tal “tipo” o tal otro). Eso es así, tanto si la Ley apela a una autoridad divina como profana, si está instituida en el interior de un grupo humano más o menos vasto, o si concierne a uno sólo que la haya concebido y hecho suya como “su ley”, la que le compromete personalmente y que tendría precedencia sobre cualquier otra. Aunque reconoce que en todo grupo humano una “ley” explícita o tácita que regule en cierta medida las relaciones entre sus miembros es algo útil e incluso, casi siempre, indispensable, se da cuenta con creciente agudeza de que tal ley no tiene más que relaciones lejanas con el conocimiento del “bien” y del “mal”. Cada vez más, tenderá a ver una ley (incluida la que se impone a sí mismo con más o menos fuerza) un poco como el conjunto de reglas de juego de la sociedad, reglas que son sobre todo una cuestión de convenciones (elegidas de manera más o menos convincente...); pero desde el momento en que se participa en el juego (aunque sea de manera obligada y forzada), es (salvo excepciones) más bien “bueno” jugar respetando las reglas, y más bien “malo” hacer trampas...

Pero sobre todo, es la cualidad de verdad, de autenticidad de sus actos, o por el contrario su carácter “falso”, artificial, “fácil”, o mecánico, lo que tenderá cada vez más a tomar como medida de su carácter “bienhechor” o “malhechor”, como la medida del “bien” y del “mal”. Ese discernimiento delicado, jamás adquirido, siempre por renovar en toda situación nueva a la que se enfrente, teniendo en cuenta “la ley” simplemente como una restricción entre otras más o menos imperiosas según las circunstancias, es el que cada vez más será la luz para iluminar y para guiar sus actos; de acuerdo con la ley si es posible, y en su contra si es necesario, y en un caso como en otro, tanto espiritualmente como prácticamente, por su propia cuenta y riesgo, sin tener motivo en ningún caso ni de lamentarse de sus reveses, ni de presumir o atribuirse el mérito de sus éxitos.

Esas disposiciones de una madurez, que acabo de intentar esbozar, pueden verse como signos, seguramente, de un “conocimiento espiritual”, que a menudo permanecerá informado para siempre y se expresará más por una forma de ser que por las palabras o los actos – un conocimiento que aclara esa cuestión delicada entre todas del “bien” y del “mal”. Pero también hay un conocimiento más elemental sobre el “bien” y el “mal”, que no es el atributo de una madurez sino que se sitúa “en el instante”, fruto de una percepción inmediata. Así, en muchas situaciones en que se nos ofrece un abanico más o menos extenso de opciones para actuar (y con frecuencia el abanico es más amplio de lo que se quiere ver...), bien sabemos que lo que debe o debería guiar nuestra elección en modo alguno se sitúa al nivel de la inteligencia racional, de la utilidad o de la comodidad o de la conveniencia, ni siquiera al de nuestras “ganas” o de nuestro deseo de esto o aquello (¡y que venza el deseo más fuerte!), sino que la responsabilidad de nuestra elección se sitúa en un nivel muy distinto, justamente en el del “actuar bien” y el del “actuar mal”. Ese conocimiento es ya de naturaleza espiritual por sí mismo, independientemente incluso de la de la capacidad de distinguir de entrada *dónde* está el “bien” y *dónde* el “mal”. Lo mismo pasa con el conocimiento que podamos tener de

⁶⁷Como he intentado hacer sentir en la penúltima nota a pie de página, no hay que tratar con desprecio los “deseos surgidos de Eros” ni que sacrificarlos necesariamente a las exigencias de la Ley, incluso en los casos en que ésta estuviera muy interiorizada. En cuanto a los apetitos del yo, por supuesto que la principal utilidad de la ley es poner un freno y unos límites a los desbordamientos del egoísmo y de la agresividad de las personas (que por otra parte no han tenido dificultad en evitarlos de mil maneras). Dicho esto, hay casos en que la ley se vuelve aplastante para ciertas categorías de personas (principalmente con medidas fiscales), y que para ellas es una simple cuestión de supervivencia económica defraudar por todos los medios. Incluso fuera de toda “fuerza mayor”, en este tiempo en que “la ley” se siente cada vez más como el resultado de marrullerías políticas y electorales que como la expresión de una voluntad divina o popular, pocas son las personas para las que el respeto a la ley sobrepasa el nivel del miedo al gendarme y de la sumisión a los poderes establecidos, y que tienen el menor escrúpulo en dejarla en letra muerta cuando no se sienten obligados y forzados a observarla. Ése es uno de los elocuentes signos de “la usura de los Tiempos” de la que hablé en la sección del mismo nombre (nº 54).

En cuanto a las *leyes inicuas*, las que van en contra del sentido más elemental de justicia y de la decencia humana, Dios en Su Sabiduría ha velado para que sea raro que falten incluso hoy en día. Él habrá podido convencerse de que eso nunca ha preocupado a las buenas gentes (a los “espirituales” no más que a los otros), salvo a algunos testarudos aquí y allá de los que Él no habrá dejado (ahí arriba tiene toda mi confianza) de tomar buena nota – ¡para el Juicio Final! Para un ejemplo actual y “muy en casa”, estoy seguro que entre muchos otros, remito a Cosechas y Siembras, “Mi despedida – o los extranjeros” (CyS I, sección 24)

⁶⁸Compárese con la reflexión sobre este tema en la nota “Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima” (nº 19), y en la sección “Dios no se define ni se prueba – o el ciego y el bastón” (nº 25).

haber “actuado bien” en tal caso, o “actuado mal” en tal otro⁶⁹.

Ciertamente, no hay nada más frecuente que la convicción en provecho propio de haber actuado bien. Las peores abominaciones se cometen con la inquebrantable convicción de hacer lo que se ha de hacer (casi siempre con la aprobación total y unánime del Grupo al que nos identificamos, hay que decirlo...), de estar “con la conciencia tranquila” (que siempre tiene buenas espaldas). Incluso sin duda no podrían cometerse si esto, y en todo caso no con pleno conocimiento de causa⁷⁰. Pero esa convicción y lo que comúnmente se llama “la conciencia”⁷¹ provienen del yo, no implican a las capas de la psique a poco profundas que sean y en modo alguno son el reflejo o la fuente de un verdadero conocimiento. Esas convicciones son parte de los accesorios del papel que hemos elegido representar, y esa “conciencia” (sea “buena” o “mala”, poco importa la diferencia...) es parte del libreto. Esos remilgos se desarrollan en las capas periféricas de la psique. No tengo ninguna duda de que en ese caso tan común, el de la sempiterna “película” que se cuenta a uno mismo, se está perfectamente al corriente del juego que se juega. Pero ese conocimiento permanece a flor de conciencia, y según las necesidades se arrincona en las partes más o menos profundas del Inconsciente.

3) El padre malhechor – o el mal por ignorancia

Pienso sobre todo en el mal infligido por un padre a su hijo de manera más o menos crónica, durante la infancia. Seguramente una intención malévola está presente mucho más a menudo de lo que se supone; quiero decir disposiciones de malquerencia, a veces de odio, presentes a menudo desde antes del nacimiento del niño. Creo que esa malquerencia nunca es consciente. Eso no disminuye en nada sus efectos destructores sobre el niño, ni que el padre malevolente no tenga que rendir pesadas cuentas a Dios en el más allá, y que al asentir a sus malévolos impulsos egóticos, se carga a sí mismo con un pesado karma⁷². Pero el caso más frecuente con mucho es sin duda el de un mal infligido por ignorancia, sin ninguna voluntad malévola consciente ni inconsciente, limitándose más o menos a reproducir en sus propios hijos el tipo de educación que uno mismo ha recibido y de la que no se ha enterado nada, intentando mal que bien inculcarles las buenas maneras y los buenos principios según la idea que uno se hace de ellos. ¡Con frecuencia hacemos un mal con la mejor voluntad del mundo! Tal ha sido mi caso con mis propios hijos, que sin embargo “amaba” (pero mal, como suele ser el caso de los padres que aman a su hijo, y como suele ser el caso cuando amamos o creemos amar...), con los que estuve muy encariñado⁷³.

⁶⁹No se debe confundir el *conocimiento* que se considera aquí con la *convicción* (con frecuencia en provecho propio, según subrayo en el siguiente párrafo) de haber “actuado bien” o “actuado mal”. Por supuesto que es de lo más normal del mundo confundirlos. Distinguir entre uno y otro no es del orden de un método, de un criterio, sino del orden de la verdad: cada caso es diferente de cualquier otro, y en cada uno, no puede distinguir lo verdadero más que el ser en estado de verdad. (Véanse al respecto las referencias citadas en la anterior nota a pie de página.)

⁷⁰Véase la nota “Las dos vertientes del “Mal” – o la enfermedad infantil” (nº 43), principalmente la página N 118.

⁷¹El que toma como dinero contante las declaraciones de “buena” o “mala” conciencia, sean las de otros o las suyas, y que vea en la famosa “voz de la conciencia” la pura voz de la Verdad que se nos manifiesta para alabarnos o para avergonzarnos, y el garante por excelencia de una espiritualidad inmaculada, aún está al nivel de la espiritualidad de San Sulpicio. Dudo que la lectura de La Llave de los Sueños le sea de la menor utilidad. Esa voz no es ni más ni menos que la del Censor, fiel Guardián de la Ley y de los consensos del Grupo interiorizados por el ego. En el texto principal he hablado de la “buena” conciencia (“en provecho propio”). En cuanto a la mala, daré como ejemplo instructivo (entre millones parecidos) el del comandante de campo de concentración SS que con toda seguridad, el día que no conseguía (por razones técnicas independientes de su manifiesta buena voluntad) completar su “cuota” cotidiana de judíos para el horno crematorio, no dejaría de tener mala conciencia hacia el Führer y la Nación germánica; al menos si es un hombre escrupuloso y de honor digno de las altas responsabilidades a él confiadas.

La voz interior de la que con frecuencia hablo en este libro, la voz de Aquél en nosotros que *sabe*, no tiene nada en común con la voz tan pronto gorgojeante o melosa como quejosa o gruñona, de la “conciencia” buena o mala. Ella no alaba ni reprocha. Se limita, a menudo en términos velados, a dejar entender *lo que es* – ¡y ya es bastante! Somos libres de taparnos las orejas, y de distraernos de una verdad muy simple que nos concierne y nos disgusta, y de cultivar a voluntad (y con frecuencia a la vez) la satisfacción propia, o el escrúpulo, los remordimientos, incluso la culpabilidad llevada u ostentada durante toda una vida y que, también ellos, no son más que otra forma, la forma sombría, de la misma complacencia...

⁷²Sin duda tales disposiciones de malquerencia sin causa de un padre hacia su hijo representan su reacción última a una mutilación que el mismo sufrió en los días de una infancia olvidada. (Véanse al respecto las notas “Las dos vertientes del “Mal” – o la enfermedad infantil” y “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear”, nºs 43, 49, principalmente las páginas N 120, 121, 144.) Pero eso no modifica en nada su plena responsabilidad por sus actos.

⁷³Comencé a darme cuenta de lo que había fallado en mi relación con mis hijos a partir de 1974 (cuando tenía 46 años), después de tomarme el trabajo (por primera vez en mi vida) de formularme la visión del mundo heredada de mis padres, y haber

Por “hacer un mal” entiendo aquí: convertirse en el instrumento de la represión del Grupo, contribuyendo a asentar en el niño mecanismos psíquicos de fuerza considerable, subordinados al “mecanismo de huída”⁷⁴, que tienen como efecto bloquear de manera más o menos completa la creatividad del niño que crece, y más tarde del adolescente y del adulto. Esta situación, muy raramente percibida de tan universal que es y de tan impregnados que estamos por ella, no es una excepción. La excepción es el caso contrario, hasta tal punto rarísimo que no estoy seguro de conocer ni uno sólo. De lo que se trata aquí, con mucha frecuencia, no es ni del cariño del padre al hijo, ni de una irresponsabilidad, ni siquiera de tal o cual acto particular de pesadas consecuencias que pudiéramos llamar una “mala acción” (¡seguramente realizada como la cosa más natural y la más necesaria y benéfica del mundo!), sino de una *ignorancia* casi total de lo que verdaderamente pasa en el niño, de su vida interior (de la que a menudo se ignora hasta la existencia, o que creemos tener el deber de “despertar” o “formar”), igual que de lo que realmente pasa entre el niño y uno mismo; y por eso mismo, también una ignorancia de lo que pasa en nosotros mismos, de lo que nos hace ver al niño según tal o cual cliché que forma parte del aire de los tiempos, y actuar contra él de tal o cual manera (lo que igualmente forma parte de ello...). Esa ignorancia tiene la naturaleza de una *falta de madurez espiritual*, que se expresa por una falta de profundidad en la relación con otros seres, empezando por uno mismo. Creo poder decir que en su raíz está un defecto en el conocimiento de uno mismo, y más particularmente, la ausencia de un conocimiento por poco profundo que sea de la represión que nosotros mismos sufrimos en nuestra infancia, y de sus múltiples efectos a lo largo de nuestra infancia, de la adolescencia y de la edad adulta.

Me parece que (dejando aparte el caso de una verdadera malquerencia inconsciente) esa ignorancia no se restringe sólo a las capas superficiales de la psique, que en modo alguno es el efecto del bloqueo, en capas más o menos profundas, de un conocimiento que realmente estaría ahí y que habríamos elegido ignorar. (En tal caso ciertamente seríamos responsables directos de esa llamada “ignorancia”, querida y mantenida por nosotros, y el mal infligimos nos sería imputable como una irresponsabilidad.) Hay dos razones que me hacen pensar así. Una es que no recuerdo haber percibido jamás, en el momento (aunque fuera un breve fognazo...) o después, tal conocimiento inconsciente de “hacer un mal” a alguno de mis hijos. La otra es que en ninguno de los numerosos sueños que he anotado y me revelan alguna responsabilidad eludida, he visto que se trate de tal irresponsabilidad para con alguno de mis hijos⁷⁵. Por eso tengo la impresión de que se trata de una ignorancia en el pleno sentido del término, es decir ni más ni menos que de una falta de madurez. Y me ha parecido comprender que Dios no nos tiene en cuenta tal ignorancia involuntaria, tal falta de madurez, sean cuales sean sus consecuencias⁷⁶. En el caso que aquí me ocupa, además es una ignorancia hasta tal punto común que casi parece formar parte de la condición humana (al menos en el estado actual de la humanidad), igual que el hecho de haber sufrido e interiorizado nosotros mismos la represión con los ojos cerrados, y de encontrarnos, para pararnos o para avanzar (¡cada uno que elija!), en una “cuerda floja”⁷⁷... Y también sé que ese “mal” del que he recibido una generosa porción en mi propia infancia a la vez ha sido la semilla de una rica cosecha que a mí me corresponde ver crecer y cosechar. Y que no es de otro modo para cada uno de mis hijos, y para el “paquete” que en parte he contribuido a cargarle (igual que todos hemos

constatado sus carencias. (A ello aludo aquí y allá en las secciones “La llamada y el rechazo” y “El giro – o el fin de un sopor” (n^os 32, 33), principalmente en las páginas ?? y ??, y en el próximo capítulo pienso volver sobre ese importante episodio de mi vida.) En Cosechas y Siembras toco de pasada aquí y allá mi relación con mis hijos, principalmente en las secciones “El Padre enemigo (1)(2)” (CyS I, n^os 29, 30), “Mis pasiones”, “La admiración” (CyS I, n^os 35, 37), y por último y sobre todo en la nota “La violencia del justo” (CyS III, n^o 141), en la que examino una situación donde, más allá de la mera ignorancia, tenía una gran responsabilidad.

⁷⁴En cuanto a ese “mecanismo de huída”, véase la nota “Las dos vertientes del “Mal” – o la enfermedad infantil” (n^o 43), así como más adelante, en la presente sección, la sub-sub-sección “El hecho más absurdo...” (páginas N 118 y 36 36.)

⁷⁵En el caso de que hubiera tenido alguna irresponsabilidad esencial para con alguno de mis hijos y haya permanecido eludida, me parece difícil concebir que el Soñador no me haya hecho alguna indicación al respecto, y esto tanto más cuanto que mis sueños me confirman lo que ya había comprendido por otra parte: que ninguna responsabilidad frente a los demás, incluyendo a los más cercanos, es tan esencial ni “nos juzga” tanto como la que tenemos frente a uno de nuestros hijos.

⁷⁶En primer lugar, saco esa conclusión de mis sueños, pero también del testimonio de los místicos de los que he tenido conocimiento, o de los escritos y los hechos de los apóstoles (incluso de la vida del mismo Jesús), en que más de una vez me he quedado estupefacto por una ignorancia que me parecía de graves consecuencias, ¡sin que Dios Mismo pareciera molestarse! (Véanse al respecto las notas “Experiencia mística y conocimiento de uno mismo – o la ganga y el oro”, “Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad”, “Cuando hayáis comprendido la lección – o la gran Farsa de Dios”, “El infierno cristiano – o el gran miedo a morir”, n^os 9, 21, 27, 28.) Sin contar, hace muy poco, mis propias ignorancias asombrosas, que Dios ha tenido a bien disipar en este caso (una vez no hace costumbre)...

⁷⁷Véase la sección “Creación y represión – o la cuerda floja” (n^o 45).

sido cargados), y que le corresponde desenvolver y comer, cuando el tiempo esté maduro y decida hacerlo.

4) El acto que hace “el bien” es el acto plenamente creador

(16 de agosto) Cuanto más madura espiritualmente el hombre, tanto más apto es para “inventar” o “descubrir” un sentido (o *el* sentido) de los sucesos en los que se encuentra implicado, y tanto más tiende a borrarse la distinción entre el carácter “benéfico” o “maléfico” de un suceso, de una situación, o de los actos y comportamientos que los han desencadenado. Primero de manera confusa, y luego más y más clara a medida que progresa, comprende que *todo* termina por concurrir al “Bien”⁷⁸ – a la armonía en perpetuo devenir del Todo y al camino hacia el Ser de él mismo y de cada uno de los seres que pueblan el Universo.

Ciertamente eso no significa que desaparezca toda clase de valor o de valoración (suponiendo que tal cosa le sea posible a un ser humano), que todos los actos, comportamientos, actitudes... se arrojen en un mismo saco. Pero el “valor” de un acto ya no se juzga según la conformidad con tales “normas” (o tal “Ley”) o tales otras, ni siquiera según su presunto carácter “benéfico” o “maléfico”, cuando la cadena de los efectos más o menos directos o indirectos de ese acto, incluso en el plano material (salvo a corto plazo) y cuánto más en el plano espiritual, escapa casi por completo al conocimiento humano (y quizás también, en gran medida, al de Dios Mismo...); sin contar con que la distinción entre efecto “benéfico” y “maléfico” es reconocida como totalmente relativa, dependiendo de sus propios criterios de apreciación y del estado de madurez en que se encuentre cuando emite su juicio, que mañana podrá ser totalmente diferente. Siente que tiene motivos para pensar que en el Conocimiento infinito de Dios Mismo, que incluye todo conocimiento humano y los trasciende a todos, esa distinción entre “benéfico” y “maléfico” desaparece.

En la óptica de una “visión espiritual”, es decir de una visión que al nivel de la psique humana refleja (aunque sea de modo muy imperfecto) la visión de Dios, el *valor* de un acto reside en su cualidad de *autenticidad*, es decir en la *cualidad de verdad* del que lo realiza, en el momento de realizarlo. En cuanto a sus efectos en el devenir del que actúa al igual que en el devenir del Universo, la acción desprovista de esa cualidad de autenticidad, de verdad, se reduce (en el plano espiritual) a una agitación que alimenta una agitación, a un ruido que se añade a un ruido. *El acto que es fértil por naturaleza, tanto para el que lo realiza como para el Universo entero, es el acto auténtico, el acto realizado por un ser en estado de verdad.*

Es cierto que no hay ningún “criterio objetivo”, ningún “método” o “receta” para discernir esa cualidad esencial de un acto o de un ser en tal momento, o su ausencia⁷⁹, de manera (digamos) que logre “el acuerdo de los espíritus” (suponiendo su buena fe), del modo que en gran medida es posible en las cuestiones de orden material, o científico. Eso no impide que en muchos casos, se trate de nosotros mismos o de los otros, tengamos una percepción inmediata, viva e irrecusable de esa cualidad. Tal discernimiento por percepción inmediata no puede adquirirse por una “práctica”. Tampoco puede adquirirse por el simple hecho de un alto grado de madurez espiritual. Sin exigir una madurez particular (aunque ésta lo favorezca), ese discernimiento requiere un estado de silencio interior, de escucha⁸⁰, que en la mayoría (incluyéndome a mí mismo) no se da más que en ciertos momentos. Tal momento es él mismo un instante de verdad: sólo el ser en estado de verdad es capaz de discernir la verdad o su ausencia en un ser.

La percepción de la que hablo, cuando está presente, ¡es tan irrecusable como la vista del Sol! Ciertos seres, entre los cuales numerosos místicos, parecen tener de forma más o menos permanente ese don de “leer en el corazón de los demás”, de discernir el estado de verdad de un ser que esté ante ellos, incluso de un ser alejado. Tiendo a pensar que eso no es una *capacidad* ligada a cierto grado elevado de madurez espiritual, sino que tiene la naturaleza de un *carisma*, es decir de una capacidad excepcional concedida por Dios para

⁷⁸Me he expresado en ese sentido en la sección “El Concierto – o el ritmo de la creación” (nº 11, cf. página ??), “El Creador – o la tela y la pintura” (nº 24, cf. página ??), “El Sentido – o el Ojo” (nº 40, cf. página ??), y también en la nota “Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe” (nº 22, cf. ??). Aún volveré sobre ello en la presente sub-sección (cf. la página ?? más abajo).

⁷⁹Véanse también al respecto la sección “Dios no se define ni se prueba – o el ciego y el bastón” (nº 25) y la nota “Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima” (nº 19).

Las reflexiones del presente párrafo y del anterior ya están prefiguradas en anterior sub-sección “¿Verdad y obediencia? – o el hombre frente a la Ley”, 25.

⁸⁰Véase al respecto la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7), principalmente las páginas ??, ??.

el cumplimiento de la misión, y susceptible de ser retirada cuando deja de ser necesaria⁸¹.

Así se ha operado en mí, no sabría decir de qué manera, un profundo cambio en la forma de ver “el bien” y “el mal”, un cambio que por otra parte no se manifiesta a plena luz más que por la reflexión de estos últimos días. Ese cambio concierne tanto al “bien” y el “mal” que comportan los sucesos que me ocurren, como a mis propios actos y obras o a los de otros. En cuanto a los sucesos, me doy cuenta de que incluso los más penosos o los más dolorosos tienen la naturaleza de *dones* que me llegan para mi beneficio – ¡si la cáscara es dura, me toca romperla para extraer el dulce fruto y alimentarme! Y lo que vale para mí vale para todos. Y aunque rechazásemos y dejásemos intacta tal nuez de desgracia destinada a nosotros, porque la cáscara nos parece dura o el fruto amargo, o las rechazásemos todas durante la vida entera, esos mismos rechazos serían la sustanciosa carne de otros frutos que un día nos corresponderá (tal vez en un lejano y futuro nacimiento...) cascar la cáscara, al fin, y comer...

Así todo suceso, en sus últimos frutos tanto para mí como para los demás, me parece “benéfico” en su esencia última, y esto incluso en el caso en que su efecto inmediato es sentido como “maléfico” por unos reflejos profundamente anclados⁸². ¡Cuántas veces un mal que me golpeaba, a menudo con violencia y de lleno, se ha transformado en un bien, en un conocimiento, por el mero hecho de buscarle y encontrarle un *sentido*, es decir de encontrar la sustancia que me traía! Pero ni se me ocurriría buscar ese “sentido” si no supiera ya, por algún conocimiento profundo y seguro, que realmente hay un “sentido” en todo lo que me sucede, y que es justamente en ese sentido, en esa sustancia, donde radica el “bien” que hay en toda cosa, incluso en la aparentemente más maligna y perversa. Esa *fe* es anterior, y no la experiencia sin cesar renovada que la confirma sin cesar. *Es la fe la que es creadora* y no la experiencia asumida que, más que una confirmación (siempre bienvenida) de la fe, realmente es su fruto⁸³.

Ciertamente la “cáscara” que nos presenta un suceso o una situación y que encierra el sustancioso fruto que nos corresponde cascar, es más o menos dura y coriácea de un caso a otro. A menudo parece que cuanto más resistente es la cáscara, más sustancial es lo que encierra. Pero a veces también pasa que casi no hay cáscara, que la vida (o Dios...) nos regala frutos ya preparados para ser abiertos. E incluso frutos importantes – ¡y que a menudo, sin embargo, son rechazados⁸⁴! En la medida en que todo acto crea un suceso o una situación (o modifica o transforma en cierto sentido un suceso o una situación ya presente...), puede decirse que el acto es *fértil* espiritualmente, es decir que por su misma naturaleza es *directamente* fértil y no sólo “fértil a (quizás muy largo) plazo”, en la medida en que no sólo crea o descubre o presenta una sustancia, sino que además no la rodea de una cáscara demasiado gruesa y resistente. El acto plenamente fértil, el acto fértil por excelencia, es el que nos pone en presencia inmediata de un fruto sin cáscara, listo para ser comido.

⁸¹Véase la nota “Creación y maduración (3): dones y carisma” (nº 50).

Los tres párrafos siguientes fueron insertados el 21 de agosto, al pasar a limpio la presente sub-sección y la siguiente.

⁸²No quiero decir que a su nivel de percepción de una realidad bruta esos “reflejos profundamente anclados” sean necesariamente erróneos, y que no correspondan con frecuencia a una aprehensión perfectamente exacta de dicha realidad, por ejemplo a la de una malquerencia de tal persona que se manifiesta en el suceso. Tal constatación de una intención malévola o destructora (que el “reflejo” nos hará sentir, no sin razón, como “maligna”) puede ser también el contenido de una percepción directa irrecusable, o el fruto de un atento examen. No trato pues de negar toda validez objetiva a esas reacciones psíquicas, a veces de una fuerza perentoria, que nos hacen sentir tales sucesos o situaciones como “maléficos”, ni de negar su utilidad para ponernos en guardia frente a una situación que tal vez requiera una vigilancia particular. Sino más bien de darse cuenta de que esa “validez objetiva” sigue siendo subjetiva, y que tiende a borrar *otra* realidad más delicada y más esencial, que importa no perder de vista bajo el impacto del suceso, o de reencontrar si se ha perdido. Sólo así la “reacción de alerta” será realmente un reflejo *útil*, que nos advierte y quizás nos despierte de una indolencia o de una despreocupación, sin que por eso nos desconcierte ni nos lleve a dramatizar (y con eso, a menudo, a entrar en el juego de aquél o aquella que nos quiere “manejar”...).

En cuanto a la imagen de Épinal de la “perfección espiritual” (versión oriental), con los trazos de un hombre hasta tal punto por encima de las contingencias de este mundo de apariencias, que no se le mueve ni un pelo le pase lo que le pase (aunque sea un buen dolor de muelas, sin ir a buscar cosas más heroicas y más extremas...), sería prudente dejarla en el almacén de los accesorios de cierto teatro llamado “Espiritualidad”. Que el que obstinadamente se esfuerce en parecerse a él recuerde solamente que, como él y como yo, también Jesús conoció el placer y la pena, y no juzgó necesario apartarse de ellos.

⁸³Compárese con la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7), sobre todo la nota al pie de la página ??.

⁸⁴Al escribir estas líneas pienso ante todo en el “don” permanente que brilla en el niño pequeño, y también en el resplandor tan parecido que brilla en ciertos adultos en los que se preserva intacta, con toda su pureza y su intensidad, la misma fuerza de la inocencia. Véase al respecto la sección “Rudi y Rudi – o los indistinguibles” (nº 29) y la nota “El niño creador (2) – o el campo de fuerzas” (nº 45).

Así el acto “bueno” o “benéfico”, el que hace “el bien”, para mí no es aquél cuyas consecuencias previstas me parezcan tales, ni el realizado con loables intenciones, y aún menos el acto “lícito” conforme a la ley o la costumbre, sino el *acto fértil* espiritualmente. Y por modesto y humilde que sea, el acto fértil para el que lo realiza también es el acto fértil para cualquier otro ser y para el Universo en su totalidad. Tal acto no presupone en el que lo realiza ningún conocimiento sobre la naturaleza del acto ni sobre sus posibles efectos, probables o ciertos, ni inmediatos ni lejanos. No presupone ninguna madurez espiritual o mental particular⁸⁵. El acto fértil no es otro que el *acto auténtico*, es decir el que se realiza en un *estado de verdad del ser*. Tal acto es accesible a cualquiera en todo momento, en toda circunstancia, según su libre elección. Realizar tal acto es simplemente ser fiel a uno mismo, a “lo que es lo mejor de nosotros”. Es simplemente “ser uno mismo”, asintiendo al propio devenir espiritual – verdaderamente es *ser*, y verdaderamente es *devenir*. Es escuchar y es seguir la llamada del que estamos llamados a ser y que se busca a tientas a través del que somos. No es acto de obediencia, ni el de un conocimiento bien informado (incluso cuando tiene mucho cuidado de estar bien informado) (⁵¹), sino *acto de fidelidad* y *acto de fe*. Fidelidad a uno mismo y fe en uno mismo, pero también fidelidad a Dios y fe en Dios (aunque Dios permanezca ignorado y sin nombrar por siempre), verdaderamente indistinguibles de la fidelidad a uno mismo y de la fe en uno mismo.

Acto fértil, acto auténtico, acto verdadero, acto fiel, acto de fe – ése es también el acto “*agradable a Dios*”, es decir *el acto “bueno”*, el acto que hace “el bien”, no según la sabiduría de los hombres o según la Ley humana (aunque fuera otorgada por Dios...), sino según el Conocimiento de Dios Mismo, que lee en el corazón del hombre igual que también ve, en su amplitud y en su profundidad, el vasto movimiento del devenir del Universo. Es *el acto de parentesco* que atestigua (por humilde que sea) nuestra semejanza de Dios – de Aquél que en voz muy baja nos ilumina sobre lo verdadero y nos llama a crear. Es, a imagen del Acto de Dios, *el acto plenamente creador*⁸⁶.

Si en esta comprensión la noción de “acto bueno” tiene un sentido muy diferente del que nos sugieren nuestros hábitos mentales, la noción de acto “malo”, ésa tiende a desaparecer. Un acto es “más o menos bueno”, según el estado de verdad del ser que lo realiza esté más o menos mezclado con una ganga de no-verdad, bajo la forma (muy a menudo, quizás incluso siempre) de una contribución más o menos fuerte de impulsos no reconocidos (y por eso mismo no asumidos) que provienen del “yo”, o de Eros⁸⁷. Más que los actos “malos” que sembrarían o propagarían o reforzarían “el Mal” en el Mundo, discernimos los *actos estériles*, inútiles, los actos-ruido o actos-inercia, cuyo único efecto en el plano espiritual es arrojar más ruido al océano de ruido del mundo de los hombres, añadir más peso a su prodigiosa inercia. Lícitos o no, movidos por una voluntad malvada o por las “mejores intenciones”, censurable o loable (incluso “indispensables” y “necesarios”) en el plano práctico, social o filantrópico, propiamente hablando no son *actos*, que pongan en juego la libertad humana y el poder de crear, sino el desarrollo más o menos forzado o más o menos fluido de fenómenos totalmente mecánicos.

5) El estado de verdad es el estado plenamente creador

Quisiera volver aún sobre el *estado de verdad*. Ése es el *estado creador* en el plano espiritual, el estado “plenamente creador” del que brota la obra espiritual⁸⁸. También se puede describir como el estado de *comuni3n* con el Huésped invisible, con Dios en nosotros: *el estado de escucha de la voz interior*, de esa voz que nos susurra, en cada momento en que hacemos el silencio, lo que es esencial para iluminar nuestra libre elección del “acto justo” que corresponde a las exigencias del momento⁸⁹. Esa escucha creadora no es

⁸⁵Véase al respecto la nota “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear”, sobre todo las páginas N 143–146.

⁸⁶Aquí, al calificar la creación en el plano espiritual de acto “plenamente creador”, sobrentiendo a la vez que una creación que excluyera totalmente la dimensión espiritual no podría ser vista como una creación en el pleno sentido del término – cesa de ser bienhechora para el que la realiza, igual que para el Mundo en su conjunto. Ya me he expresado en ese sentido en las secciones “El Sentido – o el Ojo” (nº 40, cf. sobre todo la página ??) “Del alma de las cosas y del hombre sin alma” (nº 51, cf. sobre todo las páginas 9, 10,

Que el acto creador en el plano espiritual no es otro que el acto “auténtico”, o “verdadero”, afloró ya en la nota “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear” (nº 49), al final de la página N 143 y al principio de la página N 144 (ya citada en la anterior nota a pie de página).

⁸⁷Aquí considero el “impulso de Eros” en el sentido pleno del término, incluyendo también el impulso de conocimiento en el plano mental (principalmente artístico e intelectual). Véase al respecto la nota “Un animal llamado Eros” (nº 2).

⁸⁸Véase la referencia al final de la penúltima nota a pie de página.

⁸⁹Compárese con la sección “Creación y voz interior” (nº 55) y sobre todo la sub-sección 3, “La creación y la escucha”.

la escucha pasiva, la que se limita a “tomar nota”, sino una *escucha eficaz*, así transformada por la *fe* en lo que se escucha⁹⁰. En esa fe inmediata y desnuda habita la chispa dispuesta en todo momento a inflamarse, a extenderse y a transformarse en acto creador – ¡como un fuego que estalla y prende y transforma un bosque muerto en calor y en llamas! Es ella, la fe, el ardor virginal del alma, la que despierta la fuerza enterrada o adormecida en el fondo de los subterráneos y la que libera, anima y sostiene. Es ella la que transforma una oveja borreguil en águila, de vuelo poderoso y solitario...

Esa ardiente escucha de la voz interior es también un estado de apertura a lo que llega, *el estado de acogida*. Por esa voz los seres y las cosas nos hablan de lo que son, incluso más allá de lo que nos revelan nuestros sentidos y nuestra inteligencia. Por ella percibimos, hasta donde nos es dado, la realidad espiritual. Para el que, como yo, no haya alcanzado la estatura de “vidente”, seguramente ella es ese “ojo espiritual” que tan poco usamos, ¡y cuando la escuchamos y la oímos es cuando vemos (⁵²)!

Es entonces cuando la carne granulosa y la cambiante forma de las cosas son para nosotros mensajeros de belleza, es entonces cuando el amor obra en nosotros y nos pone al unísono con el amor que humildemente impregna todas las cosas y se exhala en ese perfume de belleza. Es entonces cuando detrás del caos y el aparente sinsentido del mundo y de nosotros mismos vemos aparecer un *sentido*, y cuando a través de las innumerables disonancias de nuestra vida vemos revelarse la secreta armonía de una existencia humana.

6) La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador

(16 y 22 de agosto) Según los numerosos ecos que me llegan, parece que a menudo la creación, y sobre todo la obra espiritual, fuera no sólo laboriosa, sino incluso penosa y más o menos atormentada. Sin embargo mi propia experiencia ha sido muy distinta. En mi caso la creación, a veces ciertamente laboriosa, no está acompañada de sufrimiento, sino siempre de alegría. También a veces, en los momentos fuertes de la meditación⁹¹, hay un *dolor*, pero un dolor que siento bienhechor, un bendito dolor que es alegría igual que es dolor.

Tengo buenas razones para pensar que el sentimiento de sufrimiento que con frecuencia acompaña al trabajo creador, sentido como un desgraciado freno a la creación, siempre se debe a un *estado de resistencia interior contra la creación*: es un “sufrimiento por fricción”, indicación de un poderoso *freno* inconsciente, de una *división* en aquél que crea. Es la división y es la fricción entre el que asiente a la fe y a la voluntad creadoras, y el que las rechaza. Con más precisión, es la división entre el que quiere conocer (pues quien cree conoce, y quien descubre cree...) , y el que teme conocer y se resiste con todas sus fuerzas, a veces con una energía desesperada (y casi siempre con éxito...), contra el conocimiento a punto de aparecer. Creo que en tanto ese conflicto no esté resuelto, en tanto “el que tiene miedo” no haya sido visto claramente, y por eso mismo no haya sido *separado* claramente del que no retiene ningún miedo en su afán de conocimiento o en su sed de verdad – el conocimiento mismo, fruto interior de la creación, guarda el sello de esa violenta división que marcó su nacimiento; cual un niño que siguiera marcado por el estado de división de su madre cuando ésta lo concibió, llevó y amamantó mientras una poderosa parte de su ser se rebelaba contra las oscuras obras del cuerpo y contra el que iba a nacer...

No digo que en mi trabajo no haya resistencias a la creación, y sobre todo en la obra espiritual. En ella ante todo se trata de un trabajo de descubrimiento de mí mismo – el trabajo por excelencia que va

⁹⁰Compárese con la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7), sobre todo las páginas ??, ??. Véase igualmente la sección “La puerta estrecha – o la chispa y la llama” (nº 9).

⁹¹Por el contrario, en mi caso el trabajo matemático nunca ha estado acompañado de sufrimiento (como en algunos colegas), y ciertamente aún menos de dolor (y dudo de que eso sea siquiera posible). En ello veo un signo entre muchos otros de que mi relación con la matemática, al menos cuando “hacía matemáticas”, está enteramente desprovista de toda componente conflictiva: es “el amor sin conflicto”, exento de toda traza de represión en las facultades de conocimiento que están en juego. Por extraño que parezca, de ningún modo ésa es la regla en la creación científica, sino una rarísima excepción. (Véase sobre todo al respecto, en Cosechas y Siembras, la sucesión de notas “La matemática yin y yang” (CyS III, notas nºs 119–125), y más particularmente la nota “Las Exequias del Yin (yang entierra a yin) (4)” (nº 124). Véase igualmente la nota “La circunstancia providencial – o la Apoteosis” (nº 151).) Casi siempre, bajo el peso de los valores dominantes y del ambiente cultural que los promueve, todo el aspecto “yin” (o “femenino”) del trabajo científico se encuentra sistemáticamente rechazado. Si mi obra se ha revelado como extraordinariamente fecunda, no veo otra causa más que mi fidelidad total a todos los medios de conocimiento de que dispongo en el trabajo matemático. En ese trabajo, me parece, siempre he “funcionado” con la totalidad de mis medios. Por eso también, seguramente, esos medios se han desplegado y multiplicado de manera tan impresionante. Véanse al respecto mis observaciones en la nota (**) al pie de la página N 141, en la nota “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear” (nº 49).

“a contra corriente” de toda la inmensa inercia acumulada en el ser, mientras que la costumbre es que ya el menor presentimiento de la amenaza de una mirada más allá de la fachada levante toda una presurosa cohorte de resistencias insidiosas o vehementes, para desviar la inoportuna mirada o para interceptarla. Yo también he tenido que proseguir mi trabajo en contra de resistencias fuertes y tenaces, prácticamente en todo momento. Esas resistencias están ancladas, creo que indisolublemente (al menos en el estado actual de la humanidad⁹²), en la estructura del yo. ¡No espero que suelten su presa en toda mi vida! Y por lo que a lo largo de mi vida he podido conocer del comportamiento humano, no tengo ni la menor duda de que tales resistencias no son una particularidad de mi modesta persona⁹³, sino que en todo tiempo y en todo hombre han sido plantadas en la estructura del yo, y no se pueden arrancar. Podemos verlas como las atentas y vigilantes servidoras de la sacrosanta *Imagen* de nosotros mismos, erigida en nosotros desde la más tierna infancia y que aumenta en peso y en rigidez a lo largo de los años y los sucesos – el Ídolo de plomo (casi siempre chapado en oro) infinitamente más querido que el mundo y sus maravillas (que ya no valen ni un capirotazo, cuando *Él* está amenazado...), más querido que todos los parientes y todos los que creemos amar, más querido que la propia vida... Son ellas, las fuerzas sigilosas e inexorables que mueven los engranajes de ese extraño mecanismo, con implacable eficacia en todos (o poco falta...), las que ya he evocado aquí y allá (al encontrármelas a cada paso...), aludiendo al “*mecanismo de huída*”⁹⁴; ese mecanismo que a cada paso nos empuja a “recusar el testimonio de nuestras sanas facultades”, a hacer el idiota en suma y a creerle (violentándonos cuando es necesario...), para tomar ideas prefabricadas, por falsas y aberrantes que sean, talladas a la medida de la Imagen.

A decir verdad, antes de que la meditación entrase en mi vida (el 15 de octubre de 1976)⁹⁵, en las pocas ocasiones en que hubo en mí el inicio de un auténtico trabajo creador espiritual (por modesto que fuera⁹⁶), ese trabajo estuvo marcado en un primer momento, que era también el más penoso y el más laborioso, por un sufrimiento intenso. Con perspectiva, distingo claramente toda la potencia de una angustia más o menos totalmente contenida. La tarea de contener esa angustia (¡decididamente incompatible con la Imagen!) y la percepción de las resistencias de las que ella era un signo, movilizaba (y por eso mismo inmovilizaba para la tareas creadoras, espiritualmente urgentes) la mayor parte, y con mucho, de mi energía. El sufrimiento no era más que el signo sensible, fuertemente percibido aunque con frecuencia permaneciera bloqueado a flor de consciencia, de la crispación del ser, atrapado entre la ascensión (de naturaleza totalmente mecánica) de una “angustia de rechazo” ante un conocimiento que se dispone a irrumpir y se presiente revulsivo y por eso mismo amenazador, y el reflejo (igualmente mecánico) de mantener ese flujo de angustia fuera del campo de la mirada consciente. En esas condiciones no es raro que la obra espiritual se resintiera fuertemente, pues en cada caso ante todo se trataba de tomar conocimiento de mí mismo (a la luz de la situación de conflicto en la que entonces me encontraba implicado)

Sin embargo la tercera vez fue de otro modo, ya que la crisis desembocó en el paso, uno tras otro con dos días de intervalo, de dos umbrales cruciales en mi aventura espiritual: primero el “*descubrimiento de la meditación*” (en la estela del hundimiento de la Imagen...), después los “*reencuentros conmigo mismo*” (fruto inmediato del sueño mensajero del que ya he hablado⁹⁷). A causa de una circunstancia aparentemente

⁹²Mientras la humanidad no salga de su “enfermedad infantil”, cuyo síntoma más característico son las “resistencias al conocimiento de sí mismo” que examino aquí. Véanse al respecto sobre todo la sección “Creación y represión – o la cuerda floja” (nº 45), y la nota “Las dos vertientes del “Mal” – o la enfermedad infantil” (nº 43).

⁹³Después de leer a Krishnamurti, hacia 1971 o 1972, tuve el gusto de observar la acción de esas fuerzas en los demás y de asombrarme, dando por evidente que tales historias de locos sólo podían ocurrir en los demás. Según explico en los párrafos siguientes, el primer avance decisivo en mi aventura espiritual (el 15 de octubre de 1976) consistió justamente en el descubrimiento de que no era así. En el lenguaje de Freud, también diría que fue el día en que al fin descubrí ¡que yo también tenía un “Inconsciente”!

⁹⁴Sobre dicho mecanismo de huída, véase por ejemplo la nota nº 43, citada ya en la penúltima nota a pie de página.

⁹⁵Relato ese episodio crucial en Cosechas y Siembras, en la sección “Deseo y meditación” (CyS I, nº 36).

⁹⁶Veo tres de tales episodios. El primero es el episodio del “desgarro saludable” del medio matemático, en los primeros meses del año 1970. (Véase la sección “El viraje – o el fin de un sopor”, nº 33.) El segundo se sitúa en 1974, y aludo a él de pasada aquí y allá, principalmente en la citada sección y en la que la precede. Pienso volver sobre él en el próximo capítulo. En fin, el tercero se desencadena el 10 de octubre de 1976, y aboca en el decisivo avance que se tratará en el próximo párrafo, y que es el tema de la sección de Cosechas y Siembras citada en la anterior nota a pie de página.

⁹⁷Ese sueño se trató al principio de la Llave de los sueños (página 1), y a continuación en varios sitios, y más particularmente en la sección “La llave del gran sueño – o la voz de la “razón”, y *el otro*” (nº 6), y más particularmente en la página ???. Véase también en Cosechas y Siembras la nota “Los reencuentros (el despertar del yin (1))” (CyS III, nº 109).

fortuita (¡y en principio maldita!), y que después se reveló providencial, en los minutos que siguieron al choc que desencadenó la crisis, las resistencias quedaron de alguna forma en suspenso y desactivadas, dando tiempo al flujo de angustia para invadir el campo de la consciencia – ¡y de golpe se desbordaron! Como un mar que hubiera roto y arrastrado los diques, la angustia irrumpió en tromba, durante cinco días seguidos... Irrumpió hasta que al fin, sin saber lo que hacía, *di el salto* – un salto que ya en las horas siguientes reconocí como el primer gran *avance*, el primer avance decisivo en mi aventura espiritual.

Fue la primera meditación de mi vida, aunque “meditaba” sin saberlo todavía. La primera vez que miré, no sólo ciertos accesorios de la Imagen, sino la Imagen misma y la realidad que ocultaba. Unas horas de intenso trabajo, sin saber lo que hacía ni adonde iba – y vi hundirse la Imagen incluso antes de saber lo que estaba a punto de mirar⁹⁸. Entonces no me entretuve, y aún menos me disgusté, con los restos del Ídolo. Supe que acababa de descubrir una facultad crucial, ignorada durante toda mi vida (igual que era ignorada por todos, según todas las apariencias): la facultad de “ver claro en mí mismo” y por eso mismo, de ver claro también en los conflictos en los que estoy implicado y al hacerlo, resolverlos⁹⁹.

Mirar con atención para ver claro en uno mismo es un *trabajo* no tan diferente en el fondo de cualquier otro trabajo de descubrimiento¹⁰⁰. A ese trabajo lo he llamado *meditación*. Acababa de descubrir que en mí había cosas por descubrir, y que era capaz de hacerlo, capaz de “meditar”: *acababa de descubrir la meditación*.

Con ese descubrimiento crucial, mi relación con la obra espiritual, o al menos con el descubrimiento de uno mismo (que verdaderamente es su núcleo duro y su corazón), se transformó de la noche a la mañana de modo irreversible y draconiano. La angustia, una vez reconocida y afrontada, quedó desactivada – la marea de angustia dejó sitio a una vasta y poderosa ola surgida de las profundidades, que me llevó al descubrimiento de mí mismo y de los demás, con la exultación maravillada del niño pequeño que descubre el mundo. La angustia no reapareció en los siguientes meses, una vez que esa primera gran ola creadora terminó de desplegarse y de hundirse de nuevo en lo cotidiano. Después, es cierto, hizo breves reapariciones aquí y allá, durante unas horas o algunos días, e incluso una vez, seis años más tarde, durante una o dos semanas, abocando (después de ese “redescubrimiento de la angustia” tan útil, que me aportó en su estela una comprensión más profunda de su naturaleza) al mes siguiente en el encuentro con “el Soñador

⁹⁸Véase la sección ya citada de Cosechas y Siembras “Deseo y meditación” (CyS I, nº 36). Desde ese momento, me di cuenta claramente de que la Imagen “hundida” no estaba muerta, y que iba a reconstruirse en poco tiempo. Esa situación de la Imagen descubierta e incluso hundida se ha reproducido muchas veces desde entonces, y a continuación dicha Imagen siempre se recuperaba con agilidad, ¡superando todas mis expectativas! Hoy (hay que precisarlo) se porta tan bien como siempre, y presumo que así será hasta el fin de mis días. (A menos que Dios Mismo no decida otra cosa – pero creo comprender que ésa es una clase de favores que Él no hace nunca...)

⁹⁹Ésa mi íntima convicción, y estaba dispuesto a ponerla a prueba. Con la perspectiva de once años, puedo decir que no me equivoqué en lo esencial. Además, desde los siguientes días y semanas, ya tuve amplia ocasión de constatar la fecundidad de esa “facultad” que acababa de descubrir. Sobre todo me fue dado resolver de manera total y definitiva un buen número de inveteradas ambigüedades (que se expresaban con unas dudas crónicas y hasta entonces obstinadamente apartadas de la consciencia, que afectaban entre otras a mi vida amorosa y al impulso erótico en mí). Unos meses más tarde, con una meditación–relámpago de unas horas, vi resolver también, y (según se comprobó) de manera igualmente total y definitiva, *el* conflicto que desde hacía casi veinte años sentía que pesaba más en mi vida.

Bien subrayado esto, he de añadir que tenía tendencia, hasta el año pasado, a sobreestimar el poder de penetración de esa facultad de meditación por sí misma, que en el fondo no es otra que la “sana razón”, puesta al servicio de un deseo de conocer y (en los momentos más sensibles) de una sed de verdad, que no tiene ningún miedo (consciente ni sobre todo inconsciente...) de conocer. Como ya subrayé en la primera sección de la Llave de los Sueños (“Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de uno mismo”), incluso en las mejores condiciones la mirada consciente no penetra más allá de las capas superficiales de la psique. Ciertamente que ver claro en esas capas ya es suficiente para transformar profundamente la existencia – pues todo el “cine” que nos contamos a nosotros mismos y a los demás, ¡es *ahí* donde está realmente! Ver claro en ellas, es dejar atrás todo “cine” – y eso ya es inmenso. Pero eso no significa que ciertos bloqueos más profundos, y ciertos mecanismos ligados a ellos (por ejemplo, en mi caso, el insidioso mecanismo de entierro del pasado...) estén desactivados. Ni siquiera un trabajo asiduo e intenso sobre los sueños lo logra por sí mismo (y volveré sobre este punto en el capítulo consagrado al trabajo sobre los sueños). Aquí tocamos, creo, el dominio por excelencia en que el hombre por sí mismo (incluso aunque el espíritu no estuviera dividido en su deseo de conocerse y de renovarse...) es impotente. Sólo el Acto de Dios tiene el poder de desatar en el hombre lo que en él ha sido anudado en lo más profundo, en los olvidados días de su infancia...

¹⁰⁰La diferencia principal entre el trabajo de descubrimiento matemático digamos, y el trabajo de meditación, dejando aparte los *efectos* de ese trabajo sobre la psique, se encuentra en la naturaleza de las resistencias que están en juego, resistencias incomparablemente más poderosas en la meditación. Por eso me parece que el trabajo de descubrimiento de sí es el más difícil, el más delicado de todos. Véanse también al respecto en Cosechas y Siembras las dos secciones “La fruta prohibida” y “La aventura solitaria” (CyS I, nºs 46, 47).

en persona”¹⁰¹. Pero en todos esos casos, ya no era la misma angustia; no el resurgimiento de un bloque de angustia sumergido, y aún menos la angustia ante una temible tarea en la que estuviera comprometido, sino angustias “fortuitas” por así decir, angustias “circunstanciales” o “de despegue”, signos ciertamente reveladores y bienvenidos (una vez reconocidos) de un momentáneo estado de cerrazón y de crispación, y ya no de afloramiento en la consciencia de un miedo inhibido y síntomas de un estado crónico. Con la perspectiva de once años (once años de maduración casi ininterrumpida y con frecuencia intensa, a menudo a la escucha de mensajes del Inconsciente que me llegan por mis sueños...), creo poder decir con pleno conocimiento de causa que ese día memorable, que también fue el día en que por primera vez el miedo a conocer mostró su rostro, *el miedo a conocer desapareció de mi vida*

Pero para mi actual propósito, más importante aún que las vicisitudes de mi relación con la angustia es el hecho de que desde entonces *las resistencias contra el trabajo de descubrimiento de mí mismo fueron percibidas*. A la vez fue también *el fin de la división dentro de mí* en ese trabajo.

Hoy describiría esa situación diciendo que las resistencias al conocimiento provienen del Yo, del “Patrón”¹⁰², mientras que el deseo y la voluntad de conocer la verdad (cuando realmente están presentes) son del alma: del *niño*, que sigue el impulso fogoso y a menudo sacrílego de una curiosidad inocente y ardiente, y del *espíritu*, fiel a la llamada de una misión que todavía ignora. Antes de ese paso crucial de un doble umbral¹⁰³, el alma no sabía que era distinta del “Yo”, de hecho no conocía más que ese Yo. A falta de aclararse sobre sí misma, se identificaba con él por las buenas, o por las malas. En los momentos de crisis que provocaban un arranque saludable del espíritu, era pues como si fuera *el alma misma*, que hacía un esfuerzo por comprender su estado, y que a la vez tenía miedo a conocer¹⁰⁴; que era ella la que se encabritaba secretamente, violentamente, contra la oscura y temible amenaza de un conocimiento a punto de aparecer, contra el intolerable riesgo de la profanación de la Imagen y de un renacimiento del ser. Así lo mejor de su energía estaba bloqueado para ocultarse a sí misma esa desgarradora división, ciertamente poco conforme con la Imagen, tan bonita y tan edificante (y que hasta entonces nunca se había preocupado de examinar su naturaleza ni su origen...).

Una vez franqueado al fin el doble umbral fatídico, esa verdadera historia de locos ¡de repente se resolvió! Al fin el alma se reencontró, en adelante una consigo misma. El obstáculo a su progreso, el obstáculo a su descubrimiento de ella misma así como de la psique de la que ella es el alma y que ella tiene a su cargo, ya no estaba *en ella*, sino *fuera d ella*. Y al fin ese obstáculo era claramente reconocido, en las resistencias tributarias del Yo (alias el Ego), al servicio de la Imagen – de esa Imagen incansablemente reconstruida y embellecida en cuanto se destruye...

Resistencias ciertamente con consecuencias, fuertes y obstinadas, y a la vez tan hábiles (cuando no se está en guardia...) en dar el cambiazo con aires tan virtuosos y tan razonables... Pero después de todo, ¡el viejo Sioux que yo era ya había visto muchas otras y no me impresionaban nada! Una vez *vistas* esas resistencias, y sólo entonces, o al menos cuando su existencia y su omnipresencia ha sido bien comprendida (aunque su acción no haya dejado de permanecer oculta)¹⁰⁵, el conocimiento que tenemos de la naturaleza del trabajo de descubrimiento de uno mismo comienza a ser realista. Entonces ese trabajo comienza a

¹⁰¹Véase la sección “Encuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas” (nº 21).

¹⁰²Sobre el “Yo” (o más modestamente el “yo”), alias el Patrón, véase el retrato de familia en la nota “La pequeña familia y su Huésped” (nº 1).

¹⁰³Ese “doble umbral” consiste en el “descubrimiento de la meditación” y en los “reencuentros conmigo mismo”, en el intervalo de dos días. En lo que sigue, queda claro que esos reencuentros del alma con ella misma juegan un papel no menos importante que el primero de esos dos pasos.

¹⁰⁴Ese “como si” corresponde verdaderamente a una realidad, creo. Mientras el alma no sabe que es distinta del Yo, está irremediamente contaminada por todas las ambigüedades y todas las maniobras del Yo, y ese “miedo a conocer” (por más inconsciente que sea, eso no cambia nada) sin duda estaba bien presente en el alma misma. Incluso puede ser verdad que el miedo, así como la mayoría si no todos los *sentimientos*, son propios del alma, y jamás del Yo (ni de Eros), aunque con frecuencia estén suscitados por actitudes, opciones, movimientos del Yo (o de Eros, o de ambos). En este caso, el miedo a conocer sería el resultado del estado de división del alma que a la vez quiere conocerse, y (por su identificación con el Yo, debida a su ignorancia de sí misma) rehúsa conocer.

¹⁰⁵La acción de esas resistencias siempre es “oculta”, al menos en el sentido de que nunca se toman por lo que son. Siempre se presentan bajo apariencias amigas de nuestro proyecto de conocimiento, y hace falta una vigilancia constante para no caer en la trampa. Una inercia natural hace que tengamos demasiada tendencia, incluso cuando ya conocemos la canción y se supone que sabemos (por experiencia) a qué atenernos, a olvidar la existencia de esas zorras, incluso a imaginarnos que ya están desarmadas y que estamos por encima de esas contingencias. Cuando comienza a instalarse tal sentimiento de falsa confianza, de falsa seguridad, es muy mal síntoma y con seguridad ya estamos a punto de “dejarnos embaucar” y que ellas ya nos llevan

superar el estadio de simples escaramuzas del alma, que intenta mal que bien librarse de las usurpaciones y las groserías que le llegan de no se sabe bien qué barrios ignorados. Es entonces, y sólo entonces, cuando podemos plantearnos la cuestión (que siempre termina por encontrar solución...) de cómo despistar tales resistencias, y cómo hacerlas fracasar.

Pero lo esencial aquí no es cuestión de “relación de fuerzas” ni de “estrategia” (que no tienen nada que ver con la creación, y aún menos con el amor y con la obra espiritual), sino cuestión de “moral”. Cuando la fe del alma en sí misma está arraigada en un conocimiento claro y seguro de su indestructible unidad¹⁰⁶, su progresión deja de ser la marcha dolorosa y a tientas de la que está pillada entre el deseo de buscar y el miedo de encontrar. Bajo el sol de mediodía o en las espesas tinieblas de la noche, ardiente y sereno incluso allí donde padece laboriosamente, su viaje es alegre y unas alas la llevan adelante, al encuentro de la Bienamada que le espera...

A primera vista eso puede parecer una paradoja, que un conocimiento de uno mismo por poco profundo que sea necesariamente haya de pasar por una toma de conciencia de las resistencias al descubrimiento de uno mismo. Sin embargo muy a menudo y de manera totalmente similar, ocurre que la súbita luz de un instante de verdad aparece, como por milagro, sólo en virtud de la humilde constatación de un estado de no-verdad en nosotros mismos. Además esas dos situaciones están estrechamente ligadas: las resistencias no son más que las “*fuerzas de interferencia*”, que intentan por todos los medios perturbar el silencio interior de un “estado de verdad” a punto de instaurarse o ya instaurado – ese estado que es el único que nos permite tomar conocimiento de nosotros mismos (en contra de las ideas, con frecuencia favorables, que alimentamos por nuestra cuenta). Y son verdaderas *fuerzas* y no una simple inercia, de una vehemencia prodigiosa (al menos mientras no son vistas, comprendidas y aceptadas...), ¡que se levantan para socorrer al Ídolo amenazado! Con razón podrían llamarse las “*fuerzas anti-verdad*” – las que se oponen paso a paso, qué digo, milímetro a milímetro, a las fuerzas creadoras espirituales del ser, y esto tanto más eficazmente cuanto permanezcan sin reconocer. Verlas verdaderamente es ver la “*no-verdad*” actuando en nosotros, es ver lo que en nosotros constantemente elude la verdad e impulsa lo falso...

Como ya dejé entender¹⁰⁷, en mi caso esas fuerzas casi siempre toman la apariencia de la “voz de la razón” (dándome por donde me duele...), cuando no es la de la simple decencia, tachando de digresiones y de cortar un cabello en cuatro, cuando no es de tontería, de camelo o incluso de simple delirio, esa especie de petulante locura que sin cesar me incita a meter la nariz allí donde nadie la mete y ¡a hacer y decir lo que nadie en su sano juicio pensaría jamás hacer ni decir!

Cuando no estamos constantemente en guardia para no dejarnos desviar por esa voz familiar y de acento tan convincente, es muy raro que nuestra frágil fe en *la otra voz*, tan discreta y tan baja, no se desconcierte. Y aunque resistiera bien, todavía es más raro, seguramente, que no permanezca muy intimidada y poco inclinada a aventurarse demasiado fuera de los límites de lo “razonable” y de lo “decente” tan perentoriamente marcados.

Para utilizar esta vez (una vez no hace costumbre) una comparación un poco bélica, la empresa del descubrimiento de uno mismo sería como la conquista de un vasto territorio desconocido, por el ejército al completo de todas nuestras facultades. En se ejército de elite perfectamente equipado, incluso en su Estado mayor y en el entorno inmediato del Jefe del Ejército, se han infiltrado (Dios sabe cómo...) fuerzas del adversario, para sabotear su moral y disuadirlos de avanzar ni siquiera una pulgada. Su trabajo sería eficaz mientras el Jefe tuviera miedo de mirar de frente la situación, aunque una multitud de signos ya le advirtieran claramente. Por propia elección, sería víctima de una situación ambigua tanto más peligrosa cuanto que él mismo habría ordenado que permaneciese oculta, bajo pena (quién lo duda) de afrenta a la

por la punta de la nariz...

Por lo que sé, la primera persona en la historia de nuestra especie que ha visto claramente esas increíbles fuerzas de resistencia en la psique, y además y sobre todo, no sólo en los demás sino también en él mismo, ha sido Sigmund Freud. También es la única persona que conozco que las haya visto, ¡con la excepción de mi modesta persona!

¹⁰⁶A decir verdad, para llegar al conocimiento claro de esa “indestructible unidad”, en ese año memorable 1976, hizo falta que unos meses antes de ese paso crucial del “doble umbral” que se acaba de comentar, hubiera (esta vez dulcemente, y sin ningún trabajo consciente por mi parte que la hubiera preparado) otra transformación, cuyo alcance yo reconocí hasta varios años más tarde: la remontada desde las capas profundas de los trazos “femeninos” en mí que toda mi vida (salvo en mi trabajo matemático) mantuve reprimidos. Véase un relato de ese episodio más discreto, menos espectacular por sus efectos inmediatos, pero no menos crucial, en Cosechas y Siembras, en la nota “La aceptación (el despertar del yin (2))” (CyS III, nº 110).

¹⁰⁷Véase la sección ya citada “La llave del gran sueño – o la voz de la “razón” y la *otra*” (nº 6).

disciplina y a la sacrosanta moral del ejército (que se supone sin miedo y sin tacha). Que ese Generalísimo pusilánime reconozca y asuma su miedo que no decía su nombre, despiste a los adversarios infiltrados y, sin pasarlos por las armas (¡eso sería demasiado simple!) mande a sus casas a esos traidores y tome disposiciones para que no vuelvan más, ¡la situación habría cambiado mucho! Por más que el enemigo le hostigue por los flancos, ahora está verdaderamente *seguro* de sus fuerzas, ya nada puede impedirle avanzar.

7) La fruta prohibida (2):

a. El hecho más absurdo...

(17 de agosto) La existencia en todo ser humano de esas “fuerzas anti-verdad”, de esos poderosos (¡y a menudo todo-poderosos!) mecanismos de rechazo y de escamoteo de la realidad, es para mí el hecho más absurdo, el más pasmoso, el más increíble (¡y sin embargo verdadero!) de la existencia humana¹⁰⁸. Desde la noche de los tiempos hasta hoy en día, esas fuerzas dominan más o menos totalmente, día a día y hora tras hora, la vida de cada uno (¡incluyendo la tuya, querido lector!) y la vida de los pueblos. Pero el aspecto más delirante de todos en este estado de cosas delirante, es que sea hasta tal punto *ignorado por todos* – como en una casa de locos en que todos, incluyendo el personal y los directivos fueran locos de atar, sin darse cuenta de nada, hasta tal punto las extravagancias de cada uno habrían llegado a serles la cosa la más y la única normal del mundo.

Incluso aquellos que han entrevistado confusamente que algo como quien dice falla, están muy lejos de haberse dado cuenta de su pasmoso alcance y sobre todo: de las implicaciones *para ellos mismos*. Los que se han percatado de ese absurdo hecho en su vida profesional, principalmente psicoterapeutas e historiadores, no se distinguen de los demás: desde que entran en casa dejan sus “reflejos profesionales” en sus despachos. El terapeuta debe tener muy claro que ese tipo de cosas (algo extrañas ciertamente, pero uno se acostumbra...) no concierne más que a sus clientes (caso de que los reciba), y no parece que se le ocurra jamás que la película permanente que vislumbra en ellos pueda existir en sus allegados e incluso (¡claro que sí!) en él mismo, y dominar subrepticamente su relación con los suyos, con sus amigos y con él mismo. Y lo mismo con el historiador y las dificultades que le plantean a cada instante, en su trabajo siempre al servicio de la Ciencia, las flagrantes contradicciones entre los testimonios sobre unos mismos hechos (llamados “históricos”), igual que entre las versiones que de ellos dan los historiadores (aunque, se sobrentiende, es *su* versión la que es la buena).

De hecho, entre la gente que he tenido ocasión de conocer personalmente (y ya lo creo que ha habido) por poco que sea, no hay *ni uno sólo* que lo haya visto o al menos entrevistado, aunque si no hay más remedio alguno charle sobre él¹⁰⁹. Y entre la gente de la que he oído hablar o que conozco un poco por sus escritos, en total sólo hay dos en los que tengo motivos para pensar que lo han visto: son *Freud* y *Krishnamurti*¹¹⁰.

Además, en Krishnamurti ha faltado lo esencial, igual que en todos sus adeptos que recitan un discurso krishnamurtiano sin despeinarse: él nunca supo, o al menos nunca dijo, que lo que había visto en todo el mundo (y ya tiene mérito, pues era el único...), eso existía y actuaba en él mismo de modo muy parecido¹¹¹. Además me parece casi impensable que no se haya dado cuenta en el momento de su gran avance, cuando se

¹⁰⁸Sin tomarme nunca el tiempo de detenerme mucho en él, me he visto confrontado a ese “hecho absurdo” prácticamente en cada página de *La Llave de los Sueños*, bajo una forma u otra. Además de la presente sección y de la precedente, de la víspera (“La fruta prohibida (1)”), en este momento me parece que las secciones y notas que en lo esencial le están consagradas son sobre todo las siguientes: “La llave del gran sueño – o la voz de la “razón” y el *otro*”, “El hombre es creador – o el poder y el miedo de crear”, “Creación y represión – o la cuerda tensa”, y sobre todo “La Farsa y la Fiesta” (secciones n^{os} 6, 34, 35), y “Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano”, “Las dos vertientes del “mal” – o la enfermedad de infancia”, “La mistificación – o la creación y la vergüenza” (notas n^{os} 41, 43, 46).

¹⁰⁹Yo mismo he formado parte de esos que “recitan un discurso krishnamurtiano sin despeinarse”, en los años que precedieron al “salto” (en octubre de 1976) que he considerado en las páginas precedentes. Con la diferencia únicamente de que lo veía *en los demás* con gran claridad (semejante en eso al mismo Maestro, cuyos libros me habían incitado a mirar), pero eso no me hacía avanzar, no más de lo que no hacía avanzar a aquellos que eran objeto de mis caritativas atenciones. Véanse al respecto en *Cosechas y Siembras* la nota “Yang hace de yin – o el papel de Maestro” (CyS III, n^o 118) y “Krishnamurti – o la liberación convertida en traba” (CyS I, nota n^o 41).

¹¹⁰(8 de septiembre) Leyendo el último libro publicado de Marcel Légaut, “Meditación de un cristiano del siglo XX” (1983), constato con alegría que también Légaut al menos ha entrevistado ese hecho crucial, incluyendo el caso de su propia persona.

¹¹¹Compárese con la nota (****) al pie de la página N 49 (en la nota “Marcel Légaut – o el pan y la levadura”, n^o 20), y con la nota más detallada sobre Krishnamurti y Freud, “Papel de Gurú y destino de héroe” (n^o), en el capítulo VII.

desprendió de la ideología teosófica que había incubado su vida hasta entonces, cuando eclosionó su visión propia y mucho más penetrante de la psique y de las cosas espirituales. Pero dichas “fuerzas” o “resistencias” debieron cargarse rápido el recuerdo de lo que había pasado en él en ese momento de crisis creadora. Después estuvo íntimamente convencido (y seguramente como algo que cae por su peso en alguien como él...) que lo que realmente *descubrió* en ese momento (y sin embargo Dios sabe que no se parecía a los piadosos lugares comunes que él recitaba antes sabiamente, ¡siguiendo a sus benevolentes tutores espirituales!), lo había sabido desde siempre por ciencia infusa – ¡como ciertamente le corresponde al Mesías tan esperado! Y si después de ese magnífico avance espiritual ya no se movió, seguramente no es tanto porque dedicó su vida y su energía a difundir sus “Enseñanzas” (que seguramente se lo merecían, a parte de la mayúscula...), sino porque se petrificó en la pose del Enseñante y del Modelo, y se dejó engañar por los mecanismos de huida y de autocomplacencia que tan claramente había visto en los demás, y que no dejaba de poner en evidencia¹¹² (¡y Dios sabe que se lo merecen!)

Por el contrario, en Freud se mantuvo hasta los últimos años de su vida una actitud de sana desconfianza hacia sus propios mecanismos egóticos, y sobre todo de aquellos que tratamos aquí, las “fuerzas-cine” que incansablemente se encargan de hacernos tomar el rábano por las hojas. La cosa es paradójica en apariencia y tanto más regocijante: él, que hacía profesión de ignorar incluso la existencia de una realidad espiritual¹¹³, no cesó hasta el final de su vida de estar vivo espiritualmente y de crecer en espíritu¹¹⁴. Es la única persona que conozco (aparte de mí) que ha visto claramente las fuerzas ocultas que actúan *en su propia persona*, y además no sólo en un pasado presuntamente superado, sino *en su presente*. No cedió a la tentación del Maestro de erigirse en modelo, de creerse tallado en una madera diferente de la del común de los mortales, de una esencia superior a la de sus alumnos ni siquiera a la de sus pacientes. Seguramente debía sentir la grandeza de su misión (una de las más grandes, a mis ojos, que jamás haya sido dado realizar a un hombre...), lo que no le impedía verse a sí mismo con una mirada realista, sin complacencia, vigilante. Supo, cuando a sus ojos la ocasión lo requería, ir más allá de la visión de las cosas y de su relación con los demás que le susurraba la Imagen, fiándose del mensaje de sus sueños (cuyo papel crucial como mensajeros del Inconsciente supo reconocer). Es posible e incluso probable que en el camino del conocimiento de sí mismo haya ido más lejos que ningún otro hombre antes que él, al menos en lo que concierne al conocimiento del “yo”¹¹⁵ (si no al de Eros y aún menos, ciertamente, al del alma). Seguramente habría llegado mucho más lejos, y su visión de la psique y del Mundo, igual que su propia persona, habrían sido profundamente transformadas, si no hubiera reservado al conocimiento de sí mismo un lugar de lo más modestos y casi marginal (por el hecho, seguramente, ¡de que esa investigación “sólo” concernía a su propia persona!) en su trabajo y en su obra, que pretendían ser “científicos” y “objetivos”.

¹¹²Como recuerdo en la penúltima nota a pie de página, durante años hice lo mismo que el Maestro...

¹¹³Ésa es claramente, antes que cualquier otra cosa, la dimensión que falta en la gran visión innovadora desarrollada por Freud. Pero (como ya señalé en la nota “Homenaje a Sigmund Freud”, nº 6) “eso es casi un detalle” (cf. página N 15). Ese reajuste de perspectiva, que hace aparecer las verdaderas dimensiones de la obra, no podía dejar de hacerse, por la virtud misma de la poderosa fecundidad de la nueva visión. Lo que cuenta es el gran Avance – un avance único en la historia de nuestra especie, del que Freud fue el obrero valiente, probo y solitario.

¹¹⁴Aún no he encontrado ocasión para tomar conocimiento de la vida de Freud, como me gustaría hacerlo. Lo poco que sé proviene casi exclusivamente de lo que C.G. Jung dice en su autobiografía sobre Freud, cuya obra y pensamiento fueron el trampolín para la suya. Mi alta opinión sobre Freud en tanto que hombre, aunque aún no le conocía más que por sus principales ideas, proviene de la lectura atenta de un testimonio que se esfuerza (con aires de superioridad paterna) en criticarle. Véase al respecto la nota “Testimonio de cargo – o el maestro mal amado”. Ese “testimonio de cargo” contra el maestro amante y mal amado, cuando uno no se deja llevar por la punta de la nariz, y se toma la molestia de leer las líneas y entre líneas, se vuelve en un testimonio bastante abrumador contra el testigo mismo, alumno mal-amante e ingrato de un maestro probo que se esfuerza en suplantar (jugando a ser papa de una “espiritualidad” muy sabia y con garantía de “científica”...).

¹¹⁵Como subrayo en la siguiente sub-sección (“El núcleo duro – o las anteojeras”), es sobre todo ese conocimiento del “yo”, tan desdeñado por casi todos los espirituales, el que me aparece como el “núcleo duro” en el camino de la progresión espiritual. Contra ese conocimiento, contra la profanación del Ídolo sagrado, ¡se levantan las resistencias alocadas, dispuestas a asolar todo! Ese ovillo enredado del conflicto en el hombre no se sitúa en el Inconsciente profundo, que no participa para nada en sus coletazos. Y no es por azar que de lo que incansablemente nos hablan los sueños (cuando no nos tapamos los oídos para no escucharlos...), no es de la vida de las capas creadoras profundas (que sin duda escapan siempre al conocimiento humano, o al menos a la inteligencia humana), sino de ese ovillo que constantemente nos empuja, nos atropella, nos tima o nos hace timar (o jugar a papas...) – y también es *ahí* donde se sitúa nuestra responsabilidad tangible e inmediata, y no en la “realización” de no sé qué estados inefables, ni en la producción de discursos altamente eruditos y sabios. Por eso, hecha la reflexión (¡y a riesgo de disgustarle!), la figura de Freud, en su coraje, en su probidad, en su fidelidad a sí mismo y a su misión verdaderamente prometeica, me parece de una estatura *espiritual* excepcional. Y muy pocos hombres calificados de “espirituales” (aunque realmente estuvieran en un tú a tú con el buen Dios) me parece que han jugado un papel tan crucial como Freud en la aventura espiritual de la especie humana al encuentro del conocimiento de sí misma.

Es sobre todo por la concepción que tenía de la ciencia y de la objetividad “científica”, y por su propósito deliberado de no considerar como conocimiento “serio” más que el que correspondía a esa concepción, por lo que ha permanecido prisionero (me parece) del espíritu de su tiempo, que en otros aspectos superó con mucho. Seguramente harán falta siglos antes de que sus grandes ideas maestras sobre la psique sean verdaderamente comprendidas y asimiladas en todo su prodigioso alcance, aunque sólo sea entre las personas más instruidas y más inclinadas hacia un conocimiento del hombre y hacia una vida auténticamente espiritual (inseparable, en verdad, de una práctica vigilante del conocimiento de sí); y cuando digo “siglos”, ¡ésta es una estimación que hace un año hubiera considerado de un optimismo delirante! Pero con la ayuda de la gran Mutación...

b. El núcleo duro – o las anteojeras

Me costaría concebir que sea posible una vida, por poco “espiritual” que sea, sin que estuviera acompañada de algunos fragmentos o dispersos comienzos del conocimiento de sí¹¹⁶; no la *pose* ciertamente (que hoy es la cosa más común del mundo en ciertos medios), sino la *cosa*. No pienso aquí en las cosas sublimes e inefables que pasan entre el alma y el Inexpresable y que llenan innumerables toneladas de libros piadosos y deleitables, de los que sólo unos pocos he tenido entre las manos, pero tengo como una impresión de que forman un “género” (bautizado “espiritualidad”), bastante apreciado a fe mía en nuestros días (tan sombríamente materialistas...) más que nunca. Pienso en cosas grandes como una casa, los timos abracadabrantos y descarados montados por el yo para epatar a la galería incluyendo a uno mismo – cosas no muy lejanas y que no hay que ir a bucear en insondables profundidades (para ir a pescar tal vez toda una panoplia de erudición mitológica...); cosas al alcance de la mano y a flor de consciencia y tan grandes en efecto que es pura maravilla cómo logran pasearse con ellas, algunos durante un día y otros durante toda una vida, ¡sin percatarse jamás de los jamases! Y también pienso en las aguas del deseo que suben sin ruido y que rodean los diques y se filtran y se insinúan y se sacian por libre, ni visto ni oído, Dios sabe cómo...

Hay mucho para mirar sin tener que salir de casa, y fácilmente para pasar la vida, o si no unos años. Ciertamente, no a todos les es dado apasionarse hasta tal punto por lo que nadie mira jamás. Pero lo absurdo no es que nadie mire, sino que ¡todos hacen como si *no notasen siquiera su existencia!* Los libros sublimes sobre el alma no hablan de ello jamás, si no es por algunas alusiones púdicas y desoladas al “pecado” de esto y aquello (ciertamente el orgullo, pero también la concupiscencia, ¡santo horror!), entre las trampas en las que hay que guardarse de caer, y hay que rodear para elevar el alma hacia las cosas elevadas.

Sin embargo, pudiera pensarse que eso le concierne al alma, ¡lo que pasa debajo de sus narices, con su asentimiento tácito (mientras discurre tal vez o se supone que discurre de cosas elevadas)! Por mi parte, tengo la ingenuidad de creer que las estafas patentes en que participa el alma haciendo como que no está al corriente de nada, no dejan de tener influencia (digamos) en su relación con Dios, o al menos en *Su* relación con ella; que mientras ella se lanza (en sus horas libres) a soñar todo en rosa sobre las Realidades Superiores y sobre el carácter ilusorio de este Valle de Lágrimas, Él no piensa menos en ellas – incluso si, según Su costumbre, Él se calla. Llego incluso a pensar que la cuestión de la relación del alma con Dios no comienza a plantearse verdaderamente hasta que el alma comienza al fin, por poco que sea, a confrontarse con ese guirigay que arrastra con ella sin dignarse a notar su existencia. Y aunque haya comenzado, no estará cerca de terminar, incluso animada de una auténtica sed de vida espiritual, de un ansia auténtica de Dios. Pues el núcleo duro del viático, en su periplo espiritual, ese núcleo que tendrá que romper y volver a romper a lo largo de varias existencias, no radica en Dios, bien al contrario. Dios no es la cáscara, Él es el fruto. Somos nosotros los que secretamos la cáscara, y los bellos discursos sobre Dios la engrosan y la endurecen y nos alejan de Él. Llegar al fruto es romper la cáscara, y nadie la rompe sin darse cuenta al menos de que existe. Dios, Él es llamada a atreverse – y cuando nos atrevemos, Él es saber, que nos dirá según las necesidades dónde están nuestros dientes y cómo usarlos. ¡Ningún problema por ese lado!

¹¹⁶Al escribir estas líneas, me he quedado un poco perplejo al pensar en el caso de Krishnamurti, ¡pues en ninguna parte de sus libros y de otros textos que he tenido bajo los ojos hay la menor traza de “fragmentos” o de “comienzos” de un conocimiento de sí! (Aunque con mucha frecuencia se trate del conocimiento de uno mismo). ¿Hay que decir pues que la vida de Krishnamurti, al menos después del gran avance, ‘no ha sido una vida “espiritual”, “por poco que sea”? Para mí lo que es seguro, es que ha habido ese largo periodo (que estoy tentado de llamar “estancamiento”) en que él no progresó, desliziándose hacia una autocomplacencia, rodeado y aprisionado por una corte de fervientes admiradores. Sin embargo sus “Comentarios sobre la Vida” atestiguan una excepcional cualidad de presencia, después de unas conversaciones que anotó con notable agudeza. Si mi recuerdo no me engaña, al menos ese libro es una auténtica creación, incluso (me parece) a nivel espiritual. Por el momento hay ahí un misterio, que tal vez se aclare cuando encuentre el tiempo libre para volver a sumergirme en la lectura de ese libro...

Y tampoco es Él quien mantiene esas anteojeras que no dejan al alma ver nada de lo que arrastra con ella. Si están siempre ahí y le impiden ver, es porque ella quiere. Seguramente no tiene ganas de conocer ni las anteojeras, ni lo que le ocultan. Peor para ella – tendrá que volver a hacer sus deberes tanto tiempo como haga falta, nacimiento tras nacimiento, hasta que al fin, harta de guerrear, termine por arriesgarse a mirar y comience a tener conocimiento de sí misma y de ese lastre que lleva...

Dicho de otro modo, *la aventura espiritual del alma, antes de ser la aventura de su relación con Dios, es la de su relación con la psique* de la que (como su nombre indica) es *el alma*, y por eso y a la vez el *señor responsable*. Y su relación con la psique no es otra cosa que *su relación con el cuerpo, con Eros y con el “yo”* – el cuerpo en que está arraigada durante su periplo terrestre, Eros a medio camino entre ella y Dios, el yo a medio camino entre ella y el Grupo. Ahí está ese “núcleo duro” del que hablaba, y es triple – pero la parte más dura de las tres es el yo y la relación con el yo. Y él es también, el yo, instrumento medio servil medio recalitrante del Grupo, que ha tallado a medida y ha puesto las anteojeras.

Y veo *dos pasos (o “umbrales”) cruciales* entre todos en el camino del alma en busca de sí misma y de Dios. Uno es aquél en que *se descubre a ella misma*, y al descubrirse diferente del “yo” y por eso mismo algo distinto de una inextricable red de reflejos y de apetitos. El otro, cuando *descubre las anteojeras*, y al tiempo se libera de ellas¹¹⁷.

En mi caso, los dos pasos se sucedieron en el intervalo de dos días¹¹⁸, y en el orden inverso del que acabo de decir. Sospecho que en la mayoría de los “espirituales”, e incluso tal vez en todos salvo yo, el alma comienza por descubrirse a sí misma. Es entonces, me parece, y sólo entonces cuando está preparada para “descubrir” a Dios, es decir: a encontrarLe, en el momento elegido por Él¹¹⁹. También sospecho que deben ser pocos los espirituales que han franqueado el segundo paso, es decir: que han descubierto sus anteojeras¹²⁰. Seguramente debe de haber bastantes, pero hasta ahora no he tenido conocimiento de ninguno. En cada uno de los textos y testimonios que he leído hasta ahora, de la pluma de tal o cual espiritual notorio, siempre he tenido la impresión muy clara (¡y en cada caso bien frustrante!) de que *no* había franqueado ese paso¹²¹.

¹¹⁷Se sobrentiende que por “anteojeras” entiendo las inveteradas disposiciones de la psique que la hacen adherirse más o menos ciegamente a una Imagen de sí misma de su fabricación, e ignorar sistemáticamente todas las marrullerías del yo (y también los empujones y las gratificaciones por libre de Eros). Cuando hablo del momento crucial en que se “libera” de las anteojeras, eso no significa que de golpe se vea claro todo el cuadro, ni que las marrullerías y los empujones de todo tipo cesen como por encantamiento. Tampoco significa que las fuerzas que empujan sin cesar al espíritu a *no* mirar se hayan desarmado repentinamente – solamente han perdido su prodigiosa vehemencia. Ahora son *fuerzas de retaguardia* que intentan mal que bien limitar los desgastes, ante los avances del “ejército enemigo” (formado por las facultades de conocimiento, en adelante bien unidas bajo el mando del espíritu). (Véase la parábola “un poco bélica” al final de la sub-sección precedente “La fruta prohibida (1)”, donde ya se trataba ese viraje crucial en la aventura espiritual). Ese viraje no es en modo alguno un “happy end”, tras el cual todo es orden y belleza (al estilo de los clichés espirituales sobre el alma que se ha “percatado de Dios” y llega todo...), sino por el contrario *el comienzo* de una dura y probablemente larga etapa, de un *trabajo* tenaz y riguroso, a contracorriente de la inercia propia de la psique entera, y de las “fuerzas anti-verdad” procedentes del yo...

¹¹⁸Véase al respecto la sub-sección precedente, página 32 y siguientes.

¹¹⁹(25 de agosto) Sin duda sería más exacto decir que en ese momento comienza para el alma la aventura del “descubrimiento de Dios”, incluso si durante largos años aún (como fue mi caso) no le viene el pensamiento del “alma” y de “Dios”. A decir verdad, el mismo día que pasé ese umbral hice ya el “encuentro” con Dios, en su cualidad de *Soñador* benévolo, que me había enviado el sueño mensajero y suscitado con él ese nacimiento de mí mismo. Pero entonces no tenía ni idea de mi “alma” (¡palabra que estaba prácticamente ausente de mi vocabulario!), y aún menos pensaba en Dios – mientras que mi pensamiento apenas se detenía sobre el Soñador ¡que se me acababa de manifestar de manera tan decisiva! (Véase la sección “Encuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas”, n.º 21.) Quizás fuera más exacto considerar que en ese momento *no* estaba “preparado para encontrar a Dios” con pleno conocimiento de causa – y que esa es la razón por la que ese encuentro no se hizo hasta diez años más tarde.

También me viene el pensamiento de mi padre en prisión. (Véase la sección “Esplendor de Dios – o el pan y el adorno”, n.º 28.) Ése fue seguramente un “encuentro con Dios”, pero que se realizó sin que mi padre hubiera franqueado el umbral del que hablo (y que nunca franquearía a lo largo de esta existencia terrestre) – sin haber hecho primero el “descubrimiento de su alma”. El resto de su vida parece mostrar que no estaba verdaderamente “preparado” para hacer ese encuentro, y a nutrir así su vida. Puede pensarse que ese Acto de Dios, llegado antes de la hora, fue una iniciativa de Dios particularmente excepcional, sin duda llamada por una situación psíquica y espiritual igualmente fuera de lo común.

¹²⁰En Freud la situación fue la inversa: descubrió “sus anteojeras”, pero parece que no hizo (al menos en la misma encarnación) el descubrimiento de su alma, sin duda a causa de su propósito deliberado de negar toda realidad espiritual. Me parece posible e incluso verosímil que sea rigurosamente el único en este caso: ser uno de los pocos en haber descubierto dichas “anteojeras”, sin hacer en la estela de ese descubrimiento crucial (si no lo ha hecho antes) el descubrimiento de su alma.

¹²¹Sin embargo debería exceptuar a Lao Tse, en el que esa impresión no es tan “clara”. Pero nada en el Tao Te King, me parece, tiene el aire de aludir a la realidad de la huída. Y me parece casi impensable que si Lao Tse hubiera visto realmente un hecho tan “absurdo”, tan increíble, no hiciera alusión al menos con palabras indirectas.

c. Las malas compañías

Ciertamente, eso no quiere decir que en esos hombres espirituales haya una ausencia total de conocimiento de uno mismo. No estar atento, aunque sólo sea ocasionalmente, a los movimientos secretos de la psique, es también cerrar los ojos totalmente a las marrullerías del yo, es compartir la común autocomplacencia, algo que me parece incompatible con una vida espiritual en el verdadero sentido del término, con una “espiritualidad” que no se limite al ejercicio de devociones o a la producción de un discurso “espiritual”¹²². Pero tengo la impresión de que la tendencia común en ellos es la de estar con Eros y el yo, y a menudo también con el cuerpo, en pie de *guerra de escaramuzas*. Bien quisieran tenerlos por algo desdeñable, mientras que sólo el alma y sus destinos eternos les parecen dignos de atención. Pero (al menos en la medida en que son auténticos espirituales, y no sólo representantes de la buena sociedad de la “espiritualidad”) tienen suficiente lucidez, y sobre todo honestidad para con ellos mismos para darse cuenta, aunque sea a su pesar, que esos compañeros del alma no son una cantidad tan despreciable¹²³. *Debería serlo* y no lo es – situación de lo más común, ciertamente ¡pero no menos vejatoria y frustrante por eso! Totalmente identificados al alma (y seguramente tienen mucha razón), son un poco como una persona distinguida que se encontrase sola en compañía poco recomendable (tal es al menos su impresión) y que, en vez intimar con sus compañeros tan poco relucientes, tratase de guardar las distancias. De vez en cuando algo le pica y tiene que rascarse, seguramente son esos piojosos los que le han pasado unas pulgas o algo peor, quién sabe... En ese caso intenta guardar la compostura lo mejor que puede, demasiado honesta sin embargo para fingir que no le pica. Lo malo es que sus compañeros, que deben tener la piel muy gruesa a fe mía ¡parecen muy a gusto y sin rascarse jamás!

Por eso no hay que extrañarse de que la psique, o “lo psíquico” (como dicen con condescendencia a veces), tenga mala prensa en los espirituales. La costumbre es oponer “lo psíquico” a lo “espiritual”, entendiendo que en cuanto se declara que algo no es “*más que* psíquico” ya está adjudicado y no ha lugar perder el tiempo mirándolo por poco que sea. Incluso Marcel Légaut sigue a veces este movimiento, pero (me parece) con convicción mitigada. El único “espiritual” (si hay que llamarlos así¹²⁴) que he visto tomar totalmente en serio “lo psíquico”, incluso como formando la substancia de la aventura espiritual y como lo que se trata de entender y comprender ante todo, es Krishnamurti. Ése es un punto crucial entre muchos otros en que su pensamiento me parece verdaderamente innovador, como una bocanada de aire fresco en el ambiente confinado y sobrecargado de incienso de una “espiritualidad” separada de la sangre caliente de la vida⁽⁵³⁾.

d. El Moralizador – o el sello y la espada

Esa actitud de desdén hacia la psique, cortándole las alas a todo conocimiento de sí que no sea epidérmico (mientras que dicho conocimiento es sin embargo alabado con frecuencia como en descargo de conciencia...), me parece que generalmente va de la mano con una actitud reprobadora hacia la *curiosidad*. Y ésta ciertamente, bajo la insólita forma de “curiosidad de sí” (expresión ella misma del amor a uno mismo), es la fuerza que actúa en un conocimiento de sí que vaya más allá de las escaramuzas y que los reproches a uno mismo dirigidos por tal o cual “mancha” considerada desoladora, más allá de una generosa (y fácil...) condena general de uno mismo como indigno en todos los aspectos de la menor atención divina¹²⁵.

Además esa desconfianza visceral de numerosos espirituales hacia la curiosidad (¡y sobre todo la curiosidad activa!) a su vez me parece pariente cercano de una desconfianza igual, cuando no es antagonismo o incluso (en los casos extremos) asco y odio, hacia el impulso amoroso. Seguramente muchos de ellos han debido sentir oscuramente (y sin tener que esperar para eso a que un Freud tuviera el raro coraje de verlo y decirlo claramente) que dicha curiosidad (que no es otra que la manifestación “yang” del impulso de conocimiento) está ligada a Eros, ¡ese inoportuno entre los inoportunos! Que es, por decirlo todo, el *impulso de Eros* volviéndose tan pronto ¡ñam, ñam! hacia la carne tierna del cuerpo y otras cosas tangibles y buenas

¹²²Véanse más arriba el inicio de b. y la correspondiente nota a pie de página.

¹²³Véase al respecto la citada nota “Experiencia mística y conocimiento de sí mismo” (nº 9).

¹²⁴Véase la nota a pie de página citada en la penúltima nota a pie de página.

¹²⁵Tal actitud autoflagelante me parece común sobre todo entre los espirituales cristianos, cuya humildad (si realmente es eso) a veces se exaspera y se degrada en actitudes (con frecuencia más verbales que reales afortunadamente) de una verdadera aversión a ellos mismos. Véase al respecto la nota frecuentemente citada “Experiencia mística y conocimiento de sí” (nº 9).

(¡oh impureza!), como hacia la carne de cosas inteligibles si no sensibles (lo que a penas es mejor y comienza ya a sentirse la hoguera...). Es sobre todo en las cosas espirituales, y en las más o menos relacionadas, donde esa desconfianza (o ese miedo...) es más inveterada: “la razón” (por dar ese nombre a la Fornicadora) ¿no se le ocurrirá meter una nariz fisgona e impúdica en el dominio reservado de las verdades reveladas¹²⁶?

En cuanto a lo “psíquico”, de acuerdo en que no es lo “espiritual”, ¡pero le queda bien cerca! (y aquí hay que censurar al buen Dios, que no ha dispuesto muy bien las cosas, en Su infinita Bondad...). Pero sobre todo no es agradable, incluso decididamente no es de las cosas hechas para ser miradas, sino (con la ayuda de Dios) para ser superadas con los ojos cerrados y las narices tapadas, o si no al menos exorcizadas por el santo sacramento de la confesión, como quien friega de vez en cuando y sin mirarlos muy de cerca unos retretes...

(18 de agosto) Aquí nos encontramos de nuevo con el propósito *moralizador* deliberado, el que rechaza conocer lo que *es*, pues no quiere oír hablar ni hablar más que de lo que (según su perentoria ciencia) *debería ser*. Tengo la impresión de que el discurso moralizador, al igual que la desconfianza endémica hacia la curiosidad del espíritu (fuerza viva de la creación intelectual), son más fuertes en la tradición cristiana que en cualquier otra parte, mientras que el desinterés por esa desgraciada “psique” es un rasgo común a la mayoría de los espirituales de todas las religiones (si no a todos). Sea como fuere, cada una de esas tres actitudes, que se prestan mutuo apoyo, me parece como un pesado fardo legado, ciertamente, por una tradición venerable, pero de la que cada uno tendrá que separarse antes o después¹²⁷.

Con ese “moralismo”, que caracteriza lo que llamaría la “*espiritualidad arcaica*”, inopinadamente hemos vuelto al punto de partida de la presente sección—río sobre “el bien y el mal” — a la actitud que toma la observancia de una *Ley* moral (y más a menudo aún los piadosos discursos al respecto...) como el alfa y omega de la espiritualidad. Tengo la convicción de que la gran Mutación marcará el fin del moralismo en tanto que actitud dominante y por así decir “oficial” (por la sanción universal de las religiones) en la vida espiritual colectiva.

Habría mucho que decir sobre el moralismo, ese grifo inagotable de discursos huecos y de lugares comunes aguachinados, incansablemente y gravemente repetidos, que hasta hoy mismo ha ocupado el lugar de “espiritualidad” oficial en las sociedades llamadas “civilizadas”; plaga común (parece) a todas las “grandes religiones” y afligente secreción del “espíritu del rebaño”. Hacía y sigue haciendo buenas migas con la avidez, la hipocresía y la bestialidad humanas, y es en el nombre de los sagrados deberes predicados con unción como desde hace innumerables siglos se enfrentan los ejércitos, se encienden las hogueras y se desencadenan los progroms (a la espera de que los hombres lleguen a ser hombres...) Veo una etapa intermedia, sin duda necesaria, entre el estado animal del que somos los herederos medio arrogantes medio avergonzados, y el estado humano al que estamos llamados. El Moralizador moralizante es a la vez el *sello* del Grupo y de la represión del Grupo marcada en el ser, y el *filo* de la espada por el que el ser así marcado transmite ese sello de servilismo débil al tiempo que transmite la vida...

Tampoco es una casualidad, pues todo está relacionado, que sea justamente esa actitud la que, en los seres llevados a pesar de todo hacia la búsqueda espiritual, es *el* gran obstáculo al conocimiento de sí¹²⁸. Me volví hacia el testimonio de los místicos, como el de unos “hermanos espirituales” que tenía grandes deseos de conocer, y ya he dicho mi estupor¹²⁹ ante su extrema indigencia (si no ausencia total) en el conocimiento de sí; de esa casi total falta de interés por lo que sin embargo afecta de la manera más esencial y más neurálgica

¹²⁶Como una ilustración particularmente llamativa entre mil, señalo el alboroto eclesiástico acerca de la teoría de la Evolución de Darwin, y la pequeña cruzada cultural que hubo que llevar al Vaticano no hace mucho tiempo, con el apoyo de un ejército de personas con títulos y de renombre, para obtener la publicación de las obras de Teilhard de Chardin sobre ese tema todavía considerado escabroso en altos círculos católicos.

¹²⁷También aquí, con una actitud decididamente y explícitamente no moralizante, Krishnamurti rompe alegremente con el moralismo de rigor en los medios espirituales. De los tres “fardos” que estamos considerando, no ha llevado más que uno, el del rechazo de la curiosidad. Ciertamente es que no ha tenido que llevarlo mucho, pues se contentó con quedarse quieto... Por contra Légaut, que avanzó a zancadas, tuvo (si no me equivoco) que llevar los tres, aunque los tres debieron aligerarse considerablemente en el camino...

¹²⁸Además ese obstáculo parece tanto más serio en los espirituales cuanto que puede pensarse que con mucha frecuencia, al llevarles sus decisiones por la vía religiosa, han interiorizado con más fuerza que la mayoría esa actitud moralizante, y que a menudo han hecho de ella el juez y el test de su fidelidad a su vocación espiritual.

¹²⁹Véase la nota n° 9 sobre los místicos, citada varias veces, sobre todo la página N 21.

a su progresión espiritual, que han puesto en el centro de su existencia.

e. El Fin está en el camino – o la primera Prioridad

A decir verdad, fue un verdadero *choc* enfrentarme a una ignorancia tan extrema en unos seres excepcionales por muchos motivos y que, sobre todo, tienen el privilegio de una relación íntima, confiada y amorosa con Dios (⁵⁶). Sobre todo estaba “confuso” porque Dios no había juzgado útil (parecía) “hacerles un signo” para disipar (¿o animarles a disipar ellos mismos?) al menos esa ignorancia entre otras, tal vez aún más grandes pero de menos consecuencias en su maduración.

Desde entonces, es cierto, he podido darme cuenta de que Dios no parece estar dispuesto a intervenir jamás para disipar una ignorancia, al menos no en el caso en que ésta se ignora a sí misma y en el hombre no hay un ardiente deseo de conocimiento que actúe como una llamada a Dios, sin duda tácita pero sin embargo poderosa (como ha sido mi caso, me parece); y que así es, por más pesadas que puedan ser las consecuencias, tanto personales para el alma directamente afectada, como para otros cuyo destino esté ligado de cerca o de lejos al suyo¹³⁰; incluso las consecuencias históricas a gran escala y a muy largo plazo, implicando un cortejo sin fin de innumerables sufrimientos para millones y millones de seres humanos a lo largo de siglos y de milenios¹³¹. Parece que ese “respeto” (por así llamarlo) de Dios por la ignorancia humana¹³², o (por decirlo de otro modo) Su extrema reticencia o Su rechazo a acelerar en nada el caminar de un ser en su devenir espiritual¹³³, forma parte de las Leyes Espirituales que Él ha instaurado desde toda la eternidad, o de la reglas inviolables que Él mismo se habría dado; que ese respeto participa quizás del mismo Espíritu que Su infinito respeto por la libertad de todo hombre, y que de hecho sea, a los ojos de Dios Mismo, inseparable de él.

Es verdad que la “sabiduría” humana permanece confusa ante tal respeto de Dios ante una libertad, ante una libre responsabilidad del ser en su propio devenir, que toda nuestra educación recibida, todos nuestros reflejos adquiridos nos empujan a *ignorar* pura y simplemente – un respeto tan grande que se pone por delante, para una sola alma humana, de una suma inimaginable de sufrimientos y de errores de innumerables seres humanos, que se perpetúan a escala de continentes enteros y durante milenios. Parece que en los Designios de Dios sobre el hombre, la libertad y la responsabilidad humanas son la *prioridad primera* e inviolable, mientras que el tiempo, los despistes, los errores y el sufrimiento (diríase que se prolongan hasta el infinito y sin medida alguna) ¡no tuvieron para Él la menor consecuencia! Pasmosa inversión de las perspectivas humanas, cuando se ve lo que para el hombre es universalmente ignorado y despreciado contado lo primero por Dios, y lo que impresiona y espanta más nuestra imaginación y nuestro pensamiento consciente tenido por Dios como algo sin consecuencia¹³⁴; si no es, únicamente, en tanto que *precio* de la última fructificación de ese “primero”, como el *camino* hacia el despliegue último de la libre creatividad del ser. Hacia una creatividad perfecta que no esté *otorgada* por Dios sino que, en germen desde los Comienzos, se haya creado a sí misma y haya nacido en las lentísimas y dolorosas labores de ella misma dándose a luz a

¹³⁰Aquí pienso, en primer lugar, en la ignorancia parental en las relaciones del padre con el hijo. Véase al respecto más arriba la subsección 3) “El padre malhechor – o el mal por ignorancia”, página 26 y siguientes.

¹³¹Pienso sobre todo en las “ignorancias” y los “errores” de los apóstoles e incluso de Jesús, y en las consecuencias que el mundo contemporáneo sigue soportando. (Ciertamente es que los apóstoles, Jesús y el buen Dios no son la única causa, faltaba más, sino que todos los cristianos que han venido después han tenido su propia parte...). Véanse al respecto sobre todo las notas n.ºs 21, 22, 27, 28, y más particularmente las páginas N 57, 58.

¹³²Cuando hablo aquí de la “ignorancia humana”, se sobrentiende que se trata de la verdadera ignorancia, con frecuencia resultado de una falta de madurez, o de una falta de perspicacia. No se trata de lo que puede llamarse una “ignorancia deliberada”, a la que aludía sobre todo en la citada subsección (página 27) Es cierto que a menudo Dios atrae la atención sobre tales subterfugios en los sueños que nos envía, pero seguramente sin hacerse ilusiones de que tomemos nota....

¹³³(25 de agosto) Aquí pongo en primer plano cierto aspecto de la relación de Dios con el hombre y con su “caminar”, que sin embargo no debe ocultar el aspecto complementario: que *toda* progresión crucial en ese caminar, que cada uno de esos pasos de un “umbral” decisivo, es la obra *común* del alma y de Dios, en la que (tal es mi íntima convicción) la Fuerza creadora esencial, el Acto que transforma al ser, viene de Dios – la parte del hombre consiste en asentir activamente, en colaborar con todo su corazón y toda su voluntad, al Acto de Dios. Pero tal vez sea exacto decir que no hay ninguna iniciativa de Dios en la psique, que provoque una progresión, que de alguna u otra manera no sea *llamada* por el hombre, por un intenso deseo en él (aunque sea inconsciente) de progresar. En ausencia de tal llamada del hombre, Dios permanece mudo, y se guarda mucho de “empujar” como sea. Y si no obstante Él llama antes de ser llamado, siempre lo hace en voz muy baja, de modo que nos deje total libertad para *no* escucharLe...

¹³⁴Compárese con la nota n.º 22 ya citada, “Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe”, y sobre todo la página N 59.

sí misma, llevada hasta su término por las aguas vastas y profundas del río Tiempo.